

Jonaira Campagnuolo



*Yo, Sofía
Martínez*



YO, SOFÍA MARTÍNEZ

Jonaira Campagnuolo

YO, SOFÍA MARTÍNEZ

Primera Edición Febrero de 2016

SC: 1412302859863

© Edición y Diseño **Jonaira Campagnuolo**

<http://desdemicaldero.blogspot.com>

jonairacam@gmail.com

@jonaira16

© Portada **H. Kramer**

<http://photoshonki.blogspot.com.ar>

© *Jonaira Campagnuolo, 2016. Todos los derechos reservados.*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[SOBRE EL AUTOR](#)

Capítulo 1

«Tranquila, el mundo está lleno de oportunidades», se repetía una y mil veces Sofía Martínez mientras bajaba las escalinatas de un edificio de piedra gris ubicado en pleno *Downtown* de Miami.

Se dirigió con premura a la estación del Metro, con la frente en alto. Por tercera vez en esa semana asistía a una entrevista de trabajo de la que salía con promesas falsas y sin ninguna expectativa, como le había sucedido en las anteriores. Sin embargo, estaba segura de que las nubes negras que pretendían ensombrecer sus horizontes pronto se marcharían. Nada lograría ocultar la luz que irradiaban sus esperanzas.

«No te desanimes. No te detendrán», insistió y respiró hondo ajustando con un dedo las gafas de sol al puente de su nariz.

Lo había dejado todo para seguir sus sueños: la seguridad que le ofrecía la casa de sus padres, la estabilidad que le otorgaba un empleo y la calidez de la compañía de sus dos mejores amigas. Todo lo abandonó un mes atrás cuando decidió salir de Jacksonville y enrumbarse a la vibrante Miami, su ciudad preferida, en busca del éxito.

Amaba los sonidos multiculturales que allí resonaban, el aroma a mar, el sol brillante y las formas perfectas, llenas de colores y encanto, que poseía su arquitectura. Ese lugar la inspiraba, despertaba en ella su lado más creativo, por eso lo había elegido para fundar su empresa de diseño de interiores. Una idea que venía desarrollando desde que salió de la universidad un año atrás.

No le importaba lo que le dijera la gente: «Miami está inundada de diseñadores», «sin el apoyo de alguien importante no lo lograrás», «es una de las ciudades más caras del mundo», «para los inmigrantes es más difícil ser independiente»... y otro montón de frases que Sofía había sepultado en las profundidades de los recuerdos pesimistas.

Junto a su familia ella había llegado al país proveniente de Venezuela doce años atrás, cuando solo tenía once. Aunque la seguían tratando como a una extraña, era más el tiempo que llevaba dentro de Estados Unidos que fuera de él, por eso pensaba que ese detalle no sería un obstáculo. Cerró sus oídos a esas advertencias negativas y se mudó a la urbe de sus sueños para intentar ser tan grande como el rascacielos que acababa de visitar. Sabía que

se embarcaba en un proyecto desafiante, pero había reunido una buena cantidad de dinero y poseía un manojito de ideas geniales en su cabeza. Con eso pensaba comenzar. No obstante, en la ciudad se encontró con una realidad que no había considerado y que amenazaba con robarle el ánimo.

Al llegar, se instaló en la casa de su hermana mayor, Camila, en una populosa comunidad de raíces dominicanas, mientras encontraba un sitio propio, pero lo cierto es que no hallaba nada que se adaptara a su presupuesto. Alquilar un departamento, por más pequeño que fuera, superaba su límite económico. Igual ocurría con los locales para oficinas, las más baratas no estaban ubicadas en los puntos estratégicos que ella había trazado para hacer crecer a su empresa con mayor facilidad.

Tuvo que dedicar un gran tiempo a evaluar otras posibilidades, a recorrer las calles y avenidas de Miami y a reunirse con asesores para revisar contratos de alquiler. Así se le pasaron cuatro semanas y aún no tenía nada concreto.

Por otro lado, se encontraba la situación de su hermana. Camila vivía con Ronald Rodríguez, su novio, y con su hija de diez años. La mujer aceptó feliz a Sofía y le dio un espacio en su hogar, solicitando únicamente un aporte para los gastos de alimentación; pero la pareja no pasaba por su mejor momento y Sofía veía como su hermana se hundía en la amargura por la difícil situación económica que atravesaba. No podía dejar de tenderle una mano, aunque el gesto le aumentara la angustia, ya que sus ahorros se extinguían poco a poco, alejándola de su sueño.

«Podrías buscar un trabajo», opinó Camila al inicio de esa semana al notar la desesperación de su hermana. A Sofía se le retorcieron las tripas por la rabia al escuchar esa propuesta. Había salido de Jacksonville con la firme promesa de ser una empresaria independiente en el menor tiempo posible, pero las dificultades la desviaban de su camino.

A pesar de los inconvenientes, ella no se amilanó. Se calzó sus zapatos de tacón más altos y salió a la calle en busca de un empleo. No obstante, rápido se percató de que esa tarea era tan difícil como montar una empresa. En Miami la competencia era gigantesca, más aún si contabas con poca experiencia laboral.

Todo parecía confabularse en su contra. Sus amigas la llamaban para insistirle que regresara con sus padres, que estando allá, juntas encontrarían alguna solución a sus metas ambiciosas, pero ella no pensaba rendirse. Sofía Martínez era una guerrera.

Antes de asistir a esa tercera entrevista de trabajo había visitado uno de los bancos más sólidos de la ciudad, de donde salió con un fajo de documentos que explicaban cómo realizar una solicitud de crédito para emprendedores. Una tarea que parecía difícil por la cantidad de requisitos que exigían, pero que en esos momentos se transformaba en el bastón que sostenía sus esperanzas.

Se abrazó a los papeles convencida de que nada la derrotaría, sonrió y atravesó la calle con la vista al frente y dando largas zancadas. Sabía que solo una actitud positiva daría paso a una vida exitosa.

Sin embargo, antes de llegar a la mitad de la vía, los cristales de los edificios aledaños vibraron a causa del agudo bocinazo de un coche y del chirriar de unas llantas sobre el asfalto.

Al igual que el resto de los transeúntes que recorrían la zona esa mañana de noviembre, Sofía se sobresaltó. Quedó petrificada en medio del carril. Observaba asombrada la carrocería de un taxi que había frenado a escasos centímetros de su cuerpo.

—¡Está loca, señorita! —bramó desde el interior del coche, y con un marcado acento caribeño, un sujeto de ascendencia afroamericana que la miraba a través del cristal con una mezcla de espanto y rabia—. ¡¿Qué le pasa?! ¡¿Está enferma?! —Sofía aún se mantenía en shock.

El hombre se bajó del vehículo y caminó hacia ella. Con su gran altura tapó los rayos del sol y la sumió entre las sombras.

—¿Acaso es estúpida?

Aquel calificativo, escupido con desprecio, la hizo reaccionar. Sofía se quitó las gafas de sol, enderezó los hombros y entornó la mirada hasta asumir una pose amenazante.

—Aquí el único estúpido es usted, que no se fija por donde anda.

El hombre resopló con indignación.

—¿Fui yo quien cruzó la calle sin mirar a los lados?

Sofía se acercó un paso al enorme sujeto y afincó las gafas en su pecho.

—Si usted venía atento al camino, ¿por qué no se detuvo al ver a una chica distraída?

El negro la observó sin poder creerse sus palabras, pero al advertir que un fiscal de tránsito se acercaba y le hacía señas para que siguiera su camino, gruñó exasperado y se dio la vuelta para dirigirse hacia su vehículo.

—Mejor ve con tus papis, niña, y deja de complicarle el día a la gente grande —añadió mientras subía al coche.

La rabia se le atoró a Sofía en la garganta. Tenía veintitrés años de edad, un título universitario y una maestría en diseño de interiores realizada en una de las mejores escuelas de Arquitectura del estado. Lo único que le faltaba era más experiencia laboral, pero eso no la calificaba como una niña.

Su estatura media, cuerpo delgado y cabellos lacios hasta la cintura, bien podrían hacerla pasar por una joven de menos edad. «Si te hicieras un corte de cabello moderno parecerías más mujer», le criticaba siempre su hermana, pero a Sofía le gustaba como lo tenía: largo y negro como el petróleo. Invertía mucho tiempo y dinero fabricando champús y cremas artesanales para mantenerlo saludable, y no iba a cambiarlo para evitar los prejuicios de la gente que la rodeaba. Exactamente como lo hacía el sujeto que ahora le daba la espalda para ignorarla.

—¿Crees que yo te complico el día?! ¿Eso es lo que crees?! —tronó mientras se apresuraba a alcanzarlo.

Al rodear el vehículo trastabilló. El tacón de uno de sus zapatos cayó dentro de una hendidura en el asfalto, torciéndole un poco el pie. El movimiento ocasionó que se desprendiera el tacón del calzado. Sofía se enfadó aún más, pero no tenía tiempo de llorar por lo perdido, prefería descargar primero su frustración en aquel insolente.

—¿Complicado es vivir en una ciudad costosa donde te es imposible realizar un emprendimiento! —argumentó irritada, y con una mano extendió los documentos que llevaba para agitarlos frente al rostro del hombre. El desconocido la miró con sorpresa desde el asiento—. Donde te piden una cantidad exagerada de requisitos imposibles de conseguir para darte un crédito, y donde te tratan con desconfianza por tu apariencia juvenil.

El negro apretó el ceño y salió con lentitud del coche haciendo gala de su imponente figura. Se detuvo frente a ella y la fulminó con la mirada.

Sofía no pudo evitar retroceder un paso.

—¿Te tratan mal por tu apariencia juvenil? —inquirió el sujeto con una voz severa—. Vive un solo día como un negro latino en esta ciudad, niña —discrepó, acentuando el calificativo—. Luego hablamos.

El hombre enseguida subió a su taxi y continuó su recorrido.

Sofía lo observó alejarse en silencio. Las lágrimas se le agolparon en el borde de los ojos, pero hasta ahí siempre llegaban. Ella no les permitía ir más lejos, a menos que se tratara de una tragedia de dimensiones apocalípticas, y aquella situación no lo era.

—Señorita, ¿puede continuar?

La joven se irguió ante la figura del fiscal de tránsito, que se había detenido a su lado y le transmitía su desaprobación con la mirada.

Furiosa, apretó los papeles que tenía en la mano, los culpables de que no prestara suficiente atención en la entrevista de trabajo que acababa de hacer y de que casi la arrollaran. Llena de frustración se colocó las gafas de sol y se dispuso a marcharse, pero antes fue en busca del tacón que se había desprendido de su zapato.

Quizá se estuviese cayendo a pedazos, pero no dejaría los restos tirados en el suelo.

Terminó de cruzar la calle con un andar tambaleante por la falta de un tacón y con la frente muy en alto, convencida de que su situación actual era solo un traspie y que lo bueno estaba por llegar.

Sofía Martínez tenía mucho que mostrar.

Capítulo 2

Miami era considerada una ciudad para la diversión. Exuberantes playas, opulentos centros comerciales con tiendas de las firmas más reconocidas de la moda mundial, innumerables restaurantes especializados en comidas de cada rincón del planeta y una vida nocturna tan agitada que parecía que los días no tuvieran final, la convertían en uno de los sitios predilectos por turistas, grandes personalidades y emprendedores.

Las ofertas culturales, deportivas y empresariales no dejaban de crecer, pero para mantener esa fachada, existía una legión de personas entregadas en cuerpo y alma al trabajo. No solo para hacer funcionar aquella maquinaria, sino para construir lugares idóneos donde esas actividades se desarrollaran o donde pudieran residir cada uno de sus habitantes.

Esa era la efervescencia que buscaba Sofía para llevar a cabo su empresa de diseño de interiores: una ciudad con un desarrollo urbano constante como Miami. Por eso no dudó en abandonar la protección paterna para internarse en el corazón palpitante de la Florida, en pos de sus sueños.

Pero apenas puso un pie en esa ciudad, la realidad la engulló, y tambaleó las débiles bases en las que se sostenían sus aspiraciones.

Al llegar a la residencia de su hermana, la frustración se le había convertido en resignación. Abrió la verja y caminó tambaleante a través de lo que antiguamente había sido un jardín delantero, y que ahora estaba cubierto por un piso de cemento y servía de garaje a la vieja Ford Pick-up de Ronald Rodríguez, el marido de Camila.

El minúsculo porche que precedía a la entrada estaba ataviado con dos plantas de helecho en macetas y una mecedora de mimbre. Sofía sacó la llave que solían esconder en una de las vasijas y abrió la puerta para entrar a la vivienda.

Una vez en el interior, lanzó sobre una repisa cercana el bolso, la llave, las gafas y los documentos con los requisitos para la solicitud de un crédito, y avanzó cabizbaja hacia el mullido sofá de tapicería marrón ubicado al fondo de la sala, en una esquina y junto a una ventana. Ese mueble se había convertido en su habitación desde que llegó a esa casa.

La vivienda solo contaba con dos habitaciones. Una utilizada por su

hermana y su marido, y otra que había pertenecido al hermano de Ronald, Gerald, un sujeto que se había independizado poco antes de que Camila se mudara a ese lugar, y que ahora era de Tamara, su sobrina.

No había espacio para Sofía, pero como la idea de la chica era permanecer en ese hogar por algunas semanas mientras conseguía un sitio propio, le dio igual quedarse en el sofá.

Por los alaridos que le llegaban desde la habitación de la niña, supo que Tamara no había asistido a clases ese día y discutía con su madre. En medio de un suspiro de agotamiento Sofía se derrumbó en el sofá y se quitó los zapatos con los pies. Miró con desazón el que tenía el tacón roto.

—Tía, llegaste muy temprano. —Tamara salió de la habitación ataviada con sus ropas habituales: una sencilla blusa celeste, pantalones de mezclilla y zapatillas blancas.

La niña era delgada y tenía un rostro ovalado de labios finos, enmarcado por un cabello rubio y sedoso que se rizaba en las puntas, pero que se empeñaba en atar con una goma a la altura de la nuca.

—¿Por qué no fuiste a clase?

—Hoy tengo que ir con mamá —expuso la chica y alzó los hombros con indiferencia, sin mirar a su tía, pendiente de la pantalla de su teléfono móvil mientras caminaba hacia la cocina.

Sofía arrugó el ceño.

—Ven —la llamó. Tamara resopló con fastidio.

—¿Para qué?

—Ven —insistió Sofía y se levantó del sofá para acercarse un taburete ubicado a un costado del mueble.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió la niña con recelo mientras se aproximaba.

—Si te gusta llevar tu hermoso cabello recogido te haré una trenza para que luzcas bien.

Tamara respiró hondo y se sentó con abatimiento en el asiento.

—Me gusta la coleta.

—Eso que tienes en la cabeza no es una coleta. Tú madre es peluquera, debería cuidar más de tu apariencia.

—Ella tiene una personalidad propia y hace lo que se le antoja —rebatía Camila, una mujer delgada y alta que en ese momento salía de la habitación de la niña con una cesta de ropa sucia en las manos.

Llevaba puestas unas sandalias de tacón de corcho, unos *leggings* de

estampado multicolor y una blusa blanca vaporosa de cuello ancho, que le caía sobre las caderas con un corte asimétrico. Similar al que tenían sus lacios cabellos castaños, cuya parte trasera le llegaba a la nuca pero adelante le caía en capas hasta taparle parte del cuello.

Camila era mayor que Sofía por cuatro años, y poseía una personalidad más firme.

—Solo necesita más atención —reprochó Sofía entre murmullos.

—¿Y acaso no se la doy?! —se quejó Camila demostrando que la había escuchado, y le lanzó a su hermana una mirada enfurecida antes de desaparecer detrás de las puertas batientes que daban a la cocina.

Sofía resopló y se ocupó en atar el largo cabello de su sobrina en una coleta alta. De esa manera estiraba las facciones de su rostro y le resaltaba los ojos, que los tenía tan almendrados y oscuros como los de ella. Finalmente le realizó una trenza tipo espiga.

—Se nota que te has aplicado la crema que te di para el cabello, lo tienes mucho más suave y brillante que cuando llegué —felicitó a la chica.

—Lo hago tres veces a la semana, como me indicaste —respondió Tamara sin darle mucha importancia al asunto y sin desatender la revisión de su móvil.

Sofía sonrió. Había notado que, aunque Tamara se comportaba con cierta rebeldía, era posible llegar a ella. Con paciencia lograba alcanzar acuerdos con la niña, esfuerzo que su hermana no hacía. Camila se pasaba los días tan tensa y estresada por los problemas domésticos y económicos, que cada vez que se acercaba a su hija, ambas terminaban enzarzadas en alguna discusión.

—Excelente. Tienes un cabello hermoso y con un color que muchas mujeres matarían por tener. No sé por qué no te lo cuidas como es debido.

—Tengo otras cosas en qué pensar, tía —expresó la chica con tedio.

—¿En qué tiene que pensar una niña de diez años?! —se burló Sofía, pero su sobrina no tuvo tiempo de responderle.

—En cumplir con las obligaciones de la escuela, por ejemplo —aludió Camila al salir de la cocina con el cesto de la ropa vacío—. O quizás, en obedecer a su madre —continuó con voz irritable y fijando una mirada iracunda en su hija, pero sin detenerse. En esa ocasión se encaminó hacia el dormitorio de ella.

—¿Qué le pasa? —preguntó Sofía, molesta por la actitud de su hermana.

—En la escuela nos espera la orientadora —reveló Tamara en voz baja.

—¿Qué hiciste ahora?!

—¡Nada! —respondió la niña con actitud enfadada. Sofía negó con la cabeza. Desde que Tamara, a quien ella por cariño llamaba Tammi, había iniciado clases en una escuela nueva meses atrás, su hermana había sido llamada por algún maestro u orientador en cuatro oportunidades.

—¿Qué pasó con la entrevista? —La pregunta de Camila le impidió a Sofía indagar sobre el asunto que afectaba a su sobrina—. Me dijiste que no volverías hasta la noche porque hoy sí conseguirías trabajo.

Sofía suspiró, pero sin perder su postura erguida. No se mostraría amedrentada por las adversidades.

—Estuvo bien, en los próximos días me llamaran —mintió sin dejar de ocuparse en realizar la trenza. Sofía no quería que su hermana sintiera pena hacia ella, prefería mostrar que tenía todo bajo control. Lo que no recordaba era que había crecido junto a Camila, y que nadie la conocía mejor que su hermana.

Al terminar el peinado, tomó una goma para el cabello que había dejado sobre una mesita auxiliar, y ató la parte baja de la trenza de Tammi. La niña se levantó enseguida del taburete y corrió a la cocina.

—¿Por qué no vas a trabajar conmigo a la peluquería? —planteó Camila con el ceño fruncido.

—Sabes que no es lo mío, además, acabo de decirte que...

—Me estás mintiendo, Sofía, te conozco.

La joven miró a su hermana con hastío. Se sentó en el sofá y se cruzó de brazos.

—No me quemé las pestañas estudiando en la universidad para terminar lavando cabellos.

—Entonces acepta la oferta de Vanessa, de tomar un contrato de prácticas en la empresa de su padre —agregó Camila haciendo referencia a la propuesta brindada por una de las dos mejores amigas de Sofía.

—No quiero hacer prácticas, ya soy una profesional —alegó mientras revisaba su manicure. No quería darle la cara a su hermana, pensó que así ocultaba su turbación.

—Pero estás desempleada, no puedes exigir.

—¡Claro que puedo! Le dediqué demasiadas horas a mis estudios para ser la mejor. No regresaré a Jacksonville por un salario de becario, vine aquí para ser una empresaria.

Camila paseó su mirada agotada por la sala mientras se frotaba la frente

con una mano.

—Sé que te esforzaste por culminar con éxito una carrera y que tienes grandes aspiraciones, pero esa oportunidad podría asegurarte un buen empleo.

—O no.

—Sofía...

—Tengo un proyecto empresarial, recuérdalo —argumentó la joven con una calma que molestó a su hermana. Sofía estaba tan centrada en su idea que no aceptaba otras posibilidades.

—Acabas de graduarte y ya te has fijado que no es sencillo independizarse. Necesitas más dinero para montar tu empresa. Si no quieres aceptar la oferta del padre de tu amiga, ni consigues un empleo por tu falta de experiencia, trabaja en otra cosa. Preparas unos productos muy buenos para el cuidado del cabello y haces unos peinados geniales, no deberías desaprovechar ese talento.

Camila, al ver que su hermana ignoraba sus consejos por revisar un zapato al que le faltaba un tacón, le dio la espalda en medio de un bufido sonoro y se dirigió a la cocina.

Sofía endureció la mandíbula al notar la irritación de su hermana, que se alejaba dando largas zancadas y mascullaba entre dientes su indignación. No podía dejar el asunto hasta allí. Su intención era evitar regaños innecesarios, no aumentar el mal humor de Camila. Enseguida se levantó del sillón y se apresuró a alcanzarla.

—No tienes que preocuparte por nada. Conseguiré un buen trabajo con el que reuniré el dinero que falta para mi empresa, y para cumplir con mi aporte a la casa mientras sigo viviendo aquí.

Camila se giró hacia ella y la observó con cansancio.

—No dudo de tus capacidades, solo te aconsejo que no desperdicies ninguna oportunidad. Tus ahorros no durarán mucho y cuando se acaben estarás sin empresa y sin empleo, y todo por tu empeño de no dar tu brazo a torcer. Eres muy terca.

—¿Yo soy terca? —expuso Sofía indignada. No le gustaba que la amonestaran como a una niña, cuando eso sucedía, buscaba algún medio para demostrarle a los otros sus propias debilidades, así opacaba las suyas—. No tienes moral para acusarme de esa manera.

Camila amplió las órbitas de sus ojos.

—¿Por qué dices que no tengo moral?

—Porque tú eres más terca que yo.

—¿De dónde sacas esa idea?

Sofía se carcajeó con nerviosismo y apoyó las manos en sus caderas.

—En Jacksonville hacías dinero trabajando en la peluquería de mamá, tenías metas y contabas con apoyo para cuidar de Tammi, pero igual preferiste olvidarte de todo y venirte a Miami sin preocuparte por los inconvenientes, para darle un cambio a tu vida. Aquí la estás pasando mal, y sin embargo, no te vas. ¿Eso no te hace tan terca como yo?

—¡No! —Sofía alzó las cejas con incredulidad ante la negativa de su hermana, mientras Camila respiraba hondo para recobrar la serenidad—. Mi situación es diferente a la tuya. Me vine a Miami para estar con Ronald y solo cuento con mi destreza para dar sustento a mi hija y ayudar a mi marido.

Sofía bufó.

—Ronald te sacó de casa asegurando que nada te faltaría.

—Y nada me falta.

—Entonces, ¿por qué te angustia tanto el dinero? Él puede hacer más, tiene una empresa propia.

Camila se mostró enfadada.

—Ronald hace todo lo que puede, pero nuestros gastos son muchos. No se comparan a los tuyos.

Sofía comprimió el rostro en una mueca de disgusto al ver que su hermana le daba la espalda para marcharse. Nunca estuvo de acuerdo en que Camila abandonara Jacksonville para mudarse a Miami con Ronald, en casa tenía mucha más seguridad y el hombre era un sujeto tosco que no le inspiraba confianza.

—¿Por qué no lo dejas y regresas a casa?

Camila se detuvo antes de llegar a las puertas batientes, y volvió a encarar a su hermana con el cuerpo rígido por la rabia.

—¿Cómo puedes proponerme eso?

—Eres una mujer hermosa y luchadora. Allá cuentas con la ayuda de nuestros padres y con otros hombres que pueden hacerte la corte.

—¡¿Enloqueciste?! —alegó Camila indignada.

—No seas tonta, sabes que tengo razón.

—No la tienes... al menos, no con respecto a los hombres —aclaró la mujer algo sofocada.

—Sabes que sí, Camila. Desde pequeña siempre has tenido a muchos chicos tras tus pasos, eres hermosa y antes eras más divertida.

—¿Antes?

—Sí, antes. Ahora no haces otra cosa que quejarte.

Camila se mostró ofendida. Miró a su hermana con rencor y apoyó las manos en las caderas antes de replicar.

—Por si no lo recuerdas, la vida no es fácil. Sé que en casa tengo apoyo, pero no puedo vivir por siempre bajo la falda de mi madre. Y con respecto a los hombres, las cosas no son como tú crees, quizás muchos se me han acercado, pero nadie se ha atrevido a proponerme nada formal como lo ha hecho Ronald, solo aventuras pasajeras que ya no me puedo dar el lujo de tener.

—Quizás esté equivocada, pero Ronald no es la única oportunidad que te queda para rehacer tu vida. —Camila suspiró exasperada.

—Tal vez no sea la única, pero sí la última que quiero tener. No puedo vivir saltando de hombre en hombre con una niña de diez años a mis espaldas. Ambas necesitamos estabilidad.

—¿Estás con Ronald solo por ofrecerle estabilidad a Tammi?

Camila soltó toda su irritación en un sonoro bufido.

—¡Por supuesto que no! —negó girándose hacia la cocina—. Es imposible conversar contigo.

—¡Solo trato de entenderte! —completó Sofía viendo a su hermana atravesar las puertas.

—¡Tú solo comprendes tu punto de vista! —exclamó desde la otra habitación.

Sofía se quedó allí, ofuscada, sabiendo que la había liado bien sería con Camila. No debió criticar de manera tan dura la relación de su hermana con Ronald. Aunque su cuñado, a su juicio, era insoportable, se había portado bien con Camila y con su sobrina. Al menos, mucho mejor que el propio padre de Tamara.

Un par de minutos después Camila volvió a aparecer en la sala. Se notaba bastante molesta.

—Debo ir al colegio de Tamara y ya voy con mucho retraso —agregó mientras hurgaba en el interior del cajón de una mesita auxiliar en busca de su juego de llaves y de sus lentes de sol—, pero tengo una carne en el horno que en media hora podría estar lista. ¿Puedes estar pendiente de ella? —pidió con sarcasmo, como si dudara de las capacidades de Sofía para la tarea.

—Claro —aseguró la aludida sin mirarla, por tener el rostro en dirección al suelo.

—¡Tamara, vámonos! —ordenó Camila a la niña.

Sofía notó que Tammi salía de la cocina con rostro abatido, pero no quiso decirle nada para no agobiarla. De seguro había escuchado toda la discusión. La niña se encaminó hacia la puerta de salida sin despedirse de nadie.

Camila la siguió sosteniendo su bolso con una mano, pero antes de cruzar el umbral se giró hacia su hermana.

—Hago lo que está a mi alcance para que las cosas marchen bien, aunque no soy perfecta. Ya que estás aquí, me gustaría un poco de ayuda, ¿es posible? —Sofía asintió en silencio mientras su hermana se marchaba.

Por un instante miró con frustración la puerta cerrada, consciente de que había cometido un error. Pero estaba tan cansada que no quiso mortificarse más con el asunto de su hermana y entró en la cocina descalza y con los hombros caídos.

Capítulo 3

Debía aceptar que Camila tenía razón: si no conseguía un trabajo cuanto antes, quedaría sin dinero, y así no podría invertir en su proyecto ni colaborar con su hermana.

Si regresaba a Jacksonville solo tendría tres opciones: trabajar con su madre en su peluquería, en la empresa de envíos nacionales de su padre o pedirle ayuda a sus amigas para hallar un empleo en su campo. Lo que para ella significaba: depender siempre de la solidaridad de otros.

Negó con la cabeza mientras se adentraba en la cocina, un espacio práctico y funcional poblado de muebles de fórmica y encimeras de cemento. Con una gran mesa de ocho puestos ubicada en el centro de la estancia, que además de comedor le servía a Ronald como oficina de trabajo.

La desesperanza no iba a dominarla. Antes muerta que derrotada.

Comenzó a hurgar entre los estantes y el refrigerador, buscando lo necesario para elaborar un batido revigorizante. Necesitaba de energías extras para salir de nuevo a la calle en busca de un trabajo que le generara buenos dividendos.

Tomó unas naranjas, una banana, un poco de fresas que había comprado el día anterior, y la leche de soja que solía tomar. Mientras reunía los ingredientes para la bebida encendió el televisor que Camila tenía sobre una de las encimeras, junto a la puerta que daba al lavadero.

En ese momento pasaban uno de esos *talk show* femeninos que brindaba consejos y cotilleos. La presentadora en esa oportunidad entrevistaba a una reconocida sexóloga de la comunidad latina de la ciudad.

Sofía no era seguidora de esos programas, pero a veces los miraba solo por curiosidad. Lo que hablaba la especialista ese día llamó su atención, así que subió más el volumen del aparato mientras cortaba la banana.

«El sexo es uno de los remedios más efectivos para combatir la fatiga y la depresión. Libera endorfinas en el flujo sanguíneo, creando un estado de euforia que deja a la mujer con un sentimiento de bienestar inigualable. Pero además, ayuda a relajar los músculos y produce gran cantidad de estrógeno concediéndole más brillo y suavidad al cabello».

Sofía alzó las cejas. Era fanática de su propio cabello, por eso aquello

aumentó su interés, y la obligó a repartir su atención entre el batido que preparaba y lo que hablaban en la televisión.

«En conclusión, ¿el sexo es el mejor tratamiento de belleza que existe?», inquirió la moderadora, una mujer a quien le era imposible moverse por lo apretado que le quedaba el corto vestido, y por la cantidad de maquillaje que le coloreaba el rostro.

«¡Claro! Y si lo haces despacio y con suavidad puede reducir las posibilidades de sufrir dermatitis, espinillas o acné, ya que el sudor producido te limpia los poros y le confiere brillo a la piel».

«¡Increíble! ¡Definitivamente tenemos que practicar más sexo!», exclamó con una risa pícara la moderadora, haciendo reír también a Sofía, quien además tuvo que torcer el cuello para hacerse sonar las vértebras. La discusión con su hermana la había dejado tensa. Necesitaba relajarse.

«No solo es tratamiento de belleza» siguió la experta, *«el sexo nos ayuda a controlar los dolores de cabeza, es un antihistamínico natural y es considerado un buen deporte».*

«¡Wow! Además es saludable».

«Tanto física como emocionalmente, sobre todo, si se hace con la persona amada».

Sofía bufó mientras terminaba de agregar las frutas y la leche en la licuadora. ¿La persona amada? ¿Existía tal cosa?

El recuerdo de Kevin Balton, su exnovio, pasó por su mente. Un año entero de su vida se lo dedicó a ese hombre, compartiendo con él su intimidad, pero al acercarse la fecha de la graduación en su familia aumentaron las suposiciones de un posible matrimonio. Sus amigas y sus padres no hablaban de otra cosa, aquello la aterró y confundió. Había sido muy divertido el tiempo que estuvo junto a él, sin embargo, ¿había deseado pasar el resto de su vida con ese hombre?

Durante sus estudios planificó su futuro sin incluirlo. Lo quería, eso lo sabía, pero Kevin tenía metas que diferían mucho de las suyas y estaba enfrascado en alcanzarlas. Él, al lograr su título de arquitecto, se embarcaría con su padre en un proyecto monumental que lo obligaría a mudarse a New York. En cambio los planes de ella estaban en su cálido y ajetreado Miami, Kevin lo sabía, quizás por eso nunca hablaron de ese tema.

El posible enfrentamiento que pudo haber existido entre ellos al decidir qué hacer al terminar los estudios, fue evitado unas semanas antes de la entrega de los títulos académicos, cuando Sofía encontró a Kevin besándose

con una de sus compañeras de clase frente a la residencia estudiantil donde ella vivía. Enseguida rompió la relación, pero aquello no le produjo dolor, sino todo lo contrario.

Entonces, ¿en realidad había llegado a amarlo?

¿Cómo se sentiría querer a un hombre hasta el punto de desear sacrificar tus sueños para adaptarlos a los suyos?

Se sacudió los malos pensamientos agitando la cabeza. El amor y el trabajo eran dos pasiones que se repelían, si pretendía alcanzar sus metas no debía pensar en otra cosa. Por tanto, el matrimonio y las relaciones románticas estables quedaban descartadas de su vida. Al menos, hasta que lograra su cometido.

«Una buena alimentación y ejercicio aeróbico regular son la base para poseer un cuerpo sano», escuchó que explicaba la sexóloga, palabras que enseguida la regresaron a la realidad, *«pero además, una buena actividad sexual te fortalece las defensas y te aporta grandes beneficios a nivel emocional»*.

«Entonces, ¿lo consideras esencial para el bienestar individual?», inquirió la moderadora del *talk show*.

«Y de la pareja» aclaró la experta. *«No es necesario que una pareja sea muy activa sexualmente para ser feliz, lo importante es que en cada sesión de sexo logren una buena compenetración. Eso ayudará a que la relación mejore, el contacto une. Si vives con alguien que te quiera, que te comprenda, que te acompañe en las buenas y en las malas, que te de una mano en los momentos más críticos, e incluso, que le guste participar contigo en los juegos de cama, por muy esporádicos que estos sean, eso mejorará tu bienestar individual y social»*.

Esa última aportación deprimió a Sofía. Se bebió de un solo trago el batido que había preparado, aunque aquello no le otorgó las energías que necesitaba.

Se sentía agotada, sola e incomprendida.

Con enfado apagó el televisor, lavó el vaso y los implementos que utilizó en la preparación y los dejó en el escurridor antes de regresar a la sala, angustiada por su futuro.

Había estado tan concentrada en sus metas profesionales que no pensó un instante en su vida personal. Si en ese momento hubiera tenido una compañía, tal vez su situación no fuera tan difícil de llevar.

No debió abandonar a Kevin ante el primer problema que se les

presentó, sino luchar por lo que habían construido juntos y ver de qué manera lograban manejarlo mientras cimentaban su futuro.

No obstante, para ella fue fácil dejarlo y olvidarlo todo, e incluso, para él, porque aunque Kevin le rogó por días su perdón mientras se llevaban a cabo las fiestas y actos de graduación, finalmente desapareció sin dejar rastros.

—No era para mí, ni yo para él —dijo en voz alta antes de regresar a la sala en busca de su bolso. Necesitaba el estuche de maquillaje y el cepillo para el cabello. Con ellos retocaría su apariencia antes de salir. Nadie tenía por qué saber de las penurias personales y económicas que estaba atravesando en ese momento.

Sin embargo, quedó paralizada al percibir el olor de la carne quemada. Enseguida dejó lo que hacía y corrió apresurada a la cocina, consciente de que ahora sí lo había echado todo a perder con su hermana.

Capítulo 4

—¡Camila me va a echar! —se reprendió Sofía a sí misma mientras tomaba con premura las almohadillas. Abrió el horno y sacó la bandeja lanzándola dentro del fregador para evitar que le quemaran las manos. Apagó el aparato y observó con una expresión entre afligida y furiosa la carne medio chamuscada, sin saber qué hacer. No se le daba bien cocinar—. Maldición —masculló con una amarga sensación de fracaso dominándole el cuerpo.

Deseaba tener en ese momento a alguien que la abrazara, la escuchara y comprendiera, pero sobre todas las cosas, que la ayudara a no perder la fe en sí misma.

Su padre siempre tuvo buenos consejos y sabios regaños para ella, e incluso, abrazos fuertes que le avivaran el ánimo. Sin embargo, no estaba cerca.

El timbre de la entrada sonó. Ella gruñó enojada y se apresuró por llegar a la puerta para atender la inoportuna visita.

—Vaya, vaya. Miren quién está aquí: la hermanita de Camila —saludó Tony Rodríguez, un estadounidense hijo de mexicanos y primo de Ronald, un sujeto alto y bien parecido, el más agradable de los familiares del marido de su hermana.

—Ronald no está —señaló ella con enfado. Mantenía el pomo agarrado con una mano mientras la otra la tenía apoyada en su cintura, dispuesta a tirarle la puerta en la cara al tipo si no se marchaba en los próximos segundos.

Él le mostró una sonrisa torcida, que ella no podía negar que era atractiva, pero estaba tan molesta que nada la conmovía.

Miró con irritación al hombre de piel trigueña y cabellos cobrizos, algo largos y desprolijos, parado en el umbral. La eterna barba de tres días marcada en su mandíbula lo hacía parecer un poco descuidado para su gusto, aunque en ese momento le pareció interesante. Tal vez, por culpa de la intensidad con que la observaban sus ojos azules, tan claros como el cielo despejado de Miami.

—No vengo a buscar a Ronald, bella. Necesito hablar con Camila sobre... —El hombre detuvo su explicación al percibir un aroma que le

resultó familiar—. ¿Algo se quema?

Sofía puso los ojos en blanco.

—Aquí nada se quema, todo se transforma —aseguró con altivez, logrando que Tony estallara en risas. Aquello la enfureció—. Mira, mejor te vas, porque yo...

—Eres adorable, ¿lo sabías?

Esas palabras, pronunciadas con una voz sensual, la inmovilizaron y le erizaron por completo la piel. Todas las emociones se le cayeron a los pies, como lo hacía una torre de naipes ante el más mínimo soplo.

—¿Adorable? ¿Tú crees? —preguntó con esforzado sarcasmo, y procuró recuperar la cadencia de su respiración.

—Mucho —aseveró él y la repasó con interés de pies a cabeza.

Esa apreciación, en vez de aumentar su furia, despertó en ella otras inquietudes. La tensión en la que se hallaba su cuerpo a causa de los problemas y las frustraciones se encontraba al límite. Le urgía una liberación. Si no se desprendía del estrés en los próximos minutos, su paciencia se rompería como lo hacía la cuerda de una guitarra al estar muy ajustada.

—¿Por qué no pasas? —lo invitó con expresión sorprendida. Ella misma se impresionaba de sus propios arrebatos, no estaba acostumbrada a dejarse dominar por las hormonas, pero en ese momento su organismo estaba tan descompuesto que lo único que su mente procesaba eran los consejos que la sexóloga había dado un instante antes a través del programa transmitido en televisión.

Necesitaba una descarga de endorfinas que le sacudiera los sentimientos depresivos. Si sacaba de su interior esas energías negativas podría pensar y actuar con claridad, teniendo más posibilidades de resolver su situación. Lo que ella no imaginaba eran las consecuencias que ese tipo de actos acarrearían.

Pero en ese instante su conciencia estaba apagada, lo único que le funcionaba era el instinto. Su capacidad de sobrevivencia la dominó por completo. Su futuro estaba en juego.

Tony no tardó mucho tiempo en aceptar la invitación. Pasó junto a la joven sin quitarle la vista de encima y se internó en la sala.

Sofía echó una ojeada precavida hacia la calle antes de cerrar, como si lo que fuera a hacer dentro de aquellos muros estuviera castigado por los más altos tribunales morales de Miami, bajo pena de muerte.

—¿Estás sola, preciosa? —consultó él con los ojos brillándole por la

ansiedad.

—¿Nunca has estado a solas con una mujer? —lo aguijoneó Sofía. Tony arqueó las cejas al descubrir la propuesta implícita en esa pregunta. Su organismo vibró. No le fue muy difícil excitarse ante la mirada hambrienta que le dirigía aquella chica, a quien consideraba tan agraciada y llamativa como una flor de primavera, y tan apetitosa como una fruta madura.

—Muchas veces, pero con mujeres seguras de lo que hacen.

—¿Y qué te hace pensar que yo no lo estoy?

Por un segundo él dudó. ¿La despampanante Sofía Martínez de verdad se le ofrecía sin imponerle ningún tipo de condiciones? Aquello era mejor que un sueño hecho realidad.

Sin perder más tiempo se acercó a ella, hasta quedar a escasos centímetros de distancia y con el cuerpo rígido por la expectativa.

—¿Segura? ¿Sin arrepentimientos? —tuvo la gentileza de consultar. Aunque la deseaba desde el día en que la había conocido, no era capaz de tomar lo que no le ofrecían a conciencia.

Los ojos negros de Sofía reflejaron temor y apetito en la misma proporción.

—Si no lo haces tú, buscaré a otro —aseguró ella, pero Tony pudo percibir un suave temblor en su labio inferior.

—Que se jodan los demás —sentenció, al tiempo que envolvía la pequeña cintura de la chica con un brazo y elevaba su mano libre para acariciar con un dedo el labio temeroso—. Si así lo deseas, pequeña, hoy serás solo para mí —fueron sus últimas palabras antes de apoderarse de su boca con besos suaves y cálidos, que poco a poco fueron humectando los labios de la mujer hasta hacerlos reaccionar.

Sofía nunca había sido tan atrevida, pero la necesidad de relajación y la abrasadora mirada de aquel hombre despertaron su libido.

Desde que volvió a encontrarse con él, el día en que llegó a la casa de su hermana cargada con todo su equipaje y Tony le abrió la puerta, sonriéndole como si llevara días esperándola, quedó impresionada. A pesar de no ser su tipo, porque ella los prefería elegantes y de buena posición social, no podía negar que Tony, ese albañil de barrio, poseía un cuerpo de infarto y un caminar erguido que lo hacía parecer seguro de sí mismo. Eso la ayudó a olvidarse de sus prejuicios y simplemente entregarse al placer.

Tocar esa piel masculina de tacto suave, rellena de músculos endurecidos por el trabajo y capaz de desprender más calor que un horno, le

aumentó el apetito. Tony la besaba cada vez con más intensidad y recorría cada espacio recóndito de su boca. Le robaba el aire y los gemidos. Sus manos palpaban cada rincón de su cuerpo, hasta dejarlo erizado, ardiente y sensible.

Sofía se arqueó en busca de su contacto. Sentía que moriría si no lograba llegar a él.

Tony comenzó a bajar la larga cremallera del vestido que le impedía el paso hacia la piel de la chica, sin dejar de besarla. Con suavidad quitó la prenda y repasó con sus manos y labios el cuerpo que se le reveló.

La estrecha ropa interior color crema que quedaba en el camino dejaba poco a la imaginación. El sujetador mostraba en todo su esplendor las duras protuberancias en las que se habían convertido los pezones de la chica. Tony los observó fascinado y acunó esos pechos con ambas manos. La delgada tela no fue capaz de impedir que las duras puntas le acariciaran las palmas. La sensación lo estremeció y le hizo experimentar un fuerte tirón en la entrepierna.

—Dios, mujer, eres perfecta —gimió antes de volver a besarla.

Una colisión de emociones se produjo en el interior de Sofía. Con los dedos temblándole por la ansiedad comenzó a desabotonar la camisa del hombre, y al abrirla, pudo apreciar su torso bronceado, surcado por músculos y con los fuertes hombros cubiertos de pecas.

Al terminar de quitarle la camisa, notó que en el hombro derecho había un tatuaje. Se trataba de la cabeza de un felino. Nunca había estado con un hombre tatuado, eso la hizo sentirse perversa. Lo miró con lujuria y sonrió mordiéndose el labio inferior. Tony captó su indirecta y enseguida estiró los brazos hacia los lados para indicarle que podía tomar de él todo lo que quisiera.

Sofía dirigió sus manos hacia los pantalones y comenzó a desatar el cinto.

—¿Qué guardas aquí? —le preguntó traviesa. Él no pudo responder, la emoción por lo que venía le ató las palabras en la garganta. Solo un gemido lastimero pudo escapar de su boca, que aumentó la sonrisa de la chica.

Al bajar la cremallera, ella introdujo las manos dentro del bóxer, sin apartar su mirada apasionada de los ojos masculinos. Envolvió el miembro duro y los testículos entre las palmas, los acarició con ternura, y les infundió aún más calor del que desprendían.

Tony se esforzó por controlarse, los párpados le temblaban por el

delicioso placer que ella le obsequiaba.

—No voy a soportar mucho —confesó con una sonrisa tensa.

Sofía sacó las manos y lo empujó hacia el sofá. Cuando él cayó sobre el mueble ella terminó de desnudarse frente a su mirada enfebrecida.

Tony observó impactado a la mujer: sus curvas perfectas de pechos generosos, cintura diminuta y caderas anchas, así como su piel cremosa. Se saboreó los labios imaginando el exquisito sabor y la suave textura que podía tener.

—Eres increíblemente hermosa. —Su confesión estremeció a Sofía y provocó un estallido de sensaciones en su pecho. Nunca le habían dicho algo similar utilizando una expresión tan maravillada en medio de un juego erótico. Eso elevó su deseo y la hizo consciente de su propio cuerpo. Descubrió que le gustaba sorprender a su pareja y lo gratificante que resultaba sentirse anhelada.

En menos de un minuto Tony se deshizo de sus pantalones, de los zapatos y las medias, y la recibió gustoso cuando ella se acercó y se sentó sobre su regazo a horcajadas. Las bocas se fundieron con pasión, de la misma manera en que lo hicieron los cuerpos.

Sofía lo cabalgó con energía, al ritmo de los gemidos del hombre y dejándose explorar por sus manos ásperas e inquietas.

Cuando la tensión comenzó a acumularse en su vientre ella alzó el rostro al techo con los ojos cerrados. Tony se devoró sus pechos erguidos por un instante. Sorbió con avidez los pezones de concreto.

—Tan rápido no, preciosa —advirtió, al ver que la mujer estaba al borde del orgasmo. Se levantó del sofá con Sofía aferrada a sus caderas, la acostó de espaldas en el mueble y se ubicó sobre su cálido cuerpo. La poseyó con firmes acometidas.

Tomó los brazos de la chica y los ubicó sobre la cabeza de ella, para luego bajar las manos hasta los pechos y apretujarlos con deseo.

Su boca besaba, lamía y mordía el cuello femenino, la hacía jadear con desesperación y pronunciar su nombre bajo el influjo del frenesí. Él dirigió las manos hasta las piernas de ella y las tomó por la parte posterior de las rodillas para abrirla aún más y así llegar más profundo, aumentando la intensidad.

El estallido les llegó a ambos sin previo aviso y los hizo gritar por la descarga.

La placidez del cansancio los dejó inmóviles, uno encima del otro,

mientras el oxígeno les llegaba de nuevo al cerebro. Sofía no podía coordinar sus pensamientos, ni sus emociones, solo captaba las sensaciones de su cuerpo satisfecho e hipersensible.

Poco a poco la humareda de la pasión se le fue desvaneciendo del cerebro, en el preciso instante en que escuchó el sonido del motor de la Pick-up de Ronald.

—Maldita sea —masculló Sofía con la voz quebrada por el agotamiento físico.

Capítulo 5

Sofía empujó a Tony y lo tumbó con brusquedad al suelo, antes de levantarse de un salto del sofá. Si su cuñado se enteraba de lo que ella acababa de hacer en su sala se quejaría ante Camila, y con eso, su hermana tendría los motivos suficientes para echarla de la casa.

—¡Corre, corre! —reclamó la chica mientras se apresuraba a recoger la ropa desperdigada por la sala.

—¿Por qué?! ¿Qué pasa?! —preguntó Tony confuso, y se acarició la cadera que se había golpeado al caer al suelo.

—¡Ronald llegó y no puede verte! —declaró y lo tomó por el codo para arrastrarlo hacia la habitación de su hermana.

—¿Y qué pasa si me ve?

—¿Qué pasa?! —inquirió ella alarmada— Camila me hará picadillo si descubre lo que acabamos de hacer aquí, ¡así que muévete! Tienes que esconderte —ordenó mientras entraban en el dormitorio de Camila.

Sofía miró con angustia cada rincón. El lugar estaba abarrotado de muebles y ropa recién lavada (pero sin planchar ni doblar), así como accesorios de peluquería y otros enseres. No existía un espacio seguro donde ocultar a Tony, solo bajo la ropa o dentro del clóset.

Elegió la última opción. Tomó de nuevo el brazo del hombre y lo empujó hacia el armario.

—Pero, ¡cálmate, bella! —le instó él sin poder disimular su diversión.

Ella no atendió sus exigencias, abrió las puertas de par en par y apartó hacia una esquina las prendas allí colgadas.

—¡Entra! —pidió con tal severidad que Tony no tuvo más opciones que obedecerla. La chica estaba al borde de un colapso nervioso.

El hombre se acomodó sobre unas sabanas dobladas en el fondo mientras Sofía le lanzaba encima la ropa que a él le pertenecía, antes de cerrar.

Al escuchar que los pasos de Ronald se hacían eco cerca de la puerta, comprendió que no le quedaba tiempo suficiente para ponerse de nuevo su ropa. Optó por colocarse solo las bragas y entregarle el resto de las prendas de forma brusca a Tony.

—¡Escóndete! —clamó ella antes de volver a encerrarlo.

Repasó con rapidez la habitación en busca de algún pijama de Camila. Tomó un ancho camisón que su hermana utilizaba para dormir y se encontraba abandonado sobre un sillón. Se lo puso mientras oía que Ronald entraba a la vivienda.

Con premura desordenó aún más la cama y corrió para encontrarse con su cuñado en la sala, pero al abrir, casi se dio de bruces con el hombre, que pretendía entrar al dormitorio.

—¡Pero, ¿qué demonios haces?! —preguntó Ronald, un sujeto alto, fornido, piel tostada por el sol y cabellos tan oscuros como su barba recortada—. ¡¿Qué hacías en la habitación?!

—Yo... dormía —mintió ella y apoyó las manos a cada lado del marco de la puerta para bloquearle el paso.

—¿Dormías? ¿A esta hora? —inquirió él confuso y luego la repasó de pies a cabeza—. ¿Por qué llevas eso puesto? —señaló el camisón que pertenecía a su mujer.

—Es más... cómodo —indicó ella, pero por el rostro contrariado de su cuñado supo que no lo había persuadido.

—¿Estás bien? —agregó Ronald con cierta preocupación.

—Claro —aseguró Sofía. Sin embargo, antes de que pudiera distraerlo para alejarlo de la habitación, él pareció captar un olor en el aire.

—¿Quemaste algo? —Ella torció los ojos.

—No, es solo... estoy probando una nueva receta, que ayuda a reafirmar el sabor de las comidas. —Ronald alzó las cejas—. Es una receta de mamá. Un secreto de familia —completó. El hombre suspiró con una expresión poco convencida en el rostro. Trató de entrar por segunda vez al dormitorio, pero ella de nuevo le impidió el paso.

—¿Puedes dejarme pasar?

—¿Para qué? —Él amplió los ojos.

—¡Tengo que buscar algo! —alegó irritado e intentó apartarla.

—¡No!

Ronald la observó con desconcierto.

—Sofía, estoy apurado. Me esperan —indicó con un toque de desesperación en la voz.

—Es que... me da pena que veas como dejé desordenada la cama. —Él bufó.

—Siempre lo está. Déjame pasar, busco rápido lo que necesito y te dejo ordenar y cocinar sin interrupciones —propuso con cierto rastro de burla.

Ambos sabían que Sofía no era buena en ninguna de las dos actividades que había mencionado.

En medio de un resoplido de cansancio ella se apartó para darle paso. No tenía argumentos para detenerlo. Él entró y echó una ojeada hacia la cama.

—Sí que te mueves cuando duermes —se mofó, pero Sofía no pudo rebatir sus palabras, el corazón le palpitó en la garganta al verlo dirigirse hacia el clóset. Se quedó inmóvil en la puerta, resignada a que ocurriera lo peor. Sin embargo, Ronald no abrió el armario, solo tomó un par de rollos de plástico que se encontraban en la parte superior, donde guardaba los planos de las edificaciones que realizaba. El hombre poseía una empresa de construcción independiente—. ¿No tenías una entrevista de trabajo? —le preguntó mientras abría cada tubo para revisar el interior.

—Ya la tuve —respondió ella, aún con el flujo de la sangre acelerado.

—¿Y? ¿Cómo te fue?

Sofía tragó grueso, procuró calmarse para no mostrarle su nerviosismo. Cuando Ronald halló el plano que buscaba devolvió el otro rollo a la parte superior del clóset y caminó en dirección a la puerta.

—Lo están... pensando —respondió ella. No quería perder el tiempo explicándole lo que le había sucedido ese día, necesitaba que él se marchara de la casa para deshacerse de Tony.

—Ese orgullo de las Martínez es más duro que el hormigón con el que trabajo —declaró al pasar junto a la chica para dirigirse a la sala. Ella lo acompañó—. Oye cuñadita —le dijo al acercarse a la puerta de salida—. Si te rechazan, avísame. —Abrió, pero antes de salir se giró hacia ella para culminar su charla—. Uno de mis albañiles está enfermo y no trabajará durante dos semanas, podrías hacerle la suplencia. —Sofía amplió los ojos en su máxima expresión—. Te pagaré bien —le garantizó con una sonrisa ladina para luego marcharse.

La mujer gruñó furiosa al quedar sola. Odiaba que se burlaran de ella.

Entró apresurada a la habitación y abrió el clóset. Tony había tomado una de las sabanas allí guardadas para taparse la cabeza y el torso, pero las piernas estaban a la vista.

—¿Eres idiota?! —le reclamó ella mientras le quitaba de mala gana la prenda de encima. Sin embargo, al ver su sonrisa torcida, entre satisfecha y divertida, se arrepintió. El estómago se le comprimió en una dolorosa contracción que pronto pasó, pero le dejó un cosquilleo en todo el cuerpo. Como si se hubiera descargado dentro de su torrente sanguíneo algún extraño

hechizo.

—Me pediste que me escondiera —argumentó él con los hombros alzados y salió del pequeño espacio aún desnudo y con la ropa de ambos entre las manos.

Se irguió frente a Sofía, permitiendo que ella se deleitara con su imponente cuerpo sin nada de desperdicios.

—Vístete —ordenó la mujer con la voz más ronca de lo habitual—, y márchate. Tienes que irte.

—¿Ya?

—Antes de que regrese Camila... o Ronald —agregó con inseguridad y caminó hacia la puerta para apartar sus ojos fascinados de aquella figura apetitosa.

—¿Por qué te preocupas tanto por ellos? Ya somos bastante grandes...

—¡Pero yo soy una inquilina! —aseveró, con más angustia que irritación reflejada en el rostro—. Tuve sexo en la sala de mi hermana, sobre el sofá que me cedió como habitación al no tener dónde quedarme, y a la vista de cualquiera, ¡incluso de Tammi!

Tony perdió la sonrisa.

—Bueno, si la niña nos hubiera encontrado ese sí sería un problema grave... —comenzó a justificar, pero cerró la boca al notar que Sofía le daba la espalda y se alejaba.

Ella, enfadada consigo misma por ser tan estúpida, se reprendía internamente por sus acciones insensatas mientras se dirigía a la cocina. Al entrar, se detuvo frente al fregador, y observó afligida la carne medio chamuscada que aún esperaba por su atención.

«Ya que estás aquí, me gustaría un poco de ayuda, ¿es posible?».

El ruego de su hermana se hizo eco en su cabeza y aumentó su irritación.

—Estoy acabada —expuso con los ojos llenos de lágrimas.

Sofía estaba tan sumida en su pena que no se percató cuando Tony había entrado a la cocina, y se detenía junto a ella mientras se ajustaba el cinto de su pantalón.

—No se ve tan mal.

La chica se sobresaltó al oírlo. Intentó ocultar su estado, pero él ya había notado la profunda tristeza que la embargaba.

—Puede recuperarse —garantizó. Pensó que el estado de la carne era lo que hacía sufrir a la joven.

—Sí, ¿cómo? —preguntó ella con ironía y se cruzó de brazos.

—¿Tienes un caldero? —Sofía lo observó con incredulidad. De casualidad sabía donde se hallaban los platos, cubiertos, vasos y la comida ya comestible. El resto de los utensilios ni siquiera sabía si existían.

Él le sonrió antes de ponerse a hurgar entre los estantes. Ella lo miró con una mezcla de espanto y curiosidad, sin comprender lo que pretendía.

—Aquí está —dijo triunfal al hallar el caldero. Lo colocó sobre la encimera y sin utilizar las almohadillas tomó la bandeja y volcó su contenido dentro de la olla.

Sofía seguía con atención cada uno de sus movimientos. El hombre dejó a un lado la fuente con el fondo manchado por el caldo y los vegetales quemados, puso el caldero sobre la cocina y abrió el refrigerador.

—Pon la bandeja en remojo y échale un poco de jabón líquido —instruyó, al tiempo que se dirigía con un par de grandes patatas hacia la encimera.

La chica hizo lo que él le pidió, sin dejar de vigilarlo. Tony peló las patatas y las cortó en gruesos trozos que luego agregó al guiso.

—¿Cómo sabes tanto sobre comida quemada? —consultó ella.

—Mi mamá era experta en estas exquisiteces —comentó el hombre con sorna, pero Sofía no sonrió, solo amplió las órbitas de sus ojos—. Cuando era adolescente, mi padre murió en un accidente laboral. Mi madre cayó en depresión y cada vez que la atacaba la melancolía se perdía en los recuerdos y se desconectaba por completo de la realidad —manifestó mientras encendía la cocina a fuego lento y agregaba un poco de agua, sal y aceite de oliva a la preparación—. Yo lograba despertarla, pero había ocasiones en que llegaba tarde, sin poder salvar la comida. Ella enseguida se ponía en la faena de resolver el problema y hablaba conmigo explicándome cada cosa que hacía, para distraerse y no volver a pensar en el pasado. Yo la escuchaba en silencio. Fue así como aprendí a cocinar, lavar, coser, e incluso, curar heridas y apagar pequeños incendios.

Sofía no podía apartar sus ojos conmovidos del perfil varonil y serio del hombre, que atendía con especial interés la recuperación de la comida, sin poder evitar que en sus pupilas azules se reflejara el dolor.

No obstante, al girar el rostro hacia ella, la sonrisa pícaro y atractiva de Tony volvió a hacer acto de presencia.

—Está listo, ¿quieres que hagamos café?

—¿Café?

—Su intenso aroma ocultará un poco el olor de la comida quemada, y

servirá para aplacar a tu hermana si llega dispuesta a formarte algún lío.

Ella se mordió el labio inferior, imaginando las miles de reprimendas que le daría Camila al enterarse que le había fallado.

—Puedo hacerlo sola.

—¿Seguro? —inquirió él con las cejas arqueadas. Sofía se irguió y alzó el mentón.

—Claro que puedo. Lo he hecho otras veces —aseguró. Tony sonrió con mayor amplitud.

—Estoy seguro que lo harás bien, bella. He tomado tu café y es el mejor que he probado en años. —Aquellas palabras la estremecieron, pero lo supo disimular—. Apaga la cocina apenas veas que hierve el agua y por favor —pidió mientras se dirigía hacia la sala—, dile a Camila que mi madre y mi hermana desean contratarla el domingo en la tarde para que les arregle el cabello y les haga la manicura.

—Le avisaré —garantizó ella y lo siguió hasta la puerta. Sintió una fuerte curiosidad por él.

Antes de abrir, Tony se giró hacia la joven y le dedicó una profunda mirada.

—Gracias —le susurró y alzó una mano para acariciarle la mejilla—. La pasé muy bien entre tus brazos —murmuró y se acercó aún más para besar sus labios. Sofía lo recibió con gusto y abrió la boca permitiendo que él hundiera su lengua y le brindara su delicioso sabor. La piel se le erizó por completo mientras recibía las tiernas caricias—. Nos vemos pronto —prometió.

Ella emitió un profundo suspiro al verlo marcharse. Ese maldito hombre la dejaba con el deseo agitado.

Cerró la puerta para evitar mirarlo embobada y se giró hacia el interior de la casa. Al ver el sofá solitario en un rincón, medio iluminado por el sol que entraba por la ventana, todos los recuerdos del increíble instante de pasión que había tenido le regresaron a la mente.

—Ahora sí que estás acabada, Sofía Martínez —sentenció con pesadumbre. Se sentía frustrada y furiosa. Su situación la estresaba.

Se rascó la cabeza sintiendo a sus cabellos apelmazados por el sudor que había desprendido su piel en medio del acto sexual, y enredados por el ajeteo. No le gustaba tenerlo en aquellas condiciones.

—Creo que necesito un baño, y mis cabellos una mascarilla de pepino —aseveró y se apresuró a buscar los implementos para cumplir con esa tarea.

Solía sentirse bien cuando cuidaba de sus cabellos, y en ese instante necesitaba calma, para asimilar su situación y hallar soluciones.

Capítulo 6

—¡Quédate quieta! —le exigió Sofía a su sobrina mientras la peinaba. La niña se afanaba en enviar un mensaje de texto a través de su teléfono móvil a una de sus compañeras de clase, lo que la obligaba a bajar la cabeza.

—¿Tardarás mucho? —preguntó ansiosa. La esperaban para iniciar una jornada de estudio.

—Si no mantienes la cabeza en alto, sí.

Sofía le realizó una diadema de trenza adornada con pinzas brillantes, dejándole el resto del cabello suelto.

—¡Listo! Un peinado hermoso y coqueto —exclamó mientras acomodaba los suaves bucles que se le formaban a la Tammi en las puntas. Al terminar, la niña se levantó de un salto y corrió a su habitación en busca de su morral, sin darle siquiera las gracias.

—¿A dónde demonios va Tamara?! —preguntó Ronald, que entraba a la casa proveniente del patio trasero donde organizaba sus herramientas de trabajo.

Por poco tropieza con la niña cuando esta pasó por su lado como una exhalación.

—Se reunirá con unas compañeras de clase —respondió Sofía sin mirarlo. Se ocupaba de guardar en su bolso el cepillo que había utilizado para peinar a la niña.

—¿Con quién? —exigió saber con irritación. Su actitud enfadó a Sofía.

—Te dije con unas compañeras de clase.

—¿Y esas compañeras no tienen nombre?

—Imagino que sí, pero eso no me importa —respondió ella con rencor.

Sofía le dio la espalda con la clara intención de ignorarlo mientras se dirigía hacia su sofá. El hombre resopló con disgusto y se encaminó hacia su habitación.

—¡Camila! —gritó antes de entrar, molestando aún más a Sofía.

La joven torció los ojos y se sentó en el mueble con las piernas cruzadas, para continuar con la lectura de la revista de modas que revisaba antes de que Tammi le pidiera que la ayudara con su cabello.

La crispó el hecho de poder escuchar con claridad la discusión que su

hermana mantenía con su marido dentro del dormitorio.

—¿Con quién se reunirá Tamara?!

—Creo que irá a la casa de Wendy para hacer la tarea.

—¿Crees?! ¿Qué maldita respuesta es esa?!

La furia de Sofía creció a medida que avanzaba aquella conversación. Odiaba las formas en que se expresaba ese hombre.

Vio a Tammi salir de su cuarto con el morral colgando de un hombro y correr en dirección a la puerta.

—¿Tamara! —La detuvo Ronald al aparecer en la sala. Por instinto Sofía se levantó del sofá.

La niña se paró en el umbral de la puerta y en medio de un suspiro de fastidio se giró hacia el hombre.

—¿Qué? —preguntó con tedio.

—¿A dónde vas?

—Te dije... —Camila quiso intervenir al aparecer detrás de Ronald, pero él la silenció afincando sobre ella una mirada severa.

—A casa de Wendy, tenemos examen de álgebra la próxima semana y vamos a estudiar juntas —respondió la chica con desdén.

Ronald avanzó un paso hacia ella con ambas manos apoyadas en las caderas, y evaluó con los ojos entornados el rostro de la niña.

—¿Y quién más irá?

Tammi se mostró sorprendida.

—Rebecca —contestó con rapidez.

—¿Solo ella?

La desconfianza del hombre enfadó aún más a Sofía. Se cruzó de brazos, mirando indignada la escena. Su hermana estaba tras él en espera de la respuesta de su hija, sin atreverse a intervenir. Dejaba que ese hombre la interrogara como si fuera una criminal.

—Quizás irá Nadia y...

—¿Y quién más? —acusó él, al ver que la joven se quedaba callada y su rostro empalidecía.

—Y Diego...

—¿Diego? Ese chico nunca va solo a ningún lado —respondió Ronald con el ceño fruncido—. Eso quiero decir que Iván también irá, ¿cierto?

La acusación motivó a Sofía a dar un paso al frente para intervenir, pero su hermana la detuvo al hacerle señas con una mano y dirigirle miles de advertencias con la mirada. Sofía apretó los puños y la mandíbula para

controlar su rabia. Iván era un compañero de clases de la niña que la rondaba con intenciones románticas. La desconfianza de Ronald daba entender que la chica había organizado aquella salida solo para encontrarse con el niño fuera de casa.

—No sé si iré —expuso Tammi con un hilo de voz. Ronald respiró hondo y se irguió antes de responderle.

—Ve al auto, te llevaré a la casa de tu amiga —sentenció y le dio la espalda para dirigirse a su habitación en busca de su billetera y las llaves de la Pick-up.

Tamara amplió las orbitas de los ojos y lanzó una mirada angustiada hacia su madre.

Camila se acercó a ella y le acomodó la blusa negra con el logo de *Hard Rock Cafe* que llevaba puesta, la favorita de la niña, que solía colocarse en momentos especiales.

—Le dices a Ibelisse que se pase mañana por la peluquería a las nueve —pidió, haciendo referencia a la madre de Wendy, que le había solicitado una cita para retocarse el color del cabello—. Porque ya tengo los tintes que necesita.

No solo Tammi la observó con desconcierto, también lo hizo Sofía. ¿Cómo era posible que se mostrara tan calmada y cambiara la conversación en un momento de tanta tensión?

—¡Vamos! —ordenó Ronald cuando apareció en la sala. Pasó con rapidez junto a las mujeres y salió de la vivienda. Camila acarició el rostro angustiado de su hija y la besó con ternura en la mejilla.

—Ve con él y estudia mucho. Nos vemos en unas horas —le dijo como despedida y la empujó hacia la salida para que se marchara.

Sofía se giró hacia el sillón. Le daba la espalda a su hermana mientras controlaba sus emociones. Al escuchar que el auto se alejaba y Camila cerraba la puerta y caminaba en dirección a su habitación, ella se volteó furibunda con intención de reclamarle.

—¿Cómo eres capaz de permitir que ese hombre humille así a tu hija?

Camila suspiró antes de encarar a su hermana y la observó con una sonrisa indulgente en el rostro. Gesto que enfureció más a la chica.

—Nadie está humillando a Tamara.

—¿Cómo qué no? Ronald es capaz de hacer un escándalo delante de las amigas de Tammi. ¿Sabes el daño que eso ocasionará a tu hija? ¡La atormentarán en la escuela!

—Sofía, cálmate —exigió Camila para detener el berrinche de su hermana. Sofía la miró sobresaltada—. Ronald no quiere humillar a Tamara, jamás haría algo que la avergüence, solo la cuida.

—¿La cuida?

—Sí. Quiere asegurarse de que estará bien y protegida, es todo.

—¡Por amor a Dios! Ese niño, Iván, podría ser el amor de la vida de Tammi y él con su aspaviento lo alejará de su lado.

—O puede ser un chico que solo se acerca a ella obedeciendo a sus hormonas, y sin darse cuenta podría hacerle daño y marcarla de por vida. — Sofía observó a su hermana con desconcierto. No le gustaba pensar en la parte negativa de las cosas—. Son niños, apenas tienen diez años, ninguno de los dos comprende muy bien sus emociones. Sin una guía podrían cometer errores. Ronald solo quiere que el chico lo vea junto a Tamara, para que sepa que ella tiene a alguien que vele por su bienestar. Es todo. Lo ha hecho en otras ocasiones, pero Tamara es un poco exagerada. A ninguna niña le gusta tener un chaperón.

—¿Y dejas que sea Ronald quien cuide a tu hija?

—Tamara sabe que yo la amo y la protejo, pero necesita de una figura masculina que le brinde apoyo.

—¿Apoyo? Eso puedes dárselo tú.

—Claro que puedo. Pero Ronald ha sido importante en su vida, no puedo quitárselo ahora. Y si intervengo, ella no le tendrá el suficiente respeto.

Sofía no lograba entender a su hermana. Con la sangre encendida por la furia le dio la espalda e intentó distraerse al desdoblar y volver a doblar las frazadas que tenía sobre el sofá. Camila se acercó a ella y le habló con calma.

—Cuando me separé de Dylan, Tamara comenzó a tener problemas para relacionarse con otras personas —comentó, en referencia al padre de la niña, de quien se había alejado de forma poco amistosa a causa del trato violento y despectivo que el hombre le infringía—. Se volvió introvertida y temerosa, no hablaba ni expresaba sus emociones. Ahora que estoy con Ronald es más abierta y comunicativa, comenzó a hacer amigos, y hasta muestra interés en mejorar su imagen personal —relató la mujer—. Aunque debo confesar que en eso último tú has tenido mucho que ver.

Sofía soltó sobre el sofá la frazada que doblaba y se giró hacia su hermana.

—Has sido una gran amiga para ella, así como Ronald —continuó Camila—. Él lo único que ha hecho es compartir algo de su tiempo con mi

niña, salen a caminar, la lleva a la escuela o a la casa de sus amigas, conversan y le da consejos. De vez en cuando juegan al ajedrez, o ven juntos la televisión. No te imaginas lo mucho que eso la ha ayudado. Si en ocasiones se comporta tosco, es parte de su personalidad, pero él la quiere mucho, como a una hija, y ella comienza a verlo como un padre, me lo ha confesado.

Sofía se cruzó de brazos, muda por primera vez en su vida.

Tres años atrás, cuando Camila decidió terminar la atormentada relación que mantenía con su esposo Dylan Treviño, la autoestima de su sobrina cayó en un hoyo profundo que parecía interminable. En esos días que había convivido con ella, le encantó notar que la actitud de la niña había mejorado. Aunque pensó que aquello se debía a la madurez que poco a poco la chica adquiriría, sin imaginar que el año que tenía viviendo con Ronald Rodríguez pudiera resultar significativo.

—En parte te entiendo, pero...

—Sofía —la interrumpió Camila y se ubicó junto a su hermana—, dale una oportunidad a Ronald. Sé que él es un poco difícil por su duro carácter, pero tiene un gran corazón. Quiere mucho a Tamara y si decidió acompañarla no fue con intención de humillarla, sino para asegurarse de que estará bien y que nadie la lastimará. —A Sofía esas palabras le anegaron los ojos en lágrimas. Por instinto pensó en su propio padre, quien también solía cuidarla de forma sobreprotectora cuando era una adolescente. En esa oportunidad le pareció un comportamiento exagerado e irritante, pero ahora agradecía esas reacciones. Era lindo saber que alguien la amaba y velaba por su bienestar.

Camila se acercó aún más a su hermana y le peinó con los dedos los largos cabellos.

—Tamara por muchos años fue testigo del maltrato físico y psicológico que viví con Dylan. No quiero que a mi hija le quede fija esa imagen en la mente, que piense que eso es normal y correcto. Quiero que conozca otras personalidades, y cuando busque un hombre con quien compartir su vida, este sea respetuoso y protector con ella, aunque se comporte algo tosco como lo hace Ronald.

—Perdóname, yo...

Camila acunó el rostro de su hermana entre sus manos y le sonrió con ternura.

—Tú solo ayúdame un poco, ¿sí?

—Pero me equivoco —respondió Sofía al borde de las lágrimas.

—¿Y qué importa? Yo también me he equivocado muchísimo. Lo sabes.

Ambas rieron con poco ánimo y se abrazaron sintiendo que algo se había transformado entre ellas. Sus brazos y cuerpos se amoldaron a la perfección en aquel gesto, como si hubiesen logrado limar sus partes para que encajaran a la perfección.

Sin embargo, la conexión les duró poco. El sonido de un ajetreo en el exterior les indicó que una turba se aproximaba. Aunque no era una turba, sino un pequeño grupo de bestias salvajes y ruidosas, eternamente hambrientas y sedientas.

Capítulo 7

Ambas se sobresaltaron. Camila corrió a la puerta para recibir a los chicos con una sonrisa en el rostro. Todos familiares de Ronald. Al menos, él así los consideraba.

Sofía comenzó a actuar con movimientos nerviosos. No sabía qué hacer para disimular las intensas emociones que comenzaba a experimentar en su interior, si desdoblar y doblar frazadas u organizar la gran cantidad de frascos de cremas y ungüentos para el cabello que tenía sobre una mesa auxiliar.

El grupo se acercaba y estaba segura que entre ellos se hallaba Tony, a quien no veía desde hacía tres días, cuando tuvieron una sesión de sexo ardiente sobre el sofá donde ella dormía todas las noches.

No pudo evitar que su cuerpo traicionero se encendiera al sentir su proximidad.

La profunda voz del hombre le llegó desde la lejanía y eso le propulsó los latidos del corazón. A pesar de haberse memorizado que lo ocurrido con él no había sido más que sexo casual para descargar tensiones, su organismo reaccionaba de manera confusa al saberlo cerca.

Desordenó con rapidez todas las frazadas que tenía sobre el sillón y con teatral calma se puso a acomodarlas mientras el grupo entraba en el hogar, saludaban con gritos y besos sonoros a Camila y preguntaban si estaba listo el desayuno, o si Ronald había comprado los insumos que necesitaban para el trabajo que realizarían al día siguiente. Camila, como una devota secretaria, respondía a cada una de sus interrogantes con una alegría inusual.

Sofía no necesitaba girarse para saber quiénes eran. Ronald era dueño de una contratista independiente trabajada en sociedad con su hermano Gerald, y su primo Tony. Hasta donde tenía entendido, todos ellos eran albañiles, plomeros, electricistas, carpinteros, herreros, pintores, jardineros, decoradores, choferes y hasta administradores. A ese trío se le sumaban dos amigos de la infancia: Jonás Antúnez, un sujeto enamorado y fiestero obsesionado con las mujeres, y el tímido Ever Guerra, un experto en computadoras que ayudaba en la elaboración de documentos, planos y diseños 3D, y cuando era necesario, tomaba las herramientas y participaba en alguno de los trabajos.

Casi a diario ese grupo se reunía en la cocina de la casa para planificar o criticar lo hecho, y reorganizar a las cuadrillas. Comían y bebían como bestias, eran bulliciosos y mal hablados. Sofía no los soportaba.

Sin embargo, aunque lo negara, ella los había extrañado durante los tres días en que no visitaron el hogar. No tanto al resto del grupo, sino a Tony en especial, a su boca insaciable y a sus manos inquietas.

A sus espaldas seguían produciéndose saludos mientras ella se hacía la desentendida organizando su sofá. La ansiedad se le aglomeraba en el pecho y le impedía que actuara con naturalidad.

Al oír que las voces bajaban de intensidad porque todos entraban en la cocina se decepcionó. Había esperado, al menos, un frío saludo de parte de Tony.

Pensó en seguirlo para hacerle desplantes con desprecio como venganza por haberla ignorado, pero se sobresaltó al sentir que alguien la asía con atrevimiento por la cintura. Se giró enfadada, topándose con unos ojos azules que la observaban con picardía, y con unos labios estirados en una sonrisa sugerente.

—Hola, preciosa. ¿Me extrañaste?

Ella alzó las cejas deseosa por responder con una afirmación a esa pregunta. Sin embargo, por alguna extraña razón no era capaz de pronunciar palabras.

Cuando estaba nerviosa o emocionada hablaba sin parar, pero lo que Tony Rodríguez producía en ella era tan novedoso, que no le permitía pensar siquiera.

—¡Sofía, amor mío! —la saludó Jonás Antúnez, el seductor del grupo, un sujeto alto, trigueño y de cuerpo fibroso, que se acercó a ella con intención de darle un abrazo. Pero Tony lo detuvo.

—Ey, ey, ey...

—¿Qué pasa? —preguntó Jonás con rostro contrariado.

—Sin abrazos —indicó Tony. Conocía muy bien a su amigo y a sus manos imprudentes.

—Está bien, no me la voy a comer, solo quiero pedirle un favor.

Sofía estaba tan impactada por lo que ocurría a su alrededor, que miraba a ambos hombres completamente desconcertada.

—*Sofi*, amor mío, ¿sabes que tengo novia? —le preguntó Jonás como si hablara con una niña de dos años.

—No le mientas —exigió Tony con severidad y se cruzó de brazos sin

apartarse de la chica ni un centímetro.

—Bien, bien, bien. No es mi novia aún, pero estoy muy cerca —aclaró con semblante insatisfecho—. Ella es fanática de las peluquerías, no sale de ellas. La conocí en la peluquería donde trabaja Camila. Siempre que puede va a ese lugar para arreglarse el cabello y he escuchado que tú haces cosas que lo mejoran.

—¿Cosas? —indagó ella.

—Sí, cremas y menjunjes que dejan el cabello lindo. Camila me lo dijo.

—Bueno, yo... solo conozco algunas recetas...

—No importa, no importa —la interrumpió Jonás—. Quiero impresionarla y ganarme su atención. ¿Podrías darme algo sumamente maravilloso para sus cabellos que la haga feliz y así termine desmayada a mis pies?

Ella lo observó con las cejas arqueadas por un instante, luego miró a Tony y este alzó los hombros con indiferencia.

—¿Qué tan enamorado estás de esa mujer? —preguntó Sofía con curiosidad. Quizá aquella podría ser una buena oportunidad para ayudar a su hermana, y congraciarse con ella.

Jonás amplió la sonrisa.

—La amo como a mi vida. —Tony resopló en son de burla. Los amores de su amigo, con esfuerzo, duraban un mes. Sofía le golpeó un hombro para exigirle que se comportara, luego se dirigió a Jonás con postura seria.

—Conozco un tratamiento intensivo que es ideal para todo tipo de cabello, pero sobre todo, para aquellos que están constantemente sometidos al efecto de los químicos y del secador. Estoy segura que le servirá a tu novia, aunque debo advertirte que es costoso.

—Pagaré lo que sea —acotó ansioso.

—¿Seguro? —indagó ella con los ojos entornados.

—Yo me encargaré de que pague —garantizó Tony y dirigió una mirada llena de advertencias hacia su amigo.

—Vamos, no será necesario, dime cuánto me costará y lo cancelo ya mismo —avaló Jonás y sacó la billetera del bolsillo trasero de su pantalón.

—A mí no tendrás que pagarme, sino a Camila. Ella será quien aplicará el tratamiento.

—¿A *Camí*? Está bien. ¿Cuánto le doy? —insistió y sacó una faja de dólares que extendió hacia ella. Sofía agrandó los ojos y negó con una mano alejándose un paso.

—Déjame hablar primero con Camila y luego te informo.

—¡Bien! —expresó con emoción Jonás y guardó de nuevo el dinero—. Sabes dónde encontrarme, amor mío.

Jonás le dirigió una mirada apasionada y se acercó a ella con intención de abrazarla, pero Tony volvió a detenerlo al imponerse entre ambos.

Sofía sonrió divertida. El día en que conoció a Jonás, el tiempo en que Ronald pretendía a su hermana, este le dio un «cálido» abrazo como saludo. Segundos después de que él la rodeara con sus brazos, ella sintió una de sus manos bajo su blusa. Le acariciaba la piel de su espalda en busca del broche del sujetador, mientras la otra se dirigía a sus nalgas. No recordaba el momento exacto en el que Jonás había logrado llegar a esas zonas de su cuerpo, pero ella no tuvo tiempo de reaccionar. Si no hubiera sido por la pronta intervención de Ronald, que estaba cerca, Jonás la hubiera desnudado delante del resto de su familia sin que ella se percatara de lo sucedido.

—Solo quiero agradecerle —se quejó Jonás con fingida inocencia, pero Tony lo tomó por los hombros y lo giró hacia la cocina.

—Camila reparte sándwiches de pollo.

—¿De verdad? —consultó con interés.

—¡Claro! Desde aquí puedo escuchar a los chicos masticar todo lo que ella puso sobre la mesa.

Jonás enseguida se olvidó de Sofía y se apresuró a entrar a la cocina, donde el resto de sus amigos se encontraba. La dejó a solas con Tony, situación que a la chica le alteró los nervios.

Para disimularlos, ella se giró hacia el sofá y continuó con el arreglo de las frazadas, pero detuvo su labor al sentir el duro y ardiente cuerpo de Tony apoyado en su espalda. El hombre le rodeó la cintura con los brazos y hundió el rostro en sus cabellos, frotando a la vez su miembro tenso en las nalgas de la chica.

—Uhhh... —El gemido de satisfacción del hombre resonó junto a la oreja de Sofía, logrando que a la joven se le erizara toda la piel y un oleaje de calor interno le humedeciera las partes íntimas.

—Tony, por favor... —pidió con esfuerzo, pero él no parecía escucharla. Tony acercó la boca a su oreja y le mordió con suavidad el lóbulo.

—Me hiciste mucha falta —susurró.

El organismo de Sofía se volvió mantequilla. Para evitar caer desmayada entre esos fuertes y cálidos brazos, se giró con algo de brusquedad para encararlo e intentar apartarlo.

—¡Tony! Estamos en la casa de mi hermana —recordó con el rostro encendido y los ojos abiertos en su máxima expresión, que brillaban por el deseo.

—Todos están en la cocina y de ahí no saldrán hasta que no se acabe la comida —se quejó él e intentó acercarse de nuevo en busca de sus labios, pero Sofía retrocedió un paso.

—Por favor, recuerda que no puedo. Aquí no —expresó ella con firmeza, a pesar de que el cuerpo le dolía por la necesidad de contacto.

—Está bien —aceptó Tony con frustración y respiró hondo para tragarse la ansiedad que sentía—. Esta tarde irás con Camila a la casa de mi madre, ¿cierto?

—¿Qué? —preguntó ella desconcertada.

—Camila irá a arreglarle el cabello y las uñas a mi madre y a mi hermana. Tienes que ir, mi madre te espera —señaló, como si le recordara un compromiso.

—¿Cómo que me espera? —El temor invadió a Sofía.

—Le dije que irías.

—¿Le hablaste a tu madre de mí?! —El rostro de la chica perdió toda su coloración. ¿Acaso ese hombre había perdido la cabeza? ¿Cómo había sido capaz de hablarle a su madre sobre ella? ¿Con qué intención?

—Por supuesto. ¿Qué esperabas? Eres la hermana de Camila —exclamó él, confuso—. Ella tiene algo que mostrarte, y luego conversaremos tú y yo —completó con una sonrisa seductora dibujada en sus labios, que casi la hizo perder la razón. Con una de sus manos le acarició la mejilla y se acercó un poco más—. En mi casa tendremos privacidad para darnos cariño.

Sofía amplió las órbitas de sus ojos mientras recibía un beso en los labios y veía como el hombre se alejaba en dirección a la cocina, después de calcinarla con una mirada hambrienta. Estuvo inmóvil por un instante, esperando que el corazón volviera a funcionarle.

¿Tony Rodríguez pensaba retozar con ella en la casa de su propia madre?

Los Rodríguez eran un grupo muy particular. Sus miembros poseían un alto sentido del compromiso y de unión familiar. Se comportaban como una mafia, cuidándose entre sí con celo. Cuando alguno anhelaba alcanzar una meta, todos colaboraban como si fueran un equipo bien coordinado. Fue testigo de eso el tiempo en que Ronald estuvo enamorando a su hermana y ellos ayudaban para que se produjeran los encuentros, o actuaban al

presentarse algún inconveniente. No le extrañaría que la madre de Tony alcahueteara a su hijo para que este conquistara a una mujer.

Se sentó abatida en el sofá.

¿Acaso ese hombre tenía intención de formalizar una relación con ella? Y si no fuera así, ¿para qué la llevaría a conocer a su madre?

—Imposible —murmuró, encogida en el mueble y abrazada a una frazada.

El terror que sintió al pensar que su exnovio Kevin pediría su mano después del acto de graduación la invadió de nuevo en ese instante.

Aunque llevaba más de un año conociendo a Tony, no sabía nada de él. ¡Era un completo desconocido!

No podía creer que por una tonta sesión de sexo casual él pensara que entre ellos pudiera existir algo más serio.

—No, no puede ser —se dijo a sí misma y se levantó en dirección a la mesa auxiliar, para mover de lugar todos los frascos allí apostados.

Necesitaba distraerse y no pensar. Era imposible que su vida se le complicara de esa manera.

Capítulo 8

—No me lo puedo creer, Sofía. ¡Es grandioso! —exclamó Camila mientras caminaba junto a su hermana por las anchas calles del barrio en dirección a la casa de los Rodríguez. Cargaba en su mano una pequeña maleta de aluminio donde guardaba todos sus enceres de peluquería, así como un inventario de maquillaje, manicura y pedicura—. El dinero que me dará Jonás para el tratamiento del cabello de su novia me ayudará a pagar varios impuestos.

—Recuerda que aún no es su novia —aclaró Sofía mientras avanzaba con desgano, y con el rostro lánguido por la preocupación.

—Tendrás que ir conmigo a la peluquería.

—¿Yo? —preguntó con inquietud.

—Claro. Fuiste tú quien ideó el tratamiento, tienes que supervisarme para que todo salga bien y no cometa un error. ¡Imagina! —gritó Camila emocionada, y hasta pegó un saltito sobresaltando a Sofía, que la observaba con el ceño fruncido—. Si el cabello de esa mujer queda genial no solo Jonás ganará, nosotras también, porque ella trabaja en una agencia de publicidad y modelaje ¡y nos promocionará entre sus amistades! —vociferó con excitación—. Si cada semana hacemos uno o dos tratamientos como esos, ¡haremos mucho dinero! —exclamó, llamando la atención de algunos transeúntes que pasaban cerca de ellas y las miraban con curiosidad.

Sofía suspiró con agobio.

—Cálmate, Camila. No cuentes los pollos antes de nacer —aconsejó—. Además, no me incluyas en tus planes, te he dicho que la peluquería no es lo mío. Tengo mis propias metas.

—Pero no tienes dinero para alcanzarlas —recordó Camila con fastidio—. Debes aprovechar tu talento.

—Y lo hago, soy muy buena en diseño de interiores y pienso triunfar en ese ramo.

Sofía se cruzó de brazos y siguió con la mirada desviada hacia los vehículos que transitaban por la calle. Su mente elucubraba métodos diplomáticos y respetuosos que pudiera utilizar en caso de que a Tony se le ocurriera proponerle algo indebido.

Reconocía que era delicioso estar con él. Nadie en la vida había sido capaz de tocarle la piel y las emociones al mismo tiempo, pero no era momento para romances, ni mucho menos para relaciones. Eso la desviaría de su camino.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no se percató que el ánimo de su hermana había bajado considerablemente.

—Eres como papá, desde siempre has sabido lo que quieres y no descansas hasta obtenerlo —pronunció Camila sin mirarla, distraída con la gente que pasaba por su lado. Sofía la observó con desconcierto.

—Tú también eres así.

—Mi situación es diferente.

—Por supuesto que es diferente. Yo soy la desempleada, la que duerme en un sofá para no pagar una renta, la que está más sola que la una, y la que vive metiéndose en líos de los que luego no sabe cómo salir —expuso con indignación. Camila la miró con las cejas arqueadas.

—Si no has conseguido empleo es porque tienes altas expectativas y no te conformas con cualquier cosa —comenzó a enumerar sin atender el sonoro bufido de Sofía—. Si vives en mi casa y estás sola, es porque estás decidida a lograr tu meta, sin importarte las incomodidades que tengas ahora. Y con respecto a lo de los líos... en eso no te comprendo —confesó y miró con confusión a su hermana.

Sofía respiró hondo antes de responderle.

—Yo sí me comprendo —masculló.

—Sofía, si tienes algún problema puedes decírmelo. Tal vez no tenga los medios para ayudarte, pero una pena compartida pesa menos.

Ella miró a Camila con ansiedad, pensando que aquello más que una pena sería una angustia compartida. Tony era familiar de Ronald, y Camila deseaba con todas sus fuerzas que la relación con ese hombre (incluyendo a su familia) marchara a la perfección. Si cometía un error con Tony podía afectar a su hermana y no podía fallarle.

Además, ¿cómo le decía que había tenido sexo casual en su sala sin ningún tipo de pudor y con el primer hombre que tocó a la puerta? ¿Y que por culpa de esa torpeza ahora podría estar caminando en dirección a su patíbulo?

Para su tranquilidad, un grito infantil la salvó de dar explicaciones.

—¡Camila! —expresó un niño de unos seis años, de rostro redondo y grandes mofletes, que saltaba dentro del porche de una casa cercana con sus

manitas aferradas al cercado de madera—. ¡*Camí, Camí!* ¡Llegaste! —decía con emoción.

Unos ojitos azules llenos de alegría le resaltaban como dos piedras preciosas en su carita sonrojada, enmarcada por una mata de cabello negro y espeso.

Esos ojitos hicieron estremecer a Sofía. Le recordaron de forma alarmante a Tony.

—¡Beto! ¡Corazón! ¿Cómo has estado? —le preguntó Camila, quien se apresuró por llegar a la puerta del cercado para abrir y recibir un fuerte abrazo de parte del niño.

—¿Vienes a cortarme el pelo? —inquirió el chico mientras Camila lo estrechaba entre sus brazos. Sofía miraba conmovida la escena, alejada un par de pasos de ellos.

—¿Otra vez? Si lo hice la semana pasada.

—Si fuera por él viviría en tu peluquería —habló una mujer delgada y de largos cabellos cobrizos que salía de la casa. Aunque sus ojos eran de un castaño claro, sus facciones eran muy similares a las de Tony y eso le erizó la piel a Sofía—. Eso es por culpa de los caramelos que le das cada vez que va.

Enfadada consigo misma, Sofía desvió la mirada hacia la calle. Odiaba comportarse como una idiota cada vez que oía o veía algo que hiciera referencia a Tony Rodríguez. Era una mujer adulta, dueña de sus acciones y emociones, que se había codeado con sujetos exitosos e inteligentes durante toda su vida. Era imposible que sus fuertes bases temblaran por culpa de un simple albañil de barrio.

—Tú debes ser Sofía —expresó la mujer en su dirección, obligándola a encararla—. Yo soy Daisy, mi hermano me ha hablado tanto de ti que creo conocerte mejor que a tu hermana.

Aquello le heló la sangre y la hizo empalidecer. Camila la observó con sorpresa y le palmeó un hombro. Sofía sonrió por decencia, pero encendida en furia por dentro. No solo sus sospechas comenzaban a confirmarse, sino que su hermana parecía estar de acuerdo con los hechos.

Después de un montón de bienvenidas, besos y abrazos, entraron a la casa siendo recibidas por una mujer de mediana edad, muy obesa, que caminaba con dificultad pero que tenía un semblante alegre y lleno de vitalidad.

—¿Ella es tu hermanita Sofía? —interrogó a Camila, y al recibir un movimiento de cabeza afirmativo como respuesta la mujer se acercó a ella y

la envolvió en un fuerte abrazo, que además de cortarle aliento le sofocó a Sofía el corazón. Tantas muestras de cariño la turbaban—. Me alegra tenerte aquí, yo soy Trina, la madre de Tony. Escuché que preparas productos para el cabello —anunció y mantuvo sus cálidas y gruesas manos sobre los hombros de la joven—, por eso le pedí a mi hijo que te rogara que vinieras. Quiero hacerte entrega de algo muy especial, que necesita de tu talento para cobrar vida, pero antes, vamos a comer unas palanquetas de cacahuete que hice esta mañana y me quedaron exquisitas.

—¡Sí! —gritó el niño con emoción y pasó junto a ellas en carrera para llegar de primero a la cocina, y degustar del delicioso postre de origen mexicano que les ofrecía la mujer.

Las palanquetas consistían en unas barras de dulce seco elaborado con cacahuete, semillas de calabaza, ajonjolí, nuez y miel. Un aperitivo delicioso que acompañaron con café.

Se sentaron en una mesa redonda mientras comían, charlaban y se embellecían.

—Hace unos días vi a Tamara y está hermosa —confesó Daisy en dirección a Camila, al tiempo que hojeaba el folleto que esta la facilitó con decenas de diseños para las uñas—. Dentro de poco te dará dolores de cabeza.

—Ya me los da —reveló la aludida mientras se ocupaba en dar un nuevo corte a los cabellos oscuros de Trina.

—Ronald me contó sobre el enamoramiento que ella tiene con ese niño... Iván. Está angustiado por esa situación.

Sofía notó que Camila sonreía con satisfacción.

—A veces es sobreprotector con Tamara.

—Le dije que no se descuidara con ese niño. Están en una edad muy sensible y no saben medir sus actos —intervino Trina—. Quizás no es un chico malo, pero uno como padre no puede desatenderlos.

—Él ha estado muy pendiente, aunque los problemas que le ha producido el último contrato lo tiene descontrolado.

—Sí, ayer vino y nos habló del tema —señaló Daisy—. Ese cliente no para de hacer absurdas exigencias.

—Él trata de llevar el asunto de la mejor manera para no perder el contrato. El señor Donovan, a pesar de todo, ha sido un buen cliente y no deja de recomendarlo entre sus amistades —explicó Camila—. Pero ha gastado mucho dinero consintiendo cada uno de sus caprichos y teme que a la final se

queje cuando él le cobre por todo el trabajo hecho.

—Eso nos lo dijo —anunció Trina—, le aconsejé que no se diera mala vida, que mantuviera en orden las cuentas para que el hombre no pusiera ningún reparo.

—Estoy tratando de ayudarlo con los gastos de la casa para que no se angustie con otros temas, ya que ese lo tiene muy nerviosos, pero todo es tan difícil...

—Claro, mi niña, te comprendo.

—Aunque Jonás nos contó que te pagará un buen dinero por un tratamiento para su futura novia —intervino Daisy con una sonrisa.

Sofía las observaba con atención mientras enfriaba una crema de avena preparada con yogurt y miel, que le aplicaría a los cabellos de la hermana de Tony, y serviría para hidratarlos. Disimulaba lo inquieta que se sentía. Esa gente se comentaba todo entre ellos, parecía no haber ningún secreto que quisieran guardarse.

—¡Sí! ¡Eso ha sido genial! Sofía y yo veníamos hablando en el camino de ese asunto. Si la chica queda conforme, nos hará una buena promoción entre sus amigas.

—Sofía, has caído del cielo. Eres una gran alegría para todos nosotros —exclamó Trina, haciendo que la aludida ampliara sus ojos en su máxima expresión.

La mujer no pudo ver su reacción por tener la cabeza baja. Camila terminaba de emparejar sus cabellos. Sin embargo, Daisy sí la había observado, y le regaló una sonrisa cómplice que le propulsó los latidos del corazón.

La tarde pasó entre la hidratación al cabello de Daisy y el planchado al cabello de ambas mujeres, y terminó con el colorido diseño de una manicura. Sofía se esforzó por llevar los temas de conversación lejos de ella, hablando sin parar de cremas y mascarillas para el cabello, preparadas con productos naturales. Incluso, sobre trucos para el diseño de interiores en espacios pequeños, como los que se hallaban en esa casa.

Al finalizar el trabajo y mientras ayudaba a Camila a guardar todos los enseres que había llevado en su maleta de aluminio, Trina se le acercó con paso pausado y estiró hacia ella un cuaderno de tapas desgastadas y amarillentas.

—Para ti —le dijo con una sonrisa maternal. Ella la miró contrariada, con miedo de recibir el obsequio.

—¿Qué es?

—Un viejo diario que perteneció a mi abuela. Creo que lo escribió con ayuda de su madre y de su propia abuela, así que imagina la cantidad de años que tienen los consejos allí escritos.

Ella tragó grueso y lanzó una ojeada hacia el cuaderno. ¿Consejos? ¿De qué tipo? ¿Qué pretendía esa mujer?

—¿Consejos de qué?

—Recetas, no solo de postres y comidas, sino también de medicinas naturales y productos de belleza.

La chica amplió aún más las órbitas de sus ojos.

—No puedo recibirlo.

No solo la mujer perdió la sonrisa. Camila, que se hallaba junto a ella, la observó con expresión de asombro.

—¿Por qué no? Nosotras ya transcribimos las recetas de postres, comidas y medicinas, el resto de la información no nos interesa y nos da dolor que se pierda. El cuaderno comienza a desarmarse y en ciertas partes no se lee bien lo escrito —alegó Trina con seriedad—. Mi madre una vez me dijo que a los buenos consejos había que darles vida, para que nunca se extinguieran. Ella deseaba que siempre se pusieran en práctica estas lecciones y yo lo he hecho, pero solo las de cocina y medicinas, no las de productos de belleza. Por eso me alegré cuando me hablaron de ti.

Sofía sonrió con nerviosismo. Trina pretendía hacerle entrega de un tesoro familiar, algo que debía pasar de generación en generación, no saltándose líneas consanguíneas.

¿Aceptarlo la comprometería de alguna manera con esa familia?

Dirigió su atención hacia su hermana y esta la aupó con una mirada para que recibiera el regalo. Rechazarlo sería un insulto.

—Debería entregárselo a alguien allegado a ustedes, para que no salga de su familia.

—¡Tú eres de mi familia! —La aseveración de Trina la hizo empalidecer—. Sé que tú le darás un buen uso, y así cumplo con el sueño de mi madre.

—Pero...

—Sofía es un poco tímida con respecto a los regalos —intervino Camila y le pellizó con disimulo un brazo a su hermana, lanzándole a la vez miles de advertencias con la mirada—. Vamos, tómalo. Seguro que allí encontrarás excelentes ideas.

Sofía tomó el cuaderno y forzó una sonrisa. No quería fallarle a su

hermana, pero sabía que al recibir el obsequio se estaría implicando con esa gente. Todo lo que había ideado para rechazar de forma diplomática a Tony estaría condicionado por ese gesto.

No obstante, su cerebro no pudo pensar en alguna manera de eludir aquella responsabilidad, porque una voz profunda y socarrona comenzó a retumbar desde la entrada de la casa. Él se acercaba.

En el pecho de la chica resonó un galope desenfrenado, sus movimientos se volvieron torpes y nerviosos y sus ojos oscuros se llenaron de brillo.

Trina, con una enorme sonrisa de satisfacción, se dirigió a la sala para recibir a su hijo mientras Sofía se sentaba en la mesa, y trataba de encubrir su inquietud en la organización de las decenas de franquitos de pintura para uñas guardados en uno de los compartimientos del maletín.

Capítulo 9

Tony entró en la cocina con su sobrino Beto en brazos. Le hacía bromas por haberlo encontrado medio dormido frente a la televisión.

—¿Estás mujeres no son divertidas?

—Hablan mucho, tío —expresó el chico y ocultó el rostro en el cuello del hombre, emitiendo un amplio bostezo.

Camila se acercó a él para saludarlo con un beso en la mejilla, después de lanzar una mirada inquisidora hacia su hermana, que había sacado con celeridad todos los frascos de pintura de uñas de la maleta y volvía a guardarlos con lentitud ordenándolos por color.

—¿Se reunieron con Donovan? —le preguntó y retomó su puesto junto a Sofía, para ayudarla con los frascos.

—Sí, dejamos a Ronald en la casa hecho un ogro. Tendrás que hacerle una cena especial esta noche para calmarlo —notificó Tony y ubicó al niño sobre una silla mientras Daisy le preparaba una leche achocolatada—. ¿Y a ustedes cómo les fue hoy? —indagó y le obsequió a Sofía una sonrisa seductora. Acercó una mano hacia ella y le pellizcó con afecto una mejilla.

El gesto la enterneció y le arrancó un suspiro, pero enseguida él se giró hacia su hermana para ayudarla con la preparación de la bebida.

Sofía por un instante quedó atontada, observaba los frascos dispuestos frente a ella con confusión. No obstante, se esforzó por continuar con su tarea, esta vez los almacenaba sin un orden específico. Al sentir que alguien la miraba lanzó una ojeada hacia Camila, y se topó con sus ojos recelosos.

—Muy bien, hijo. ¿Qué te parecen nuestros peinados? —preguntó Trina con coquetería, al tiempo que sacaba de la alacena un frasco de galletas dulces.

—Parecen reinas de belleza —agregó Tony, y tomó de manos de su hermana el vaso entrenador que contenía la bebida para el niño, y lo cerró con precaución. Luego se lo entregó a Beto, sentándose junto a él— ¿Te dieron el diario? —le consultó a Sofía. Ella solo pudo asentir con la cabeza.

El silencio reinó por unos segundos mientras la mujer se deleitaba con los ojos azules masculinos, tan intensos y penetrantes. Cuando el calor comenzó a poblarle las mejillas lanzó una ojeada a su alrededor. Notó que su

hermana compartía una mirada significativa con Trina y con Daisy. Aquello la enfadó, parecía una adolescente imprudente cuyas acciones eran evaluadas por sus mayores.

—Le dije a tu madre que no era correcto que me obsequiara el diario, es un tesoro familiar —intervino algo irritada. Ante sus palabras las mujeres la observaron con aprensión. Sin embargo, ella siguió ajena a sus reacciones—. No es que no lo agradezca, me gustó mucho, pero me parece un objeto de valor que no debería ser sacado de la línea familiar.

—Es que tú en parte...

—Comprendo su aceptación —interrumpió ella a Trina, quien se había acercado a su nieto para hacerle entrega de un plato con galletas, y quien veía cómo su hijo admiraba sonriente a Sofía—. Me conmueve que me consideren parte de su familia solo por la unión consanguínea que tengo con Camila, pero ese tipo de regalos tiene que guardarlo para sus nietos y bisnietos. Es una reliquia que debería ser cuidada.

—Lo hacemos...

—Verás. —En esa ocasión, Sofía detuvo la intervención de Daisy al alzar una mano con la palma abierta en dirección a ella—. Este tipo de objetos enlaza las raíces y la cultura de la familia. Es importante que sus hijos lo conozcan para sentirse parte de esa historia, eso les aporta una sensación de orgullo y pertenencia que los unirá más a sus seres queridos.

En ese punto de la conversación todos la escuchaban con atención, incluso el niño, que la miraba con fijeza mientras comía una galleta. Aunque sin comprender ni una sola palabra de lo que decía.

—Mostrarle a los chicos antiguos objetos familiares los ayudará a comprender de dónde vienen y permite que les enseñemos valores importantes para su desarrollo. Por eso insisto en que lo ideal sería guardarlo para sus nietos.

—Eso fue lo que mamá hizo al dártelo.

Las palabras de Tony ahogaron las quejas de Sofía en su garganta.

—¿Qué? —preguntó desconcertada. ¡¿Ya hablaba de nietos?!—

A él no se le borraba la sonrisa del rostro.

—Ronald es casi un hijo para mi madre, al darte el diario a ti se asegura que los consejos allí registrados trasciendan de esas páginas, y sus futuros nietos, los hijos de Ronald y Camila, los conocerán.

Las mejillas de Camila se ruborizaron de emoción, al igual que las de Sofía, pero las de esta última eran por la vergüenza.

—¡Vaya, es buena! —expuso Trina y golpeó un hombro de su hijo con un repasador—. Si no hubieras hablado le habría arrancado el diario de las manos. Casi me convence.

La mujer les dio la espalda para ocuparse en la búsqueda de los alimentos con los que prepararía la cena. Camila se acercó con intención de ayudarla y Daisy tomó a su hijo para llevarlo de nuevo a la sala a ver televisión, con el plato de galletas y la bebida achocolatada.

—A mí también casi me convence —reveló la hermana de Tony antes de salir—. Sabes, Sofía, deberías ser abogado.

—Oh, no me gusta esa profesión —intervino ella mientras trataba de recuperar la cordura y guardaba con premura los frascos de pintura de uñas que aún quedaban sobre la mesa.

—¿Cuál te gusta? —consultó Trina, al tiempo que sacaba ollas que ubicaba sobre una encimera.

—Es diseñadora de interiores —se adelantaron a responder al unísono Camila y Tony. Sofía los miró confusa.

—¿Trabajas en eso? —indagó Trina sin disimular su diversión.

—Aún no —respondió Sofía algo apenada.

—Montará su propia empresa —agregó Camila.

—¿Es cierto? —se interesó Tony, y posó toda su atención en ella.

—Es... mi meta —garantizó ella con inseguridad. Aunque su duda se debía a las emociones nuevas que la mirada penetrante del hombre producía en su interior, y no por una indecisión.

—¿Y tienes un plan de negocios? —consultó él.

—¿Qué? —preguntó ella completamente turbada.

—Un plan de negocios, ya sabes, algo que describa el tipo de empresa que aspiras fundar y la forma en que la trabajarás, con un estudio de mercado actualizado. Eso te ayudará a enfocar las necesidades y conseguir financiación.

Sofía lo observó con curiosidad.

—No tengo nada de eso.

—¿No? ¿Y cómo piensas instalar tu empresa? —consultó él ceñudo.

—Trabajaré para reunir el dinero que necesito.

—Eso está bien, pero tardarías una eternidad, y a medida que el tiempo pasa tu negocio podría perder vigencia.

La chica amplió las órbitas de sus ojos ante las palabras del hombre. El temor comenzó a invadirla. No quería perder la oportunidad de ser una mujer

emprendedora y exitosa.

—¿Y qué puedo hacer?

—Con un plan de negocios en mano podrás solicitar un crédito para nuevos empresarios. Actualmente no solo los bancos los ofrecen, hay empresas que se encargan de apoyar a los emprendedores, piden menos requisitos y dan más facilidades de pago. —El interés de Sofía en lo que Tony hablaba se mezclaba con el interés que sentía por ese hombre—. Muchas organizaciones financieras han creado programas especiales para emprendedores. Podrías considerarlos. No solo tu talento y empeño te ayudará a alcanzar tu meta, necesitas un buen plan de negocios que te permita conseguir recursos.

—¿Y sabes cómo hacer un plan de negocios? —consultó ansiosa.

—¡Claro, bella! —expresó él y se levantó de la mesa—. Ven conmigo —le dijo y le guiñó un ojo, gesto que alborotó cientos de mariposas en su estómago y le aceleró el flujo de la sangre.

Ella se dejó guiar por él fuera de la cocina, sin saber a dónde la llevaría. Dejó dentro de la estancia a Trina y a Camila, quienes compartieron una sonrisa cómplice mientras continuaban con su labor.

Tony la tomó de la mano y entrelazó los dedos, generando una colisión de emociones dentro del organismo de Sofía. Su mente se embotó con tantos sentimientos que le impidió reaccionar al ver que él la sacaba de la casa y la llevaba a una entrada lateral, separada de la vivienda principal por un cercado de madera.

—¿A dónde vamos? —preguntó mientras subían unas escaleras en dirección a un piso superior, ubicado sobre el hogar de Trina.

—A mi casa —respondió el hombre con naturalidad, sin percatarse que el corazón de la mujer ahora palpitaba con tal rapidez que parecía a punto de salir proyectado de su pecho.

Tony abrió la puerta y le dio paso a su departamento, un espacio amplio, rodeado de ventanales cubiertos por persianas. Se trataba de un ambiente compartido, en el que se hallaba una pequeña cocina empotrada en el lateral izquierdo, seguido por la única habitación cerrada que parecía ser el baño. Al fondo se encontraba el dormitorio, coronado por una cama grande arropada con gruesos edredones y asentada sobre una alfombra de pelo alto; y a su derecha, ocupando la mayor parte de la habitación, se localizaba una especie de oficina de trabajo, cercada por estantes de madera repletos de libros y maquetas.

Un escritorio ancho, también abarrotado de textos y documentos, y una mesa inclinada llena de planos y materiales de dibujo, completaba la mueblería.

Mientras Tony se sumergía entre el mar de libros que poblaban uno de los estantes en busca de algo, ella se acercó con curiosidad hacia el escritorio. Leyó los títulos de los libros que se hallaban a la vista, todos hacían referencia a temas de arquitectura e ingeniería, incluso, divisó un par sobre diseño, tanto de interiores como de exteriores. Caminó en dirección a la mesa de dibujo y dio una ojeada al plano a medio hacer allí apoyado. Se trataba de la descripción arquitectónica de la primera planta de un edificio con forma de aspa.

—¿Tú lo haces? —preguntó intrigada, mientras él se acercaba a ella con un libro pequeño y delgado de tapas azules.

Tony mantenía una ardiente mirada sobre los ojos maravillados de la chica.

—Sí, es para un concurso.

—¿Un concurso? —inquirió aún más contrariada.

Él se ubicó frente a ella y se sentó en el delgado taburete de la mesa inclinada. Le hizo entrega de un libro cuyo título rezaba: «Establece tu Plan de Negocios».

Sofía lo recibió con un reflejo mecánico, más interesada en el hombre que tenía a pocos centímetros de distancia y la observaba como si llevara semanas sin probar bocado.

Tony alzó los hombros con indiferencia.

—Es una propuesta de vivienda social, económica y sustentable, con la que pretendo participar en el concurso de arquitectura que el condado de Miami-Dade promueve para el próximo año.

Ella arqueó las cejas.

—¿Eres arquitecto?!

Él sonrió divertido.

—Sí, ¿no lo sabías?

A Sofía le fue difícil cerrar la boca por la impresión. Siempre había visto a Tony Rodríguez como un simple albañil de barrio, no como un arquitecto titulado.

—Con ese libro podrás diseñar tu plan de negocios —siguió él—, y así te será más fácil conseguir un crédito que te ayudará a ser independiente en poco tiempo.

Ella lo observó aún confusa, estado que enterneció a Tony.

La tomó por la cintura y la pegó a su cuerpo ubicándola entre sus piernas. Sus provocativos labios quedaron a escasa distancia de los suyos.

—¿Has pensado en mí? —El cambio brusco de conversación desconcertó aún más a Sofía—. Yo no puedo dejar de pensar en ti. Tu hermoso cuerpo desnudo se quedó anclado en mi cabeza, no sabes las ganas que tengo de verte de nuevo sin nada de ropa —confesó y la envolvió entre sus brazos antes de devorar su boca con besos ansiosos.

Las cálidas manos de Tony de pronto se hallaron frotando toda su piel. Buscaban alzarle la blusa para quitársela por la cabeza. La insaciable lengua masculina se hundió en su garganta, le producía gemidos involuntarios y le bloqueaba el entendimiento.

Ella fue incapaz de quejarse, muchos menos al sentir los dientes hambrientos del hombre clavándose en su cuello.

Sofía jadeó, sin poder pensar en otra cosa que no fuera en las exquisitas sensaciones que experimentaba. Sus manos temblorosas se ocuparon con ansiedad en abrir la camisa del hombre, necesitaba con urgencia su contacto, que la piel ardiente de su pecho se uniera al de él.

Tony, al borde de la desesperación, la ayudaba en esa labor. Logró desnudarse por completo en tiempo record e hizo lo mismo con ella.

La alzó por la cintura, permitiendo que la mujer le envolviera las caderas con las piernas, y pasó por encima del libro que segundos antes le había entregado, y que en algún momento cayó al suelo, para dirigirse a la cama.

Ambos se desplomaron sobre el acolchado, en medio de un mar de besos y caricias. Unieron con facilidad sus cuerpos y mantuvieron una danza ávida que les hacía bullir la sangre a gran velocidad y amenazaba con provocarles una combustión espontánea en cualquier momento.

Sofía no podía encubrir los gritos de placer que emitía ante las firmes acometidas de Tony. Le arañaba la espalda exigiendo más. Enredaba sus dedos en los mechones cobrizos de sus cabellos para aferrarse con fuerza a ellos e impedir caer en un interminable abismo de pasión y lujuria.

Él estaba ajeno al resto de la humanidad. Solo disfrutaba del delicioso placer que le producía el exquisito cuerpo de la mujer que tenía sobre su cama, y le causaba sensaciones tan poderosas que eran capaces de traspasarle la piel y afectarle cada hueso y músculo, hasta tocarle los órganos, e incluso, el alma. Lo volvían dependiente a su efecto.

Los cuerpos se tensaron hasta el extremo en medio de una intensa

descarga, que los dejó exprimidos sobre el acolchado, desfallecidos y satisfechos. Sin embargo, a Sofía le fue imposible aligerar su abrazo. Sus ojos se nublaron de emociones que crecían de forma alarmante en su pecho e intentaban escapar de alguna manera.

A medida que la mente se le despejaba, el miedo se le acentuaba. Poco a poco se daba cuenta de lo que había hecho y de las consecuencias que ese acto acarrearía. Una de las reglas del sexo casual era no acostarse con una misma pareja dos veces. Si eso ocurría, el acto dejaba de ser fortuito y podría obtener cierta importancia.

Cerró los ojos con fuerza mientras elucubraba la manera más efectiva de poder salir de esos deliciosos brazos, sin perder la cordura.

Capítulo 10

Cuando las neuronas comenzaron a funcionarle a Tony, este hizo acopio de las fuerzas que aún le quedaban en el organismo y se bajó del cuerpo cálido y palpitante de Sofía, para acostarse en la cama a su lado. Con un brazo le rodeó la cintura y ancló el rostro sonriente en el hueco de su cuello. Dormitó como un niño satisfecho, feliz y confiado, que se hallaba en el lugar más cómodo y seguro del mundo.

Sofía en cambio, estaba rígida como una estatua. Tenía miedo de moverse y provocar una reacción repentina en el hombre. Su mente se inhabilitó durante el acto, y ahora, las enormes emociones que aún sentía en su cuerpo, le dificultaban el análisis.

No deseó que aquello sucediera. Durante el camino a la casa de los Rodríguez había maquinado la forma en que evitaría otro encuentro carnal con Tony, pero le fue imposible. La mirada, el aroma y el tacto hipnótico que poseía ese sujeto la alejaron de sus decisiones en un abrir y cerrar de ojos.

Una sola cosa comprendía, y era el poder manipulador que él ejercía sobre ella. Si permitía que aquello continuara ocurriría siempre, en cada aspecto de su vida. Eso la apartaría de sus metas y la haría desechar todo el esfuerzo realizado para ser una mujer emprendedora y exitosa.

A su madre le había sucedido, e incluso, a su hermana Camila. ¿Ella repetiría sus historias? ¿A pesar de haberse prometido en más de una ocasión que eso no pasaría?

La rabia comenzó a recorrerle las venas. Apretó la mandíbula para reunir el valor necesario. Con delicadeza apartó el abrazo posesivo de Tony y se levantó de la cama.

—¿A dónde vas, preciosa? —preguntó él sin abrir los ojos y se giró para quedar boca arriba en la cama. Ubicó el brazo con el que la había abrazado bajo su cabeza, asumía una pose indolente, le mostraba toda la belleza y perfección de su cuerpo.

Sofía se obligó a mantener el contacto visual en cualquier otro punto de la habitación. Aquella imagen le resultaba demasiado provocadora y amenazaba con hacerla caer de nuevo en esas garras.

Buscó su ropa y comenzó vestirse con rapidez.

—¿Qué haces? —inquirió él. Esta vez afincó su mirada celeste en ella.

—Estamos en la casa de tu madre —reprochó la mujer mientras se apresuraba a colocarse las bragas y el sujetador.

—¿En casa de mi madre? Claro que no. Este piso es independiente. No tiene nada que ver con el de abajo.

—Está fabricado encima. Tu mamá cocina bajo nuestros pies mientras nosotros retozamos como cerdos sobre su cabeza.

—¿Cómo cerdos? —consultó él indignado y se levantó para quedar sentado en el borde de la cama, frente a ella, que ya terminaba de subirse unos vaqueros—. ¿Qué pasa, Sofía? ¿No te gustó? ¿Te hice algún daño?

Ella se giró hacia el hombre y miró embobada su rostro entre enfado y confuso. Una punzada de dolor se instaló en su pecho, odiaba tratarlo de aquella manera, pero debía dejar en claro su punto. No podía perder el norte.

—Ustedes, los Rodríguez, son hombres muy... leales, capaces de entregar hasta el alma por los demás.

—¿Nosotros, los Rodríguez? ¿De qué demonios hablas? —acusó Tony, comenzaba a mostrarse irritado.

—Eres como Ronald —expresó Sofía mientras buscaba su blusa y se la colocaba con prontitud—, noble y caballeroso. Pero yo no necesito de ningún hombre que me proteja, puedo salir adelante por mis propios medios.

—¿Qué tiene que ver Ronald en todo esto? —Tony se levantó de la cama y se irguió frente a ella, aún desnudo. Sofía perdió el habla por un instante, pero enseguida tragó grueso para recuperar la noción del tiempo y del espacio.

—¿Puedes... vestirme? —exigió con dificultad, pero enseguida se arrepintió al ver que el hombre endurecía las facciones.

—Te hice una pregunta, o mejor dicho, varias, y no has respondido con claridad a ninguna.

Sofía se llenó los pulmones de aire antes de intervenir y mientras buscaba sus zapatos.

—Conoces mi situación y al igual que Ronald eres protector —explicó ella y se calzó una sandalia sentada en la silla del escritorio—. Aprecio esa actitud y agradezco que sientas ese cariño por mí, pero no quiero que pienses que soy incapaz de superar las adversidades. —Tony la observó con atención, con el cuerpo más relajado, pero aún manteniéndose erguido frente a ella.

La mujer no podía evitar sentirse inquieta, la imagen viril y portentosa del hombre le desviaba los pensamientos.

—¿Tratas de decir que lo que hemos hecho sobre la cama es un favor? —agregó él. Ella alzó el mentón y se puso de pie, procuraba mantener su atención en los ojos azules de Tony y no en otra región de su anatomía.

—Lo fue cuando estuviste en la casa buscando a Camila y aceptaste mi propuesta. Sé que eso te hace sentir comprometido. —Tony bufó y volvió a mostrarse irritado. Sofía no podía soportar continuar esa conversación con él libre de ropa. Tomó las prendas del hombre regadas en el suelo y se las aventó—. Por favor, vístete.

Tony obedeció, aunque dirigiéndole una dura mirada y aplicando movimientos bruscos.

—Estás muy equivocada.

—Quizá —expresó ella con amargura mientras se calzaba el otro zapato. Sentía que el vacío que se le había anclado en el vientre al alejarse de él se expandía por todo su cuerpo. Le dio la espalda y bajó la mirada, descubrió en el suelo el libro que Tony le había entregado. Se acercó y lo levantó, sin atreverse aún a encararlo.

—Si alguien ha hecho aquí algún favor, esa eres tú —señaló él con voz neutra. Sofía volvió a suspirar antes de hablar.

—Lo lamento, de verdad. No quiero hacerte sentir mal, solo deseo... dejar las cosas en claro.

Tony la tomó por la cintura y la giró para obligarla a enfrentarlo, ya se había puesto los pantalones, pero aún no tenía camisa. Su pecho desnudo quedó frente a la chica.

—¿Qué te hace pensar que no comprendo tu punto de vista?

—Dijiste que querías ayudarme...

—A independizarte, no a depender de otros —la interrumpió él.

—Tony...

—La estamos pasando bien, ¿cierto? —arguyó enfadado—. Tengo muchas responsabilidades sobre mis hombros para querer algo serio con una mujer. Así que no tienes que preocuparte por nada.

—Pero...

—Solo... vamos a divertirnos. ¿Sí? —propuso Tony con cansancio. Ella lo miró con preocupación. ¿Solo a divertirse? ¿Lo lograría?

—Es lo único que quiero —completó ella, sabiendo que muy en el fondo mentía.

—Entonces no confundas las cosas —pidió Tony antes de girarse para dirigirse a la cama, donde había dejado el resto de su ropa.

Sofía asintió presa de la desolación. En cierto sentido, eso era lo que deseaba, pero no sabía por qué se sentía tan traicionada con ella misma a pesar de lograr su cometido.

Terminaron de vestirse en el más absoluto silencio y bajaron a la casa de Trina donde la chica enseguida se despidió. Alegó que tenía asuntos por resolver.

Camila, aunque sabía que esos «asuntos» eran una mala excusa, la apoyó y se marchó con ella. En el camino notó el rostro atribulado de su hermana, pero prefirió no atormentarla con preguntas. Caminaron sin cruzar una sola palabra hasta la residencia, cada una sumida en sus propios pensamientos.

Durante la noche, después de la cena, Ronald se encerró en su habitación para ver la televisión y Tamara en la suya para leer antes de dormir. Camila se quedó unos minutos más en la cocina, limpiaba y ordenaba mientras Sofía estaba sola en su sofá, abrumada por las emociones confusas que la embargaban.

En vano intentaba leer el libro que le había entregado Tony. De nada servían sus esfuerzos por comprender lo allí escrito. Su mente volaba hacia otros rumbos.

—¿Todo bien? —La pregunta repentina de Camila la sobresaltó. Alzó la mirada hacia su hermana apreciando su sonrisa compasiva—. ¿Por qué no me cuentas qué te preocupa? —Camila se sentó a su lado y como Sofía cruzó las piernas sobre el mueble.

Sofía dejó encima de una mesa auxiliar el libro y la libreta donde realizaba apuntes, para procurar mantener su atención en la conversación con su hermana.

—Me angustia el futuro. Las metas que me había trazado en la universidad son inestables, lo noto al leer este libro —argumentó, y señaló el texto—. No me será sencillo alcanzar mi sueño, tengo mucho trabajo que hacer para crear un plan de negocios que me ayude a obtener un crédito, y no puedo dedicarme a ello. Debo encontrar un empleo para evitar que se acaben mis ahorros y colaborar con los gastos de la casa.

—La vida no es fácil —sentenció Camila en medio de un suspiro. Sofía se contagió con su gesto y suspiró también.

—Papá me ha dicho que si no tengo metas bien establecidas mi esfuerzo no valdrá la pena.

—Yo creo que tienes metas definidas, solo debes trazar mejor el camino que debes recorrer para alcanzarlas y tener paciencia.

—¿Paciencia? —se quejó Sofía y luchó por no dejar escapar las lágrimas reprimidas en los ojos—. En unos días Kimberly se irá a Europa, enviada por su empresa a realizar una importante especialización, y Vanessa será promovida a directora de departamento —acotó, haciendo referencia a sus dos amigas, con quienes se había comunicado por teléfono esa tarde para saber cómo la llevaban.

—Vanessa trabaja en una empresa familiar, todos los directores y gerentes son sus hermanos y primos.

—¡Pero igual obtuvo un ascenso! —reclamó con ansiedad—. Su padre ha logrado mantener un negocio próspero por ser precavido y sagaz, no pondría a su hija al frente de alguna responsabilidad si no supiera que tiene las capacidades para enfrentar esos retos.

—¿Te molestan los logros de tus amigas?

—¡No! —aclaró al borde del llanto. Kimberly se había destacado como la mejor estudiante de la carrera, por eso no le fue difícil conseguir un trabajo bien remunerado apenas terminó la especialización, y Vanessa era hija de un arquitecto reconocido en toda la Florida, su futuro estaba asegurado—. Cuando estudiábamos juntas, muchos decían que yo sería la más exitosa del trío porque era temeraria y audaz. No tengo la timidez de Kimberly para expresar mis ideas, ella, a pesar de su mente brillante, tiembla como un papel cuando le corresponde hablar con extraños. Tampoco poseo el despiste de Vanessa, que suele centrar su mente en asuntos banales olvidando las responsabilidades a su alrededor. Sin embargo, ahí las tienes, ambas triunfan en sus trabajos y escalan posiciones. Mientras yo... —se quedó callada por unos segundos, ahogada en su dolor—, no tengo ni para alquilar un piso donde vivir, no consigo trabajo por falta de experiencia, ni tengo un plan que me ayude a surgir.

—Creo que estás siendo muy dura contigo.

Sofía resopló con indignación.

—Me molesta que a pesar de todas las bondades que poseo, no sea capaz de conseguir una solución a mi situación.

—La hallarás, pero no le das apertura a otras cosas.

—¿De qué hablas? —acusó Sofía exasperada. Camila se incorporó para mirar de frente a su hermana, así acaparaba toda su atención.

—Hace unos días vi un documental en la televisión mientras hacía la cena —relató—. Trataba sobre el secreto de algunos grandes empresarios que se hicieron ricos en menos de diez años, y comenzando de cero. —Sofía

observó a su hermana con interés, aún con semblante afligido—. Presentaron varios casos, entre ellos el de una mujer que estudió gerencia, pero trabajó como camarera durante seis años. Ahora es dueña de siete restaurantes de lujo.

Sofía alzó sus cejas en un arco perfecto.

—¿Seis años? ¿Tanto?

—¡En seis años montó siete restaurantes, y son de lujo! Los gastos que pudo tener de seguro serían mayores a lo que te propones.

Ella suspiró con frustración.

—¿Y cómo lo hizo?

—Ufff, ese es el punto —confesó Camila con desazón—. Trabajó y trabajó sin parar. No descansó hasta ver sus ideas hacerse realidad, y ahorró hasta la última moneda. Durante ese tiempo no existían para ella otros gastos que no fueran los indispensables para vivir, nada de salidas al cine, de comprar ropa nueva o de gustos exclusivos. Todo lo ahorraba.

Las órbitas de los ojos de Sofía se ampliaron aún más, ella era fanática de las novedades en ropa, en zapatos y artículos de belleza. Dejar eso por años mientras reunía lo necesario para surgir sería un duro sacrificio.

—Nunca pidió prestado a un banco, sino a amigos o familiares, así evitaba que le cobraran intereses. Y siempre tuvo a mano un buen plan de negocios.

El corazón de Sofía bombeó con intensidad. Por instinto lanzó una ojeada hacia el libro que le había entregado Tony y se mordió los labios. Ahora estaba ansiosa por leerlo.

—Vaya...

—El documental fue interesante —agregó Camila—. Aunque dudo que el éxito que tuvo esa chica haya sido un trabajo fácil, más aún, si vivía con tantas limitaciones. El caso es que las personas que presentaban, a pesar de ser profesionales, tenían su mente tan afincada en su proyecto que no les importó trabajar primero en un oficio diferente sin descanso. Necesitaban dinero, y eso buscaron.

Sofía se mantuvo hundida en sus pensamientos por un instante. Elucubraba una manera para lograr una proeza similar. Le urgía conseguir un trabajo. Si no podía obtener un puesto acorde a su profesión en alguna empresa, no se quedaría estancada a la espera de una oportunidad. La crearía ella misma, forjaría su propia opción laboral. Pero, ¿cómo?

—¿Qué ocurre con Tony?

La pregunta de su hermana la alejó de golpe de sus pensamientos y le congeló la sangre.

Capítulo 11

—¿Qué? —preguntó Sofía desconcertada.

—¿Qué ocurre con Tony? —repitió Camila y la miró fijamente a los ojos. Sofía dudó por un instante, sin saber qué responder.

—Nada —reveló con inseguridad.

—Sofía, ¿crees que no nos damos cuenta de tus reacciones y de las de él?

—¿Nos damos cuenta? ¿De quienes hablas? —consultó con alarma.

—De todos —respondió la mujer—. Hasta Tamara ha sido capaz de notar tu inquietud cuando él está en la casa.

A la chica el corazón le palpitó desbocado. Escondió el brillo nervioso de sus pupilas al bajar la vista.

—Sofía Martínez, ¿qué ocurre? —exigió con firmeza Camila, haciendo encoger a su hermana en el sofá.

—Nada, créeme. Es solo... diversión. —La mención de aquella palabra a ella misma le produjo un retorcijón en el estómago.

—¿Diversión? ¿Estás loca? Lo que refleja tu mirada no es diversión, mucho menos la de él.

—Pero lo es —aseguró y se esforzó por recuperar la cordura—. Él tiene muchas responsabilidades y yo una meta que cumplir. No buscamos nada serio.

Camila bufó y se levantó del mueble indignada para entrar en la cocina. Sofía la observó alejarse con una mezcla de pena y rabia, luego la siguió. No podía ignorar esa conversación con su hermana, eso podría afectar el trato entre ellas.

Entró a la cocina y encontró a Camila secando los trastos que habían utilizado en la cena, y se escurrían sobre una rejilla junto al fregador.

—Lo que ocurrió entre nosotros fue algo casual —insistió—. Somos adultos, nos vimos, nos gustamos, la pasamos bien y... es todo —aseguró con un profundo vacío en el estómago.

Camila dejó lo que hacía y la encaró con postura enfadada.

—Tú eres mi hermana y él es casi un hermano para Ronald, lo quieran o no son familia, y entre familiares no se juega de esta manera. ¿Qué pasará si

llegan a hacerse daño? ¿Cómo debería reaccionar yo con él, o Ronald contigo? ¿Te das cuenta en la posición en que nos pones a todos?

Sofía resopló con cansancio. En cualquier otra familia quizás aquello no hubiera sido un problema muy serio, pero con los Rodríguez el hecho resultaba abominable. Casi un incesto.

—Camila, Tony es muy lindo y tierno, pero es un completo desconocido para mí —alegó, sin mencionar que también lo consideraba fogoso, atractivo, seductor, posesivo y hasta divertido.

—¿Qué quieres saber de él? ¿Sobre cómo falleció su padre cuando apenas tenía quince años y los conflictos emocionales que esa muerte le ocasionó? ¿De la enfermedad de Trina, o la situación de Daisy como madre soltera? —Sofía observó a su hermana petrificada y con los ojos abiertos en su máxima expresión—. Te puedo contar lo mucho que ha luchado por hacer una carrera profesional, y por mantener a su familia, no solo en lo económico, sino también en lo moral. Él es quien ha evitado que se ellos se derrumben a pesar de estar desecho por dentro. Incluso ha sido un gran apoyo para Ronald. Si no fuera por Tony, Ronald jamás se hubiera atrevido a fundar su propia empresa. Por eso no creo que él sea un hombre de juegos, aunque te lo haya dicho. Nunca lo he visto dar un paso en falso.

Camila se giró para continuar con su labor. Ignoraba el mutismo de su hermana, quien no podía salir de su asombro. A Sofía le costaba asimilar aquella información, su cerebro no lograba funcionar a la perfección teniendo una marejada de emociones desatada en su pecho.

Se cruzó de brazos, furiosa.

—Lamento mucho esa situación, pero él es un hombre adulto y responsable, que comprendió lo que yo buscaba y aceptó mis condiciones.

—¿Te has vuelto loca?! —preguntó Camila con alarma al encarar de nuevo a su hermana.

—¿Loca, por qué? ¿Por querer tener una aventura? Eso no es un delito.

—Claro que no lo es. El problema es con quién tuviste esa aventura.

—Tony no se da mala vida por eso. Así que ni tú ni nadie debe meterse en ese asunto —declaró con firmeza y se dio media vuelta para regresar a su sofá.

Se recostó colérica en el mueble, tomó el libro y lo abrió en una página cualquiera para fingir leer. Sus ojos recorrían las hojas sin ver ninguna letra de las allí impresas. Su pecho adolorido quería gritar de frustración, pero se reprimía, debía mostrarse indiferente.

—Sé que eres una mujer adulta e independiente. —La intervención repentina de Camila la sobresaltó. No escuchó el momento en que su hermana se había acercado a ella—. Pero no puedes evitar que me interese por ti.

Sofía suspiró con cansancio.

—Agradezco tu preocupación, pero es innecesaria.

Camila se sentó en el sofá, junto a su hermana.

—No lo es, y lo sabes. Lo mismo me sucedió de joven. ¿Acaso no aprendes de los errores ajenos?

Sofía dirigió una mirada agobiada hacia Camila, quien ahora mantenía su atención extraviada en sus recuerdos, con el rostro dirigido al suelo.

A los dieciséis años, con las hormonas hirviendo por la juventud, Camila sucumbió al deseo y se dejó llevar por una relación casual con uno de los clientes habituales de su padre: Dylan Treviño, un sujeto que la superaba en edad por doce años. Con su sonrisa risueña, su cuerpo robusto, varonil y rubio, sus obsequios constantes y sus frasecitas románticas sacadas de viejas películas, la engatusaba hasta lograr que ella aceptara reunirse con él en lugares clandestinos. No una vez, sino en varias ocasiones.

El sexo sin compromiso le había resultado exquisito durante un año mientras forjaba sus sueños de ser una joven independiente, hambrienta por comerse al mundo. Hasta que llegó Tamara a su vida, en uno de los momentos más críticos para la economía de sus padres, cuando se esforzaban por hacer crecer una empresa naciente y mantener los gastos que le ocasionaban dos hijas y dos hipotecas.

Un nuevo miembro en la familia aumentaba la carga, pero no la imposibilitaba. Sin embargo, Camila no estaba dispuesta a lanzar sobre los hombros de sus padres su cruz, prefirió cargarla sola, y aceptó la propuesta de Dylan de hacer una familia juntos y cuidar del hijo que venía en camino.

Él era un hombre divorciado, que recientemente se había mudado a Jacksonville para hacer una nueva vida. A pesar de no estar muy convencida de ello, Camila se fue a vivir con Dylan sin conocerlo en realidad. Una jornada de sexo casual, que duró más de lo indicado, le arrancó de raíz sus sueños. Dejó de pensar en la independencia para ocuparse de una maternidad prematura, de una casa llena de carencias y de un esposo que día a día le mostraba la personalidad violenta y ofensiva que ocultaba fuera de las paredes de su hogar.

Siete años soportó con estoicismo el destino que había elegido, hasta que

reunió el valor para alejarse de esa vida. Aún debía resistir las consecuencias de ese pasado, por esa razón no permitiría que su hermanita menor pasara por una situación similar.

—Yo sé que no existe un punto de comparación —expresó Camila en referencia a Tony y su exesposo Dylan—, pero eso no quiere decir que esa actitud jamás te hará daño. No solo a ti, también a él, que es una gran persona, y al futuro ser que pudiera nacer de esa relación si no se cuidan.

Sofía se estremeció. Desde que había iniciado su relación con Kevin Balton en la universidad, se cuidaba para no terminar con una responsabilidad que pudiera obstaculizar sus metas, como un embarazo, pero entendía que con Tony ese no sería el único problema.

Lo que podía nacer entre ellos no solo era un ser engendrado en su vientre, sino un poderoso sentimiento en su corazón, capaz de hacerla cambiar de parecer.

Fue eso lo que le ocurrió a su madre, quien al enamorarse de su padre dejó de lado todos los proyectos que había construido para seguirlo. Sabía que su madre no se arrepentía de su decisión, pero muchas veces Sofía la había escuchado quejarse por no haber sido consecuente con sus aspiraciones, y la veía pasarse la vida añorando sueños que nunca pudo cumplir, a pesar de haber tenido luego los recursos para llevarlos a cabo.

Eso quería evitar: enceguecerse por un romance.

Camila suspiró, para finalmente dirigir la mirada hacia su hermana y palmearle una rodilla.

—Diviértanse, pásenla bien, pero no se hagan daño. Ten en cuenta que no serán los únicos afectados —aconsejó antes de levantarse y regresar a la cocina.

Sofía recostó la cabeza en el respaldo del sofá y observó con melancolía el techo. Mantuvo aferrado a su pecho el libro que Tony le había facilitado.

Sí aprendía de los errores ajenos, y de los propios también.

La pena que sintió al alejarse de Kevin para evitar que detuviera sus ambiciones, la dobló por semanas, a pesar de no haberlo amado tanto. No estaba dispuesta a pasar por una situación igual, o quizás, peor. Podía divertirse sin salir herida, ya lo había hecho en otras oportunidades.

Las mujeres como ella, seguras de sí misma y con objetivos firmes, no se dejaban vencer por sentimentalismos.

Con renovado ánimo se incorporó en el sofá, tomó su libreta de anotaciones y reinició la lectura del libro. Esa noche confeccionaría un plan

de negocios efectivo, y a la mañana siguiente, cuando el brillante sol de Miami saliera para calentar los corazones de los habitantes, comenzaría a llevarlo a cabo.

—Yo, Sofia Martínez, no desistiré en mi intención de superarme —enunció con seguridad—. No me conformaré con mi deseo de progreso. Me comprometo a ser constante en mi empeño por alcanzar mi meta y superar cada obstáculo, con temple y alegría —continuó, repitiendo las palabras impresas al inicio del libro, donde se hablaba de la importancia de la disposición personal para luchar por lo que se anhelaba.

Pasó toda la noche leyendo. Anotaba en la libreta las observaciones más resaltantes y desarrollaba un plan de acción. Comprendía que si ella no tomaba la iniciativa, su vida permanecería estancada. Era momento de aceptar su responsabilidad y comenzar a mover las piezas para que su realidad cambiara.

Capítulo 12

Sofía acompañaba a su hermana al trabajo la tarde del lunes con los ojos hinchados por la falta de sueño y la mucha lectura. Había pasado casi toda la noche anterior y la mañana de ese día realizando su plan de negocios. Describió el tipo de empresa que deseaba instalar, las oportunidades y amenazas que debía afrontar con ella, y preparó un extenso registro de fabricantes, mayoristas y minoristas de telas, muebles, obras de arte, y artículos para el hogar y la oficina; así como de proveedores de materiales para la construcción, necesarios para su inventario. Era aconsejable tener a la mano un buen directorio.

Al día siguiente debía visitar esas tiendas para crear los contactos necesarios y obtener muestras o fotografías de sus productos, que le permitieran elaborar catálogos a presentar a sus clientes.

Sin embargo, ese, aunque era un trabajo largo y extenuante, no resultaba tan importante como encontrar una buena ubicación para su oficina. Elaboró una lista de los lugares que aportaban un espacio acorde, para visitarlos también y solicitar contratos de arrendamiento que le permitieran evaluar las condiciones que ofrecían.

Estaba emocionada, pero muy agotada, y eso que aún no se encontraba ni en la mitad del camino.

Hubiera preferido quedarse en casa continuando con su labor, pero ya se había comprometido con su hermana a acompañarla durante la aplicación del tratamiento de chocolate y queratina en el cabello de la futura novia de Jonás.

Para Camila era urgente que aquel trabajo resultara un éxito, ya que podía significar una buena entrada de dinero que no quería desaprovechar.

—Sé que hoy nos irá bien —expresó Camila mientras avanzaban por una de las principales calles del barrio, hasta llegar al salón de belleza donde trabajaba. La instalación pertenecía a una mujer de ascendencia portuguesa que había llegado a Miami treinta años atrás, y vivía con su hijo menor y la mujer embarazada de este en la parte superior de la edificación.

—El tratamiento es sencillo, pero su aplicación dura varias horas porque hay que dejar descansar el producto —alegó Sofía.

—No me importa el tiempo. Si lo hacemos bien no solo será beneficioso

para el cliente, sino también para nosotras.

—Todo saldrá perfecto, Camila —rebató Sofía con extenuación—, has hecho tratamientos similares anteriormente.

—No de ese tipo —acusó la mujer antes de entrar al establecimiento—, y no seas tan confiada. ¡Despierta! Necesito toda tu atención puesta en este trabajo —advirtió al notar la cara adormilada de su hermana.

—No te fallaré —respondió Sofía con fastidio y puso los ojos en blanco.

—Más te vale, porque esto es importante para mí —señaló al tiempo que abría la puerta acristalada y se sumergía en un espacio abarrotado de espejos, mesones y butacas de peluquería.

Camila saludó con afecto a las dos mujeres que ya se encontraban en sus puestos y se ocupaban del arreglo de sus clientes, antes de dirigirse a su silla de trabajo.

El lugar contaba con ocho sillas que eran alquiladas tanto a peluqueras como a peluqueros, quienes cancelaban un precio diario por hacer uso de la instalación. La dueña era la encargada de la limpieza y el orden, pero ese día no se encontraba en las cercanías, ya que debió acompañar a su nuera a la consulta con el ginecólogo.

Esa tarde solo tres peluqueras trabajarían en el lugar: Sandra, una colombiana de piel trigueña y cabellos teñidos de rojo fuego, que habituaba amenizar las veladas entonando con su conmovedora voz baladas de salsa o bachata; Shirley, una chica pequeña y de grandes caderas, fanática de los cotilleos; y Camila.

—¡Sofía Martínez, ¿te dignaste a visitarnos?! —la saludó Sandra, sin dejar de atender el alisado que aplicaba a una cliente de abundantes cabellos rizados.

—Como Fortunata no está vengo a supervisarlas, chicas —respondió la aludida con sorna, haciendo referencia a la dueña del lugar, y le dio un beso en la mejilla a la joven.

—¿Y para trapear el suelo? —fustigó Shirley con una sonrisa, terminando de separar el cabello de su cliente con pinzas, para iniciar el secado.

—Fortunata me dijo que hoy te correspondía a ti ese trabajo —rebató Sofía, y se acercó a la menuda mujer para saludarla también con un beso.

—¿A mí? Yo me encargo de limpiar mi espacio —señaló Shirley ganándose una mirada aireada de Camila, que dejaba sobre su mesa la maleta de aluminio donde guardaba todos sus enseres y materiales de trabajo.

—Sin discusiones, hoy la peluquería es responsabilidad de todas — indicó y abrió la maleta para sacar los implementos que necesitaba para el tratamiento.

Por más de media hora estuvieron hablando de trivialidades. Cantaron temas de Juan Luis Guerra y arreglaron los cabellos de las dos mujeres que habían asistido a la peluquería; hasta que llegó Ivanova, la joven que Jonás pretendía.

La chica era pequeña y de figura fina, de largos cabellos negros ondulados en las puntas. Si no fuera por sus grandes senos y caderas anchas podía pasar por una adolescente. Ivanova llegó acompañada de dos amigas: una mujer de piel negra, alta y esbelta, cuyo cabello estaba repleto de trenzas delgadas, y una joven trigueña de cabellos lacios mal teñidos de rubio, atados en una coleta alta.

Camila sonrió al verlas. Con testigos era más factible que los comentarios sobre su trabajo corrieran de boca en boca. Las recibió con familiaridad, como si se trataran de amigas de toda la vida, y les presentó a su hermana.

—Tú eres la especialista en cabellos, ¿cierto? —le preguntó Ivanova a Sofía.

Esta abrió la boca para negar la afirmación, pero Camila se adelantó a sus intenciones.

—Sí, ella fue quien le aconsejó el tratamiento a Jonás.

—Jonás... —repitió la chica en medio de un suspiro amoroso, recibiendo miradas y sonrisas cómplices de sus compañeras—. Ese hombre es un sol, ¿no creen?

«Claro, mientras tenga sus manos en un lugar seguro», pensó Sofía.

—Es adorable. ¿Cuándo le darás el sí? —se aventuró Camila.

—Se hace la difícil para ser más deseable —rebató la joven de la cabellera mal teñida de rubio, lo que arrancó risas en todas.

—¡No lo hagas sufrir tanto! —bromeó Camila y la dirigió a la silla para el lavado del cabello.

Continuaron la conversación mientras Sofía le agregaba un champú que había preparado en casa, especial para hidratar el cabello maltratado. Le masajé con dedicación el cuero cabelludo, explicándole los beneficios del tratamiento que le aplicaría y dándole consejos adicionales para mantener por más tiempo el efecto del alisado.

Camila la llevó a la silla y le colocó la queratina sellándole las fibras

capilares con la plancha. Por la larga melena de la joven tardaron un poco más de una hora, tiempo que le sirvió a Sofía para conversar sobre diversos temas de belleza, no solo con Ivanova y sus amigas, sino también con los clientes que llegaban a la peluquería.

Al terminar con la queratina, Camila enjuagó el cabello y comenzó a aplicar la mascarilla de chocolate. En ese tiempo, Sofía se convirtió en el centro de atención del lugar, parecía una visitadora que llegaba a las casas para promocionar los productos que vendía. Mostró algunos de los que preparaba de manera artesanal y había llevado dentro de la maleta de su hermana. Repartió recetas a diestra y siniestra, logrando establecer varias citas durante la semana para que su hermana aplicara tratamientos hidratantes o reparadores.

Camila irradiaba alegría por los poros. Si todo salía a la perfección, esa semana sería muy productiva. No solo para ella, sino también para Sandra y Shirley, quienes no dudaron en incluir a sus clientes en las conversaciones con Sofía.

Al terminar el tiempo en que debía actuar la mascarilla de chocolate, enjuagaron de nuevo el cabello con un champú especial de cacao, que Sofía había creado para la ocasión. Ivanova comenzó a notar el efecto del tratamiento en sus cabellos, algo que la tenía alborozada. No solo comentaba con sus amigas su satisfacción, sino también con las personas con las que chateaba sin parar por su teléfono móvil.

Vía *WhatsApp* Sofía recibía decenas de consultas y pedidos. Con ello no solo se llenaba de trabajo por esa semana, sino también de esperanzas. Si sus productos y consejos gustaban, irían por más, y eso se transformaría en dinero.

Al final de la tarde lavaba los instrumentos que habían utilizado en el tratamiento, mientras Camila terminaba de alisar los cabellos de la joven. Estaba distraída pensando en la manera en que distribuiría su tiempo esos días, para cumplir con los pedidos y llevar a cabo las tareas pendientes de su plan de negocios, cuando la voz seductora de Jonás le llegó a los oídos y la obligó a girar el rostro hacia la entrada.

Su corazón bombeó con intensidad al divisar la mirada celeste de Tony a través de la puerta acristalada. El hombre entraba al recinto siguiendo a Jonás y acompañado por Gerald, el alto y robusto hermano de Ronald.

Tony le guiñó un ojo al encontrarse dentro del salón, pero no se acercó a ella. La rubia mal teñida, amiga de Ivanova, se levantó de su asiento al verlo

y corrió hacia él. Le envolvió el cuello con sus brazos.

El corazón de Sofía se contorsionó en su pecho. Regresó su atención al lavabo dándoles la espalda, y con el rostro colorado por la ira continuó con su tarea. Su interior ardía por los celos. Al darse cuenta de lo absurdo de su reacción se reprendió a sí misma internamente.

Se mordió los labios para controlar la furia, al tiempo que restregaba con algo de rudeza los envases que habían contenido el chocolate. No escuchaba las conversaciones que se producían tras ella, ni los sonidos de los secadores, o de la música que retumbaba desde un pequeño aparato cercano a Sandra, la *Dj* oficial de la peluquería; lo único que sus oídos captaban eran las palabras del idiota de Tony Rodríguez y de la peliteñida de la amiga de Ivanova.

—Anoche la pasé genial —dijo la mujer, lo que provocó un nuevo oleaje de ira en Sofía—, debemos repetir más a menudo esos encuentros.

—Sí, en realidad fue bastante relajante —agregó Tony con su voz fascinante—. Me agradó hallarte en ese bar.

Sofía estaba a punto de encenderse por culpa de una combustión espontánea, pero se esforzó por serenarse.

«Ese hombre no es nadie para ti», se repitió en su mente una y mil veces, al tiempo que luchaba por pensar en su plan de negocios. No obstante, lo que su cabeza terca se empeñaba en recordar era en el cuerpo perfecto y completamente desnudo de Tony.

«¡Maldita memoria selectiva!», se reprochó y respiró hondo para recuperar la cordura.

Aunque era capaz de controlar la cólera, el dolor que agobiaba a su corazón no podía suavizarlo de ninguna manera. Le atormentaba la idea de que Tony, después de haber hecho el amor con ella en su casa, se fue de copas con otra mujer, y pasó una noche «genial» mientras ella se rebanaba el cerebro preparando un plan de trabajo. Sola.

Su realidad cayó como un yunque sobre sus hombros y le humedeció los ojos.

«¿Eso no es lo que querías, imbécil? Por eso lo rechazaste», se quejó en su interior y volvió a respirar hondo irguiéndose para mantener la dignidad.

Cerró por completo sus oídos y mente a lo que ocurría a su alrededor. Secó con teatral delicadeza los implementos y los guardó con meticulosidad dentro de la maleta, dando tiempo a que los hombres terminaran la visita y se marcharan. Así ella podía vivir en paz de nuevo.

—¿Cómo estuvo el día, bella? —La pregunta de Tony retumbó cerca de

su oreja, sobresaltándola. Uno de los envases de plástico cayó de sus manos en dirección al suelo.

Sofía miró sofocada al hombre, que le sonreía como niño travieso mientras se inclinaba para recoger el objeto.

—¿Todo bien?

Ella giró el rostro al escuchar la voz de Camila, que la observaba con una mezcla de incredulidad y advertencia desde su silla. Su hermana había aprovechado la ocasión para obligar a Gerald a cortarse el cabello, y así intentar que el hombre se quitara la gorra que habituaba llevar puesta en todo momento, y que según Ronald, le aplastaba las neuronas; pero no dejó pasar la oportunidad de recordarle a Sofía lo que habían conversado la noche anterior.

—Todo bien —le aseguró a Camila con inquietud, al tiempo que recibía de manos de Tony el envase que se había caído.

—Disculpa por haberte sorprendido de esa manera.

Ella negó con la cabeza y lanzó una ojeada hacia las amigas de Ivanova, que se encontraban cerca de la chica mientras esta coqueteaba con Jonás. La rubia mal teñida no le quitaba la mirada de encima a Tony. Lo repasaba de pies a cabeza con descaro mientras cuchicheaba con su compañera.

—No te preocupes, es que tenía la cabeza en otro lado.

—¿Leíste el libro?

—Sí, me ha servido de mucho.

Volvió a mirar hacia la rubia y la vio arreglarse su horrible cabello reseco y con todas las puntas abiertas y partidas frente a uno de los espejos, para luego coquetearle al hombre.

Achinó los ojos hacia ella, no debió ser tan condescendiente cuando la joven le preguntó sobre su mal teñida melena. En vez de haberle recetado una mascarilla de leche de coco, miel y polvo de cacao para recuperar las proteínas capilares, debió ofrecerse a prepararle un producto especial impregnado de alcohol, cloro y sal, que le quemara hasta las cejas.

—Me alegro, espero...

—Se me han presentado algunas dudas —interrumpió Sofía a Tony—, sobre todo, con el tema financiero y contable.

Él aumentó la sonrisa.

—Eso tiene arreglo, te puedo recomendar...

—¿Has elaborado un plan de negocios?

Tony la observó con cierto desconcierto, pero a la vez, divertido por las

intervenciones súbitas de la chica, que demostraban su inquietud.

—Claro, preciosa, tengo...

—Entonces, puedes aclararme tú las dudas.

Los ojos claros del hombre brillaron por la expectativa.

—Cuenta con eso.

—¿Podemos reunirnos hoy mismo? —Ante la mirada incrédula de Tony, ella tuvo que agregar—. Espero no estés molesto por lo de ayer.

Un reflejo de desilusión pudo divisarse en las pupilas del hombre, que supo ocultar con una amplia sonrisa.

—Eso ya lo aclaramos.

—¡Perfecto! Entonces, ¿podemos ir a cenar?

El rostro de Tony se iluminó de satisfacción.

—No hay nada en el mundo que anhele más.

Sus palabras la estremecieron. Por un tiempo indeterminado sus miradas estuvieron entrelazadas, compartiendo emociones que ambos mantenían en secreto, hasta que la potente voz de Gerald resonó en la peluquería.

—¡Listo! ¿Nos vamos? —el hombre se levantó de la silla y apreció complacido su nuevo corte en el espejo. Le dio un beso en la mejilla de despedida a su cuñada y se dirigió a la puerta del establecimiento, colocándose de nuevo la gorra sobre la cabeza.

—¡Gerald! —lo reprendió Camila, pero él ya cruzaba el umbral en dirección a la calle, y se hacía el desentendido. A ella no le quedó otra opción que sonreír mientras limpiaba su lugar de trabajo.

Tony se acercó un paso a Sofía, tomó con delicadeza su mano y le besó los nudillos.

—Nos vemos en unas horas —prometió y le guiñó un ojo.

Ella no pudo responderle, las emociones se le atoraron en la garganta. Tony se alejó en dirección a la salida, siendo detenido por la rubia que se aferró al brazo del hombre apenas pasó por su lado.

—¿Pueden llevarnos a casa?

—Por supuesto —respondió él con ánimo, lo que perforó el orgullo de Sofía.

Los vio partir juntos, sonreían mientras conversaban. Seguidos por Jonás, que caminaba flanqueado por Ivanova y su otra amiga.

En medio de un gruñido silencioso se giró hacia la maleta de Camila, y observó sus compartimientos abiertos y abarrotados de objetos con desolación y rabia.

—Disfrútalo mientras puedas, idiota —masculló, al tiempo que terminaba de guardar los implementos utilizados.

—Estuvo estupendo el día, ¿no crees? —comentó Camila al ubicarse junto a ella para ayudarla en su labor.

—Me da igual, sabes perfectamente que no es una relación seria — exclamó con firmeza pero en voz baja, para que solo su hermana la escuchara.

Camila arqueó las cejas con desconcierto.

—Será una salida tipo profesional, solo para hablar de negocios, pero me encargaré de que olvide a la desabrida esa, ya lo verás —garantizó Sofía con rabia y lanzó dentro de la maleta el último objeto que quedaba afuera, antes de encaminarse con pasos largos hacia el baño.

Camila la observó impactada, y al mismo tiempo, preocupada.

—¿Y sigues diciendo que es pura diversión? —farfulló para sí misma y apretó la mandíbula con irritación mientras cerraba su maleta.

Sabía muy bien en qué terminaban esas relaciones casuales, y las heridas que ellas dejaban en los corazones de las víctimas.

Capítulo 13

Al llegar a la casa, Sofía se encargó de mejorar su imagen. Obligó a su hermana a dejar por un momento la atención de las actividades del hogar y de su hija, para ayudarla a secarse el cabello que minutos antes había lavado con dedicación, aplicándose un profundo baño de crema de hibisco fabricado por ella misma. Receta que había tomado del diario obsequiado por la madre de Tony.

Se realizó una delicada manicura y pedicura y una limpieza intensa a su rostro. Todo eso antes de pasar una hora en el baño maquillándose, para resaltar sus almendrados ojos negros, que según ella, eran su mayor atractivo.

Invadió la habitación de su sobrina para vestirse, frente a la mirada llena de curiosidad de la niña, que se prestó como su ayudante de cámara. Su ropa interior, diminuta y de color fresa, resaltaba sus atributos, así como su vestido color chocolate, de pronunciado escote y mangas a tres cuartos. Finalizó el atuendo con unas sandalias altas de cuero tejido color negro, al igual que la cartera.

—Estás hermosa —exclamó Tammi con admiración.

—Gracias, linda. Esa es la idea.

—De grande quiero ser como tú.

El corazón de Sofía se conmovió.

—Pero más exitosa y con muchos sueños por cumplir. Eso repítelo siempre.

—Tú eres super exitosa —La afirmación de la niña le humedeció los ojos. La joven respiró hondo para controlar las emociones, no quería dañar su apariencia con sentimentalismos.

—Falta poco para eso —aseveró mientras se evaluaba de pies a cabeza en el espejo.

—Cuando tenga novio, quiero que me miré como Tony te mira a ti.

Sofía se sobresaltó ante aquellas palabras. Se giró hacia la niña y le sonrió con ternura.

—Tony no es mi novio y solo me mira como a una buena amiga.

—Ronald dice que te come con la mirada y los amigos no se comen con la mirada. —Sofía se sintió molesta por la forma en que su cuñado se

expresaba delante de la chica.

Sin embargo, la idea de que Tony la observara con hambre la emocionó. De nuevo dio media vuelta hacia el espejo y se apreció con satisfacción.

—Soy como una fresa cubierta de chocolate, es inevitable que me deseen —masculló antes de salir en dirección a la cocina. Si ella misma no creía que podía ser capaz de atraer la atención de un hombre, entonces, nunca lo lograría.

Al pasar las puertas batientes quedó paralizada. Camila intentaba marinar pescado pero Ronald estaba tras ella. La tenía abrazada por la cintura y frotaba su cuerpo en el de la mujer. Le llenaba el cuello con sonoros besos que se mezclaban con sus propios gemidos, y las risas placenteras de Camila.

—¡Por amor a Dios, están en un sitio público! —reclamó y los fulminó con una mirada severa. Ronald levantó la cabeza pero no se alejó de su mujer.

—Pensé que estaba en la cocina de mi casa.

—Pudo haber sido Tammi quien los viera.

—No hacíamos nada malo —justificó él—. Además, me gusta que la niña vea que amo con locura a su madre —agregó y volvió a hundir el rostro en el cuello de Camila, que se mostraba más feliz de lo habitual.

Sofía suspiró con exagerado agobio y negó con la cabeza antes de dirigirse al refrigerador. Simulaba sentirse indignada, aunque en realidad, le agradaba que su hermana se mostrara feliz. No soportaba a Ronald y sus costumbres toscas, pero debía reconocer que era lo mejor que le había pasado a Camila. Sobre todo, después del fatal error que había cometido con el fanfarrón de Dylan Treviño.

—¿Y tú a dónde vas? —preguntó Ronald con acritud mientras ella tomaba una botella de agua mineral.

—Cenaré afuera.

—¿Con quién? —indagó el hombre con voz furiosa. Ella lo observó con el ceño fruncido, dispuesta a decirle que se metiera en sus asuntos.

Los sentimientos sobreprotectores de Ronald se extendían de Camila y Tamara hasta ella, pero Sofía no estaba acostumbrada a que alguien diferente a su padre la cuidara como si fuera una niña pequeña.

No obstante, Camila intervino antes de que se desatara una discusión entre ambos.

—Iré con Tony —expuso.

Las facciones de Ronald dejaron de mostrar desconfianza para revelarse

divertidas, se separó de Camila y tomó el refresco que estaba apoyado sobre la encimera, y que minutos antes había tomado del refrigerador.

—Cúdamelo bien, no le des mucho licor y vigila que duerma temprano. Mañana tenemos una reunión muy importante y no quiero que llegue en malas condiciones —ordenó mientras salía de la cocina.

Sofía lo observó exasperada.

—¿Qué me encargue de que duerma temprano? —pronunció. Le encolerizaban las suposiciones del hombre, sobre la posibilidad de que ella pasara la noche con Tony.

Aunque esa era su intención, afirmararlo delante de su hermana y de su cuñado no le parecía prudente.

—No te molestes por lo que él diga —pidió Camila, al tiempo que retomaba su labor con el pescado—. Ocúpate de estar hermosa y de... divertirme —se burló.

Sofía puso los ojos en blanco y salió de la estancia en dirección a la habitación de Tammi para terminar de arreglarse.

Nadie en la casa parecía creer que la relación con Tony era un asunto casual y sin compromiso. No se esforzaría por convencerlos de nada, bastaba con que ella y el propio Tony lo comprendieran.

Cuando él llegó, Sofía tuvo que esforzarse por aplacar a su agitado corazón. Tony apareció con un traje de vestir de pantalón y chaqueta azul oscuro, de corte moderno, y con una camisa celeste que le resaltaba el color de los ojos. No llevaba corbata. Se dejó abiertos los dos primeros botones de la camisa para mostrar parte de su pecho bronceado.

A Sofía le pareció tan llamativo y apetitoso que no pudo evitar observarlo maravillada. El cabello cobrizo y rizado lo tenía peinado hacia atrás. Así despejaba su rostro marcado por una barba recortada de tres días.

Las emociones que experimentó le cerraron los oídos a las constantes advertencias de Ronald, quien había salido para despedirlos y no dejaba de indicarles que no se alojaran un lunes por la noche, ya que necesitaba de un Tony con los instintos afilados a primera hora de la mañana.

—Sí, sí, sí —repitió ella con fastidio mientras salía de la casa con su cartera en la mano. Tony sonrió satisfecho al mirar el orgulloso contonear de caderas de la chica.

Antes de seguirla le palmeó un hombro a su primo.

—No me culpes si mañana amanezco inservible —señaló y se marchó sonriente sin darle importancia a la mirada llena de advertencias de Ronald.

Subieron a la Ford Explorer del hombre e iniciaron su aventura.

—De haber sabido que estarías tan hermosa me habría puesto corbata.

—Estás perfecto. —«Aunque me gustas más sin ropa», quiso agregar, pero conservó la cordura.

—Claro, bella. A tu lado mejoro considerablemente.

—No digas tonterías —se quejó ella y dirigió su rostro sonrojado hacia la vía.

—No son tonterías, eres como una buena idea. —Ella lo miró ceñuda—. Desde que entraste en mi cabeza transformaste por completo a mi organismo, que no para de adaptarse a tus reclamos. Lo inspiras, lo motivas a actuar y a no rendirse hasta alcanzarte. Lo invades por completo y te adueñas de él, sin importarte si existió un propósito anterior.

Aquellas palabras, además de emocionarla, la aterraron en la misma proporción. ¿Acaso eran una declaración de... algo? ¡¿Qué maldito propósito hubo antes que ella?!

—Por favor —exclamó— ¿Cómo puedes decir que yo, Sofía Martínez, soy como una buena idea? Quizás sería un mal pensamiento —alegó algo nerviosa. No tenía intención de opacarse, solo deseaba ser coqueta.

Tony quedó pensativo por un instante, antes de responderle.

—Eso también. —La chica se sofocó por la afirmación. ¿Ahora él expondría sus defectos?—. Los malos pensamientos son exquisitos, no nos engañemos. Son capaces de romper nuestros principios sin mostrar arrepentimiento, y aunque sabemos que son prohibidos nunca dejaremos de tenerlos, así sea solo en la intimidad.

Tony apartó por un momento su atención de la carretera para hundirse en la profundidad de la mirada conmovida y confusa de la mujer.

—Yo al menos, no pienso alejarme de mis malos pensamientos —confesó y dibujó en su rostro una sonrisa traviesa, que estuvo a punto de fracturar el buen juicio de Sofía.

Ella tragó grueso. Esa noche quería impactarlo para ganarle una mano a la peliteñida amiga de Ivanova, pero la intención ponía a prueba sus facultades. Si continuaba por ese camino terminaría con el corazón conquistado y eso sería contraproducente para sus planes.

Durante el camino procuró llevar la conversación a temas que para ella eran triviales, como el estado del tiempo o las medidas económicas imperantes en el país, hasta que llegaron a Little Havana y entraron en la famosa Calle Ocho.

Atravesaron cientos de negocios, restaurantes, galerías, teatros y centros nocturnos, respirando un aire diferente al hallado en el resto de la ciudad. Allí los sonidos latinos, el español, la buena vibra y la cordialidad se concentraban, y hacían la estancia agradable.

Tony introdujo el auto en el estacionamiento de un centro comercial, y se detuvo frente a la puerta de un establecimiento ubicado en la parte trasera del aparcamiento. La fachada era tan discreta que Sofía en ningún momento imaginó que ese era su destino, solo al ver que él la dirigía al interior del recinto lo comprendió, aunque se mantuvo en silencio mientras ingresaban.

Adentro, Sofía quedó boquiabierta. Tony no la había llevado a algún restaurante pomposo como los que solía frecuentar con su exnovio Kevin. El hombre la sumergió en una amplia bodega de vinos decorada con un estilo sencillo pero muy atractivo, en cuyo centro estaban distribuidas algunas mesas vestidas con lujosos manteles.

A su alrededor se presentaba una exclusiva exposición de licores nacionales y extranjeros. Ella pudo notar que las personas que se paseaban por los estantes, y estudiaban las variedades de las bebidas, disfrutaban incluso del privilegio de una degustación.

—Este lugar es increíble —comentó Sofía mientras ocupaba una mesa.

—Los fines de semana suele estar más animado, hay música en vivo y hasta se puede bailar.

La joven alzó las cejas, demostrándole a Tony que había logrado su cometido de impresionarla.

Fueron atendidos con amabilidad por un hombre, que minutos después Sofía se enteró que se trataba del dueño del negocio. Tony le relató que el sujeto, antes de abrir su empresa, había trabajado por años en una importante distribuidora de vinos y licores, y aprendió de la mano de reconocidos chef el arte del vino.

—Tiene una certificación como *sommelier* profesional —comentó Tony.

—¿*Sommelier*?

—Una persona especializada en la adquisición de buenos vinos, que conoce la mejor forma para almacenarlos y cómo servirlos para su consumición. Desarrolla un menú especial para cada botella, tomando en cuenta los ingredientes de fabricación, grados de alcohol y tiempo de añejo.

—Vaya, es todo un experto.

—Claro, ¿dónde pensabas que te había metido?

—En... una bodega de vinos —señaló ella con obviedad.

—Sí, pero no en *cualquier* bodega de vinos, sino en la *mejor* bodega de vinos —alegó él, haciendo ahínco en los calificativos—, donde además de variedad obtendrás exactamente lo que te conviene gracias a la asesoría de un especialista.

Sofía lo observó con incredulidad.

—¿Te gusta ser especial con cada una de tus opciones? —expresó, sin poder evitar ser atormentada por una punzada de celos al recordar que la peliteñida amiga de Ivanova, el día anterior había disfrutado de una noche «genial» con él.

—¿Mis opciones? —indagó Tony desconcertado.

—Sí, escuché en la peluquería que te habías ido de copas con una de las amiguitas de la futura novia de Jonás. Ella se expresó tan encantada que supongo fue algo tan exclusivo como esto.

Al principio el hombre se mostró sorprendido, pero casi enseguida en su rostro se dibujó una amplia sonrisa de satisfacción. Se inclinó sobre la mesa y apoyó los brazos en ella, para acercar su mirada penetrante a la mujer.

—No te lo niego, soy un hombre con muchas opciones, pero invierto toda mi atención solo en mi mejor posibilidad. Lo de anoche fue un encuentro casual en un bar común. Esta cita, en cambio, la planifiqué con mucha rigurosidad.

Sofía quedó muda por aquella declaración. El corazón le palpitó con fuerza en el pecho.

Intentó expresar algo, quizá un comentario gracioso que evitara que siguiera mostrándose contrariada, pero le fue imposible intervenir.

Ese hombre siempre la dejaba sin palabras. Algo que le sucedía en raras ocasiones.

Capítulo 14

Gracias a la aparición del dueño del negocio, que llegó sosteniendo una botella y dos copas anchas, Sofía pudo sortear la incómoda escena. El hombre iba acompañado por un muchacho que llevaba dos platos con carnes, puré y vegetales.

Mientras llenaba las copas, la chica dio una ojeada a la botella. Conocía muy poco de licores, pero con Kevin y sus costumbres ostentosas, aprendió a reconocer algunas buenas bebidas de alto valor monetario. En este caso se trataba de un distinguido vino francés.

—Tuve que esforzarme para encontrarlo, pero aquí tienes lo que me habías pedido —le informó el dueño a Tony, quien sonrió con satisfacción.

—Eres el mejor, siempre lo he dicho —respondió él con agradecimiento y le dio una palmada al sujeto en un hombro.

Después de servir el vino, el dueño se despidió con una venia para luego ocuparse de recorrer las mesas. Se aseguraba de que sus clientes tuvieran lo que necesitaban.

—Vaya, esto es... excepcional —alabó Sofía, e imitó a Tony al levantar su copa para chocarla con suavidad contra la de él en un brindis.

—La ocasión lo amerita —contestó con un guiño de ojos, antes de dar una probada a la exquisita bebida y emitir un gemido de placer como aprobación.

Sofía lo observó con atención mientras se degustaba con la bebida y probaba la cena. Le encantaba que Tony tuviera detalles especiales con ella, aunque le costaba comprender sus motivos. Con Kevin nunca tuvo ese problema, porque ese tipo de gustos suntuosos eran un hábito común en él. No lo hacía por impresionarla, sino para no perder las costumbres que identificaban a su familia. Tony en cambio, ¿lo hacía esperando algo de ella, o aquello era parte de su rutina?

—Veo que tienes una buena relación con el dueño.

—Es uno de mis clientes —comentó él mientras comía.

—¿Un cliente? O te ama, o te debe mucho dinero. Lo digo por el esfuerzo que hizo para encontrarte un vino tan exclusivo.

Tony mostró una sonrisa traviesa, que provocó una erupción de

emociones en el vientre de Sofía.

—Lo ayudé a realizar una ampliación de sus bodegas en Coconut Grove, un trabajo de calidad que le salió mucho más económico de lo estipulado. Cuando a un cliente le haces las cosas bien y le cobras barato, es capaz de bajarte el cielo si se lo pides.

Ella tomó un sorbo del vino con sensualidad, sin apartar su mirada seductora de Tony. Él hizo lo mismo. Ambos se esforzaban por conquistar la atención del otro.

—¿Siempre haces lo mismo con los clientes? Un buen trabajo a precios económicos —indagó ella con curiosidad. Tony apuró el bocado que tenía en la boca para responderle.

—Procuro hacerlo de vez en cuando, aunque hay ocasiones en que las condiciones no me lo permiten. Eso me ha ayudado a ganarme la confianza y fidelidad de mis clientes, quienes no solo me buscan para ayudarlos con sus proyectos, sino que además no dudan en recomendarme.

La joven agudizó la mirada, lo que él explicaba le resultaba interesante. Tony se percató de su reacción, así que decidió revelarle una de sus estrategias.

—No puedes comenzar tu negocio sin un cliente, él es tu mejor respaldo. Todo el trabajo que harás para instalar tú empresa luego se triplicará cuando te toque buscar interesados que te ayuden a expandirte. Por eso es necesario contar con una experiencia previa. A los clientes les gusta contratar a gente que tenga conocimientos y prácticas comprobadas en el oficio que requieren, y sean generosos.

Aquello desanimó a Sofía, actitud que a Tony no le agradó.

—Pero no te aflijas —le suplicó con dulzura. Con una de sus manos abrigó la que Sofía tenía sobre la mesa—. Aún tienes tiempo para hacer clientes y para desarrollar tu identidad corporativa. Esa será tu mejor carta de presentación.

—Es que en ocasiones suelo ser... ansiosa. —Él le dedicó una mirada sugestiva que volvió a agitar el organismo de la chica.

—Eso lo sé. —Con delicadeza, Tony comenzó a acariciarle la palma con su pulgar. El dedo hacía pequeños círculos que provocaron en Sofía un cosquilleo. Sensación que rápidamente se extendió por sus venas como si fuera una descarga eléctrica, y le recorrió el cuerpo hasta hacerle palpitar el sexo.

La chica suspiró y procuró controlar el oleaje de deseo que se desató en

su interior. A su pesar tuvo que alejarse de la cálida caricia masculina. Se encontraba en un lugar público, y aquel gesto íntimo amenazaba con despertar un tipo de ansiedad que ella muy poco sabía manejar.

—¿Y por qué no te has independizado? —consultó de manera repentina para retomar alguna conversación trivial que la ayudara a enfocarse. Tony ocultó una sonrisa triunfal al darle un trago al vino, luego reinició su cena. Percibía que lograba agitar las emociones de la joven. Eso lo ayudaría a conquistarla.

—¿Independizarme?

—Sí, eres arquitecto, puedes montar tu propia empresa consultora.

—Ya soy independiente. —Ella lanzó una ojeada ceñuda hacia él.

—Tengo entendido que trabajas en sociedad con Ronald y con Gerald. Entonces, no eres independiente.

—¿Por qué no? Tengo mi propia empresa.

—Pero no es solo tuya, sino compartida.

—Ese no es ningún problema. No tengo que rendirle cuentas a ningún desconocido, solo a mi familia.

—Independencia es no rendirle cuentas a nadie, ni siquiera a la familia —aseveró Sofía antes de darle un bocado a la carne.

—Para mí, independencia es poder hacer tu trabajo sin presiones ni imposiciones, tener peso en las decisiones y posibilidad de iniciativa. En la constructora puedo explotar mi creatividad sin impedimentos, contando con el apoyo constante de mi familia. No me puedo quejar.

—Eso lo puedes hacer en cualquier otra empresa.

—Quizá, pero allí me siento más libre y cómodo y eso ayuda a que el trabajo sea eficaz, ¿no crees?

Ella asintió, aunque no muy convencida de esa explicación.

—¿Has oído hablar del vuelo de los gansos? —Sofía arrugó el ceño por la intervención—. Es una reflexión que una vez leí en un libro de autoayuda, pero que puede servir para que me comprendas.

—¿Autoayuda? ¿Lees autoayuda? —inquirió la chica incrédula.

—Leo de todo, bella. Me encanta la lectura —expresó él antes de vaciar su copa de vino de un trago y volver a llenarla, aumentando incluso la cantidad en la de ella. Sofía lo observó con atención.

—Eres arquitecto, inteligente, muy atractivo y lees —ilustró la mujer con encanto, y utilizó los dedos de una mano para enumerar los atributos—. Toda una caja de sorpresas.

—¿Te parezco atractivo? —preguntó él con una sonrisa amplia impregnada de satisfacción.

—Tampoco es para que alardees —se quejó ella antes de que Tony la inquietara con aquel comentario hecho con ligereza, pero él no pudo disimular lo mucho que lo complacían sus cumplidos.

—Está bien, pasaré por alto ese detalle —alegó. Lo divertía el semblante tenso de la joven, pero no quería terminar la velada antes de lo previsto—. Mejor retomemos el tema de los gansos.

Sofía respiró con alivio. Si no quería demostrarle lo mucho que él podía afectarla, no debía hacer más observaciones como esas.

—¿No sé si sabías que los gansos cuando viajan durante el invierno, lo hacen volando en forma de V?

—He oído algo.

—¿Y sabes por qué vuelan de esa manera? —agregó antes de tomar un poco de vino.

—No.

—Pues porque cada ave, con el batir de sus alas, produce una corriente de aire que le facilita el vuelo al que está detrás. Así el largo viaje es menos esforzado. Cuando el que lidera la fila se cansa, deja que alguno tome su lugar, lo que le permite descansar mientras se beneficia del vuelo de otro. De esa manera la bandada no se atrasa.

—¿Me estás tomando el pelo? —inquirió ella con expresión confusa.

—No. Ese es el comportamiento típico de esos animales, que ha sido estudiado por expertos. Yo solo repito lo que leí.

Sofía analizó por un instante aquella historia mientras probaba el puré.

—El asunto es —continuó él y dejó la copa sobre la mesa—, que mi familia es como una especie de bandada de gansos. Cuando mis padres y tíos salieron de México y se aventuraron a tener una vida nueva en este país, se mantuvieron unidos. Fue así como salieron adelante y superaron las adversidades. Nosotros hemos hecho lo mismo, un poco por costumbre, imitando lo que aprendimos de ellos. Gracias a eso hemos logrado surgir, de lo contrario no sé dónde estaría yo en este momento.

—¿De qué hablas? —indagó ella al notar que el rostro de Tony se endurecía.

—No he tenido una vida fácil, preciosa. Mis padres llegaron a este país sin nada y mientras se establecían nos tuvieron a mi hermana y a mí. Al principio vivíamos llenos de carencias y más aún cuando mi padre murió.

Dejé los estudios para trabajar, algo que me deprimió, luego falleció la madre de Ronald y Gerald, y poco tiempo después lo hizo su padre por la tristeza. Finalmente mi madre enfermó y apareció mi hermana embarazada de un idiota que no tuvo el valor de dar la cara... —Él detuvo un instante la narración para recuperar el aliento, dejando la mirada extraviada y furiosa sobre los restos de la cena—. Yo solo no habría podido salir adelante con toda esa responsabilidad. Necesité de la corriente de aire producida por el vuelo de mis primos para continuar, y ellos de la mía.

Sofía se conmovió por lo que Tony le contaba. Recordó lo que le había comentado su hermana, lo mucho que a él le había afectado la muerte de su padre y los conflictos emocionales que eso le ocasionó. Poco a poco comprendía su situación, pero la curiosidad la atenazaba.

—¿Por eso el tatuaje que tienes en el hombro? —Tony la observó confuso un instante, luego asintió con lentitud—. ¿Y por qué un felino?

—Es un jaguar, el felino más grande y feroz del continente americano. Es fiero, independiente y astuto, y muy territorial. Para los indígenas de Centroamérica y Sudamérica es un poderoso símbolo de valor y coraje, tanto en la cacería como en la batalla, y yo considero que he estado toda mi vida en medio de una batalla.

—¿Cuándo te lo hiciste? —preguntó ella intimidada por la mirada penetrante del hombre, que comenzó a desprender desafío a medida que recordaba sus tormentos del pasado.

—A los dieciséis. Un año después de la muerte de mi padre —confesó y tomó la última patata que quedaba en su plato—. Mi madre casi me arranca la piel cuando lo descubrió —agregó y retomó la sonrisa antes de comer el aperitivo.

—¿No es ilegal tatuar a menores de edad?

—Sí, pero en esa época yo era tan alto que aparentaba dieciocho, además, el sujeto que me lo hizo no le importaba lo que la ley hiciera con él.

—¿Tenías amistades poco recomendables? —averiguó ella con las cejas arqueadas.

—Ya te dije, preciosa, mi vida ha sido siempre una batalla —comentó y se recostó en el respaldo de la silla asumiendo una pose relajada, como si fuera un felino que después de haber cazado y darse un banquete, se echaba bajo la sombra de un árbol a relamerse las patas.

Sofía experimentó un ramalazo de ternura al verlo asumir esa actitud, apoyó los codos en la mesa y descansó su barbilla en una de sus manos. Con

la otra tomó un mechón de su cabello y comenzó a girarlo alrededor de su dedo índice.

—¿El padre de Beto nunca quiso saber de él? —preguntó intrigada, quería saberlo todo de él. Apreció como la postura de Tony cambiaba de relajada a arrogante. Era evidente que el tema de su sobrino lo irritaba.

—Negó la paternidad el tiempo en que mi hermana estuvo embarazada. Meses después del nacimiento, quiso reclamar sus derechos.

—¿Daisy no se lo permitió?

—¿Para qué? El niño no necesita de un padre cobarde —expuso con el ceño fruncido—. Además, sucedió como lo habíamos supuesto, el hombre se interesó por Beto durante un tiempo corto, luego se olvidó de él. Lo visita solo para su cumpleaños o Navidad.

Nuevamente Sofía recordó una de las tantas conversaciones que había tenido con su hermana, en la que ella le aseguraba que todo niño necesitaba de una figura paterna para sentirse seguro. Rememoró la forma en que Tony había tratado a su sobrino cuando ella visitó la casa de Trina, el cariño y la atención que le dispensó. Él asumía el rol masculino que el chico necesitaba, por eso no se había alejado mucho de ellos. Vivía por su cuenta en un piso independiente, pero cercano a su familia.

Comenzó a mirarlo con ojos diferentes, ahora le era fácil notar en él atributos que no se centraban solo en su perfecta anatomía, o en la forma en que la tocaba o besaba.

—Pero dejemos de hablar de mí —pidió Tony en medio de un suspiro y se incorporó en la silla para apoyar los brazos en la mesa y quedar más cerca de ella—. Cuéntame de tu familia.

—¿De mi familia? —respondió Sofía con el corazón palpitándole con fuerza en el pecho. Su tensión aumentaba a medida que él se aproximaba.

—Sí, de tus padres, porque de tu hermana y sobrina sé mucho, pero de tus padres muy poco.

—No hay mucho qué contar —expuso ella y se frotó la nuca con inquietud—. Papá y mamá se conocieron mientras terminaban el instituto y se casaron antes de entrar a la universidad porque papá había obtenido una beca para estudiar administración en la capital de Venezuela. Mamá decidió dejar de lado sus proyectos y seguirlo, pero Camila llegó a sus vidas y cambió los planes de ambos.

—¿Tu padre no continuó los estudios?

—Hizo algunos cursos, pero no una carrera profesional. No tenía tiempo.

Entre una hija y dos trabajos no se daba abasto, luego vino otra hija que aumentó la carga y la situación en el país se complicó mucho. Él decidió seguir las recomendaciones de unos amigos y se aventuró a probar suerte en Estados Unidos. Vivimos un tiempo aquí en Miami, luego nos fuimos a Jacksonville, donde él pudo fundar una pequeña empresa con ayuda de un amigo.

—¿Y tu madre? Dijiste que tenía proyectos que decidió dejar de lado para seguir a tu padre. ¿No los retomó aquí?

—No como los había proyectado —respondió ella mientras se limpiaba la comisura de los labios con una servilleta de tela—. Su intención era ser estilista profesional, siempre le ha gustado la cosmética y la moda, pero como tampoco tuvo mucho tiempo para estudiar, solo logró hacer uno que otro curso y trabajar por su cuenta.

—Camila una vez nos comentó que a sus padres les va bien en Jacksonville. Han hecho algo de dinero y viven de manera holgada.

—Sí, no son millonarios, pero están tranquilos y seguros.

—¿Ellos no pueden prestarte el dinero que te falta para tu negocio?

—¡No! —señaló Sofía de forma categórica. Tony alzó las cejas con curiosidad. Ante la reacción del hombre, ella sintió necesidad de explicarse—. Una de las personas a las que más he admirado en esta vida es a mi padre. A pesar de que las cosas no salieron como él las había planificado superó todos los contratiempos y luchó sin descanso hasta alcanzar su sueño: instalar su propia empresa y vivir de ella. Mi empeño por ser una mujer emprendedora se debe mayormente a mi interés por imitarlo.

Sofía se recostó en el respaldo de la silla y enderezó los hombros.

—Pedirle un préstamo sería muy fácil, la parte de: «luchar por lo que deseo» me la saltaría. Además, para mi empresa necesito una cantidad muy alta de dinero, si mi padre me la concede lo podría dejar en un apuro económico, y eso no pienso hacerlo —concluyó con determinación.

—Sé que lo lograrás. Estoy seguro de que obtendrás un éxito mayor al que te propones —comentó Tony y le dedicó a la chica una sonrisa llena de admiración que la sonrojó—. Así que tu madre quería ser estilista profesional. ¿Fue gracias a eso que Camila se volvió peluquera y tú una experta en productos para el cuidado del cabello?

Ella suspiró.

—Yo hago lo que hago solo por gusto, porque me agrada tener mi cabello sano, no porque desee dedicarme a ello. Y con respecto a Camila, ella

tenía un sueño similar al de mi madre, pero se dejó dominar por las hormonas y eso la obligó a dejar de lado su proyecto —agregó con desazón.

—¿Qué dices, bella? Camila es una mujer joven, aún puede hacer realidad su sueño.

Sofía volvió a suspirar, esta vez con decaimiento, y bajó la mirada.

—¿Qué pasa? —indagó él y tomó una mano de la chica para acariciarle el dorso con el pulgar.

—La amarga experiencia que tuvo Camila le borró por completo los sueños y las aspiraciones. Ahora vive solo para sacar adelante a su hija, olvidar el pasado y aliviar las profundas heridas que tiene marcadas en el alma.

Ella no necesitó explicarle a Tony lo que su hermana había tenido que enfrentar el tiempo que estuvo casada con Dylan Treviño, el padre de Tamara, ya que él conocía muy bien esa historia. Por eso el hombre endureció las facciones y se esforzó por controlar el ramalazo de ira que le azotó el pecho, antes de continuar con la conversación.

—En ocasiones la vida golpea con fuerza, pero Camila aún está de pie y no está sola. Rendirse no debería ser una opción para ella, mucho menos teniendo una hija tan hermosa e inteligente como Tamara. —Sofía dirigió sus ojos conmovidos hacia él, recibiendo una sonrisa tan dulce que le resultó como un bálsamo que aliviaba sus penas—. Creo que lo que necesita Camila es una fuerte corriente de aire que la ayude a emprender el vuelo, ¿no crees? —completó y le guiñó un ojo.

Ella sintió una extraña sensación en el cuerpo mientras aquellas últimas palabras entraban en su cerebro y ponían en funcionamiento sus neuronas. ¿Acaso ella podría ayudar a que revivieran los sueños de su hermana?

Recordó la alegría desbordante de Camila al ver que el día de trabajo en la peluquería había rendido más frutos de lo esperado, que los compromisos para la semana le aumentaron, a medida que crecía la lista de pedidos de los productos para el cabello que Sofía había ofrecido. Si no hubiera sido por esa jornada, las desesperanzas de su hermana seguirían fracturando su felicidad.

Tony percibió, a través del brillo que irradiaban las pupilas femeninas, el cambio que se estaba gestando en el interior de Sofía. Le encantó verla tan animada.

Enseguida se incorporó para llamar al joven camarero y pedir la cuenta.

Mientras él se ocupaba en cancelar la consumición, la cabeza de Sofía no dejaba de producir ideas. Salió de la bodega de vinos con una gran sonrisa en

los labios, y con la cálida mano de Tony envolviendo una de las suyas.

Debía estirar sus alas para lograr un vuelo efectivo, que favoreciera a los seres queridos que se hallaban a su alrededor.

Capítulo 15

Después de llevarla a cenar acompañados por una exclusiva botella de vino en el negocio de uno de sus mejores clientes, Tony la sacó de la Calle Ocho en dirección a South Beach, una de las playas más famosas y visitadas de Miami. En el camino, Sofía le había comentado sobre el plan de negocios que desarrollaba y le consultó algunas dudas.

Llegaron a la animada Ocean Drive y anduvieron por sus amplias vías sin prisa, hasta que se toparon con uno de los lugares favoritos de Tony: el barrio Art Deco, una zona que según él, lo había animado a estudiar arquitectura.

—Me encanta la manera como el estilo moderno de las edificaciones de este distrito se debaten con el estilo mediterráneo que posee el resto del área —comentó mientras caminaban tomados de las manos por entre el gentío que atiborraba el lugar. Aquella era una de las áreas más turísticas de Miami, donde reinaban los topless, los bíceps y los peinados ultramodernos, así como la gente bronceada y alegre.

—Fíjate en las formas de los edificios —continuó él y señaló las construcciones erguidas a un costado de la vía por la que avanzaban, llenos de ornamentos, ventanas ortogonales, porches con arcos y fachadas pintadas en tonos pasteles resaltadas con neones—. Son un espectáculo —acentuó con admiración.

Sofía sonrió mientras detallaba las edificaciones. Ese estilo había sido uno de los que más había llamado su atención en su época de estudiante, por su frescura y brillo.

—¿Y por qué dices que esta zona te motivó a estudiar arquitectura?

Tony soltó la mano de la chica para rodearle con firmeza la cintura y aferrarla a su lado.

—Por varios meses, durante mi juventud, Jonás y yo trabajamos como camareros en algunos restaurantes de esta calle, con la esperanza de hacer dinero rápido. Solía pasar casi a diario por este lugar. El llamativo contraste del estilo moderno y luminoso de los edificios con el ambiente natural de la playa, me fascinó. Era como un choque entre dos colosos, pero en vez de un desastre visual lo que se logró fue que se trasmitiese a la zona una alegría

vibrante, que la diferencia del resto de la ciudad.

Ella desvió la mirada hacia él, para admirar su semblante de facciones duras y mirada inteligente. Tony apartó su atención de los edificios y posó sus ojos celestes en ella, deteniéndose en medio de la vía.

—Me gusta ese tipo de contraste, y combinar estilos dispares para crear ambientes novedosos y llenos de vitalidad. Por eso me interesé en la arquitectura.

—Me parece que acertaste —indicó ella.

Sofía cerró los ojos por un instante y suspiró de placer al sentir que él posaba un beso en su frente.

—Yo también lo creo.

—Pero dime algo —inquirió la chica con curiosidad— ¿Trabajaste aquí? ¿En South Beach? ¿Y con Jonás? ¿Entre un montón de chicas exuberantes y en bikini? —Sofía no podía evitar reflejar una divertida sorpresa en su rostro. Jonás no era un hombre que se supiera comportar delante de mujeres hermosas y bien dotadas, mucho menos, si estas vestían poca ropa.

Trabajar con él en esas condiciones sería casi un imposible.

Tony sonrió como lo hacían los chicos que eran pillados con las manos en la masa, con una mezcla de gracia y angustia, y se rascó la cabeza mientras recordaba esa época de «trabajo duro» junto a su amigo, en una de las áreas más glamurosas y activas de la ciudad.

—Aquí se trabaja bien, preciosa, y gané suficiente dinero.

—¿Y vinieron aquí solo por trabajo?

—¡Claro! ¿Para qué otra cosa vendríamos?

—Uhhh. —Ella lo observó con ojos entornados—. Me dijiste que eras un hombre con muchas opciones, y estoy segura de que las iniciaste en este lugar.

Él le rodeó la cintura con los brazos y la aferró a sí, hasta que el rostro de la chica quedó muy cerca del suyo. La absorbía con la fuerza de su mirada.

—Pero dedicado por completo a mi mejor posibilidad, eso recuérdalo —murmuró a escasos centímetros de los labios de Sofía, y antes de humedecerlos con besos suaves—. ¿Estás celosa, preciosa? —preguntó socarrón.

La chica puso los ojos en blanco e intentó apartarse, pero Tony la retuvo.

—¿A dónde vas?

—A casa de mi hermana —gruñó con fingida indignación.

—Ni sueñes con que esta noche dormirás en casa de Camila.

Ella lo observó con el fulgor de la expectativa brillando en sus pupilas.

—¿Y adónde me llevarás?

—A donde nadie pueda encontrarte —decidió él y se apoderó con lujuria de su boca.

Con esfuerzo, Tony se controló al recordar que estaban en una vía pública. Se dirigieron con rapidez al auto y se marcharon en dirección a su departamento, para terminar con broche de oro lo que para él había sido una noche perfecta.

Entraron al piso ocupados en besarse con arrebató. Cuando la puerta se cerró, la ropa comenzó a caer desperdigada por los alrededores. En medio de risas y gemidos llegaron a la cama, donde pudieron dar rienda suelta a sus anhelos con libertad y ardor.

Tony disfrutó a plenitud del cuerpo cálido y sedoso de la chica, devoró con hambre cada trozo de piel, haciéndole estremecer hasta el más recóndito cúmulo de nervios. Sobre su cama, con la luz de la luna entrando por la ventana y bañándolos con su aura, la poseyó una y otra vez, animado por los clamores de placer que ella emitía, por las súplicas y exigencias que expresaba entre sollozos, y por el sonido de su nombre pronunciado a través de una aterciopelada voz satisfecha.

Nunca en su vida se había deleitado tanto al compartir su intimidad. Al final cayó exhausto sobre el acolchado, pero enseguida cubrió con sus brazos el cuerpo sudoroso de la mujer que le alteraba cada uno de los sentidos.

Sofía abrió los ojos después de dormitar varios minutos. Todo le dolía, incluso el pecho, por las potentes palpitations que su corazón había experimentado esa noche; pero aquel dolor era exquisito y la hacía sentirse feliz y complacida.

Miró los rasgos relajados del hombre que dormía junto a ella: su rostro de piel bronceada y salpicada por algunas pecas, con una suave y recortada barba, unos labios finos y sonrosados, nariz recta y párpados cerrados terminados en unas largas pestañas, que ocultaban la hermosura de unos ojos de un azul tan infinito como el cielo y tan seductores como las aguas de un mar sereno.

El cabello ahora lo tenía revuelto, con los familiares mechones rizados cubriéndole la amplia frente y las orejas. A Sofía le encantaba así, al natural. Siempre se interesó por hombres de apariencia bien cuidada y pulcra, pero a Tony lo prefería sin aderezos ni adornos, tal como era, mostrando sin obstáculos su perfección.

No pudo evitar alzar una mano para acariciarle con delicadeza la mejilla y parte de la mandíbula, ansiosa porque sus labios acompañaran el recorrido de sus dedos. Pero no quería despertarlo, él necesitaba descansar para enfrentar a la mañana siguiente un intenso día laboral. Sin embargo, al ver como el velo de sus párpados se abría y mostraba la magnificencia de sus ojos, su cuerpo entero se estremeció de placer.

—Pensé que dormías —susurró ella.

—¿Y dejar de disfrutar del sonido de tu respiración? Eso ni lo sueñas.

Sofía sonrió y se acercó para depositar un beso en sus labios. Tony la atrajo más hacia sí, dejándola tan cerca que podía sentir el aliento de la chica en su rostro.

—Me encanta estar contigo —confesó Sofía, maravillada por las miles de sensaciones que él despertaba en su piel.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Las palabras del hombre entraron de forma lenta en su subconsciente. A medida que las asimilaba, se activaban sus alarmas.

¿Quedarse con él? ¿A cambio de qué? ¿De más responsabilidades que le impidieran seguir adelante? ¿Con la posibilidad de modificar sus sueños para poder caminar a su lado?

La joven desvió sus angustiados ojos al pecho de Tony. Sus miedos comenzaron a invadirla. Rozó con una mano el suave vello que le cubría la piel, pretendía impedir que él se percatara de su inquietud. Pero ignoraba que sus emociones eran tan evidentes como las luces de neón de los edificios del distrito Art Déco en South Beach.

—No te he propuesto matrimonio —pronunció Tony con reproche. Sofía, con el rostro sonrojado por la vergüenza, volvió a alzar la mirada hacia sus ojos claros—. ¿A qué le temes?

—A ti. —Él arrugó el ceño—. O mejor dicho, a lo que provocas en mí.

—¿No te gusta?

—Me encanta —reveló ella con sinceridad, a pesar de que aquello le retorció el estómago por los nervios—, pero sé que eso terminará enloqueciéndome y me alejará de mis metas.

—No siempre suceden así las cosas —susurró Tony y comenzó a acariciar el costado de la chica y su espalda, con una suavidad tan marcada que a la mujer se le erizó toda la piel.

Sofía cerró los ojos y suspiró con placer.

—A esto me refiero —habló antes de abrir los párpados y afincar en él

su mirada llena de anhelo y temores—. Tu tacto y tu voz me atrapan de manera irremediable, me hacen olvidar todo a mí alrededor. Lo único que deseo en estos momentos es que no pares.

Tony sonrió con satisfacción y se aproximó para darle un profundo beso. —¿Y crees que para mí es fácil? —murmuró sobre sus labios—. Cada día se me hace más difícil dejar de tocarte o besarte —alegó. Su mano subió por la espalda de la chica hasta la nuca, y se hundió entre los sedosos y largos cabellos, para finalmente retenerle la cabeza y besarla con mayor ahínco—. El deseo por ti me consume, y no solo cuando estas cerca, sino a cada segundo de mi vida, incluso cuando duermo.

El cuerpo de Sofía experimentó un cosquilleo general que le desbordó las emociones. Con manos inquietas le acarició el pecho y los hombros, aferrándose luego a su cuello, mientras Tony se devoraba su boca con ansiedad.

—Danos una oportunidad —imploró él, al tiempo que subía sobre la chica y se ubicaba entre sus piernas. La poseyó con firmeza, experimentando un fuerte estremecimiento—. Te juro que no te arrepentirás —gimió.

Tony se apoyó en sus brazos para levantar el torso y presionar en el punto de unión. Así pudo penetrarla más hondo. Sus ojos, ahora de un azul más vivo, se hallaban tan cerca de ella y la miraban con tal intensidad que parecían enormes. El único punto focal que ella tenía.

—Quiero verte volar, Sofía, y quiero hacerlo contigo —jadeó entre acometidas, que arrancaron sonoros gemidos en la joven—. Vuela conmigo, amor. Déjame acompañarte.

El torbellino de intensas sensaciones que experimentaba empujaron a su cerebro a gritar «sí», «sí», «sí», con fuerza. Afirmaciones que lograban escapar de sus labios de manera entrecortada.

El deleite que le producía el acto la arrancó de la realidad, y la hizo volar alto, muy alto en el cielo.

Al quedar saciados, la calma los rodeó, y les concedió un largo instante de paz donde ambos pudieron disfrutar del exquisito sabor de la presencia del otro.

Para la joven esa noche había sido una de las más dichosas de su vida, pero como todo lo bueno, duraba muy poco. Sin darse cuenta el sol comenzó a despuntar en el horizonte, con una potencia renovada.

Capítulo 16

Un sonido insistente y lejano la obligó a abrir los ojos, y cuando lo hizo, se reveló ante sí el lugar donde se hallaba: entre los tibios brazos del hombre más fascinante de la tierra.

Se quedó inmóvil mientras él despertaba y se estiraba como un gatito perezoso sobre la cama. Al verla, Tony mostró tal gozo, que a ella le fue inevitable contagiarse con esa alegría.

—¡Este es el mejor día de mi vida! —exclamó él, antes de darle un beso firme en los labios y apresurarse a levantarse para buscar el aparato que producía el irritante sonido.

Sofía se giró para observarlo caminar desnudo al centro de la estancia, en busca de la chaqueta que había llevado puesta la noche anterior, y que había quedado tirada en el suelo junto al escritorio de trabajo. Del interior de la prenda sacó un teléfono móvil, que dejó de sonar en el momento en que él logró tenerlo en su mano.

—Maldita sea, tengo quince llamadas perdidas de Ronald.

La chica amplió las órbitas de sus ojos al escuchar aquellas palabras.

—¿Qué hora es?! —consultó alterada y se puso de pie.

—No sé, pero debemos estar cerca de la hora de mi muerte. Ronald me va a arrancar la cabeza.

Sofía comenzó a moverse con rapidez por el departamento. Buscaba su ropa desparramada por todo el lugar y se vestía de manera acelerada. Su cuñado le había rogado que no le impidiera a Tony llegar puntual a la cita de esa mañana. Se reunirían con uno de sus mejores clientes, el señor Donovan, con quien enfrentaban un serio conflicto.

Si Tony no llegaba a tiempo, Ronald estallaría en cólera, algo que enfurecería además a Camila, y significaría para ella graves inconvenientes.

Después de vestirse y con el pulso acelerado, la chica se ató las sandalias. Al terminar comenzó a buscar con enloquecida ansiedad su bolso, que parecía haber desaparecido de la faz de la tierra. Fue así como divisó a Tony en el área de la cocina, tan desnudo como el Adán bíblico y tan despreocupado como un niño jugando con lodo, mientras agregaba agua en el tanque de una cafetera eléctrica.

—¿Qué haces?!

Él se giró hacia la joven y la miró con las cejas arqueadas.

—Café. ¿No quieres?

—¿Estás loco?! Tienes que vestirme, Ronald te espera.

El hombre dibujó en su rostro una sonrisa presuntuosa.

—No te preocupes, él sabrá arreglárselas sin mí.

Ella abrió la boca para insultarlo, no podía creer que le importara tan poco incumplir con ese compromiso. Repasó con la mirada la habitación y halló su bolso tirado junto a la puerta de entrada. Se apresuró a tomarlo y buscó su teléfono móvil en el interior.

Veintidós llamadas sin responder de Camila y once de Ronald reflejadas en la pantalla del aparato.

—Oh, Dios. Voy a morir —exclamó y afincó con abatimiento la espalda en la pared.

Tony llegó a su lado y le alzó la cabeza tomándola por la barbilla. De esa manera la obligaba a apartar su mirada acongojada del teléfono y dirigirla hacia sus divertidos ojos azules.

—No se te ocurra preocuparte por eso.

—¿Qué no me preocupe? Camila me va a echar de la casa por no haber cumplido con el favor que Ronald me suplicó anoche.

—Sofía, ¿de verdad crees que tu hermana será capaz de echarte de la casa por una tontería como esa?

—No es una tontería. ¿No lo comprendes? ¡No puedo fallarle a Camila!

Tony respiró hondo y acarició con ternura el rostro contrito de la mujer, quien estaba a punto de estallar en llanto.

—Sofía, cálmate. Ronald tiene en su mano todo lo necesario para enfrentar al cliente, mi presencia solo es necesaria para aplacarle los nervios. Se altera cuando un trabajo se complica, pero igual es capaz de afrontarlo con serenidad. Aún es temprano para la reunión, mientras me visto te prometo que lo llamaré para informarle que nos pondremos en camino después de tomar el café. ¿Está bien?

—No hagas café. —Él contrajo el rostro en una mueca—. Si te viste rápido y nos vamos te invito a desayunar en casa. —Tony la observó con atención—. Comeremos algo preparado por mí —completó ella, logrando que el hombre alzara las cejas—. Tengo la sabiduría necesaria para elaborar emparedados de queso y jamón —aclaró la chica con cierta irritación, al ver el semblante poco convencido del hombre.

En casa todos conocían la escasa destreza que ella tenía en la cocina. Lo único que sabía preparar eran cremas para el cabello.

—Tus gaseosas con hielo son exquisitas —se burló Tony, recibiendo un golpe en las costillas como reprimenda. Entre risas se dirigió hacia el área del dormitorio para buscar ropa limpia en el clóset.

—¡Apúrate! —exigió Sofía, sin poder evitar deleitarse con la espalda perfecta del hombre, con sus firmes nalgas y sus piernas de acero. Se relamió los labios de manera inconsciente.

—No me veas así porque me sonrojo —expresó él sin darle la cara. Las mejillas de la joven enrojecieron por la vergüenza, era imposible que Tony hubiera visto la manera en que ella lo observaba. Sin embargo, era tan astuto como para figurarse lo que hacía.

Sofía gruñó furiosa por no tener algún medio para atormentarlo también, y se esforzó por ignorar las risas burlonas del hombre. Se dirigió a un diván apostado en un costado de la estancia, cerca del televisor, y se sentó dispuesta a enviarle un mensaje de texto a su hermana. La tranquilizaría asegurándole que en pocos minutos llegarían a la casa.

Esperaba que aquello sirviera para evitar una posible tragedia. Tenía mucho trabajo que hacer para culminar su plan de negocios e iniciar el duro camino hacia la consolidación de sus sueños. No podía seguir acumulando obstáculos.

En medio de un suspiro comprendió que la relación con Tony Rodríguez alteraba por completo sus planes. Y sabía que, a medida que la intimidad aumentara, lo harían también los inconvenientes.

Esa mañana, en vez de dedicar su tiempo a sus proyectos, ahora debía invertirlo en reparar el nuevo error cometido con Camila.

Con un profundo dolor en el alma y mientras veía a Tony vestirse y tararear con evidente felicidad una canción, pensaba en las maneras en que pudiera detener aquella locura. Al menos, el tiempo necesario para alcanzar sus metas.

Él era una distracción, o mejor dicho, una exquisita distracción, que en ese momento de su vida no se podía permitir.

Como la reunión con Donovan se llevaba a cabo en la casa de Ronald, Sofía sabía que no recibiría una reprimenda al llegar, al menos, el tiempo en que el cliente estuviera allí. Eso además se convertía en un medio para resarcirse con su hermana. Llegaría dispuesta a ayudarla en todo, porque seguramente Camila estaría como una hormiguita atendiendo a los invitados,

y sabría agradecer la incorporación de un par de manos en la labor.

Como lo supuso, en aquel lugar se producía una erupción de testosterona. Ronald no solo estaba acompañado por su hermano Gerald y Jonás, sino que también se encontraba Ever, el pecos y tímido chico experto en computadoras, que no paraba de teclear en su laptop; y el famoso Donovan, un hombre alto, robusto y de cabellos blancos peinados con dedicación, vestido con un traje suntuoso y portando un fino reloj de oro en su mano izquierda y una gruesa cadena del mismo material en el cuello.

Donovan se hallaba sentado junto a un sujeto pequeño y delgado, de poblados bigotes y con un espeso cabello azabache, que parecía ser su abogado o administrador, por la forma en que defendía y conocía cada aspecto del trabajo de su cliente. En el interior de la cocina también se encontraba un tipo de postura intimidante, parado con firmeza y de brazos cruzados cerca de Donovan, tan grande como un farol, de hombros anchos y cabeza rapada, que daba la impresión de ser un guardaespaldas con credencial de asesino. Con su mirada desafiante, el sujeto advertía a todos los presentes lo que les ocurriría si se atrevían a intentar algo en contra de su jefe.

Después de saludar y de las presentaciones de rigor, Sofía enseguida se dirigió al fondo de la estancia donde se encontraba su hermana, afanada con la preparación del café y de los aperitivos que ofrecería a los presentes.

—Perdón —fue lo único que pudo decir antes de lavarse las manos y ocuparse en la elaboración de un zumo de frutas que estaba pendiente sobre la encimera.

Camila le dirigió una mirada sanguinaria, similar a la que le había obsequiado Ronald apenas llegó. Aquello suponía problemas, aunque para su alivio, en ningún momento recibió alguna queja, debido al acalorado debate que se producía por la disparidad de opiniones en referencia a un trabajo casi culminado por la contratista de Ronald.

—El dinero que nos entregaron al inicio del proyecto se invirtió según lo acordado —expuso su cuñado con forzada calma, reflejada en las venas remarcadas de su cuello y en sus exagerados movimientos gesticulares—. Pero las damas de la fundación ahora han agregado decenas de cambios en la arquitectura, por culpa de cierta decoración que desean incorporar. Para lograr esos cambios, debemos destruir parte de lo hecho y rehacerlo según las nuevas indicaciones.

El abogado/administrador lo escuchaba con desinterés. Intercalaba su atención entre él y los informes que tenía entre las manos, y que

corroboraban todo lo expuesto.

—Si les solicito un nuevo agregado a ese presupuesto es para cubrir todas esas exigencias —agregó Ronald—. Nadie quiere detener el trabajo, pero ya casi no queda dinero en mi bolsillo para solventarlo.

—Todo tu dinero te será reembolsado, pero ¡no puedes parar! —acusó con ansiedad Donovan, con una voz alta y vibrante—. Así no terminaremos en la fecha estipulada.

—Lo sé, ya le dije que nadie quiere eso, pero el dinero escasea y es necesario comprar materiales y cancelar horas extras.

—El presupuesto está aprobado, señor Rodríguez —aseguró el abogado/administrador—. El problema se halla en la burocracia de las empresas que facilitan los aportes, en ese sentido no podemos acelerar las cosas. Las damas de la fundación quieren aprovechar el Miami International Boat Show del próximo año para inaugurar el club náutico y recreativo, muchos de los contribuyentes participarán en ese evento y eso atraerá a otros colaboradores. Recuerde que el proyecto tiene varias fases y necesita donaciones.

—¿El Boat Show? —rebató Ronald y fijó la mirada en el enjuto sujeto — ¿Ese evento no es en febrero? —El abogado/administrador asintió en silencio—. ¿Y espera que termine la remodelación del edificio y del puerto antes de diciembre, y sin presupuesto?

—Ronald, la compañía que pretende encargarse de la decoración y el equipamiento me pide todo enero para realizar su trabajo y fueron quienes le insistieron a las damas sobre los cambios en la estructura. Necesito que me entregues el edificio en diciembre, o no podré cumplir con la fecha de entrega. ¿Me entiendes? —aseveró Donovan, después de agradecerle con una sonrisa a Sofía por el zumo que le había entregado.

—Será imposible lograr esa meta si las damas siguen exigiendo que realicemos más modificaciones en la construcción —indicó Ronald con un toque de desesperación—. El trabajo está casi listo, pero ahora hay que hacerle esos cambios, ¡y sin dinero!

—¡La empresa de decoración es la culpable de que ellas actúen así! — señaló Donovan, contagiándose con las emociones de su contratista.

Tony, al percibir que en la cocina se comenzaba a mostrar una rápida pérdida en el control de los nervios, decidió intervenir.

—El diseño estructural que les presenté al inicio del proyecto contaba con un estudio detallado de las necesidades de las personas discapacitadas y

estaba sujeto a las normativas exigidas para ese tipo de edificaciones. Ustedes lo evaluaron por meses y lo hicieron revisar por expertos, siendo aprobado por unanimidad, es decir, que todos estaban conformes con lo que se proponía. Cada cambio que luego indican debe ser nuevamente evaluado por especialistas, antes de que yo adapte los planos y la cuadrilla modifique el trabajo. Un solo cambio altera un montón de detalles a su alrededor. Si desean que terminemos a tiempo, entonces, es obligatorio que se inyecte más dinero. De esa manera se podrá apresurar el trabajo sin afectar la calidad del mismo. Sin eso, es imposible que cumplamos con la fecha de entrega.

Donovan suspiró con pesadez, sabía que Tony tenía mucha razón y eso lo estresaba. Sin embargo, la aparición de Camila con una bandeja llena de aperitivos relajó sus ánimos. Todos los hombres centraron su atención en la comida que tenían frente a ellos, aunque sin olvidar el tema que los había reunido.

Sofía escuchaba intrigada la conversación mientras terminaba de servir café en unas delicadas tazas de cerámica china, que su hermana solía utilizar en ocasiones especiales.

—Hay una posibilidad para que todo marche sin contratiempos —indicó Donovan y apuró el bocado que había tomado de su aperitivo—. El dinero para la decoración y el equipamiento ya está aprobado y listo para la entrega, pero les confieso que el proyecto actual no convence a las damas de la fundación, por eso han decidido meter sus narices y hacer exigencias por su cuenta. Si ustedes presentan uno que pudiera impresionarlas, les darían esa financiación y así podrían continuar con las labores sin problemas. La fecha de entrega ya no sería en diciembre, sino en febrero, y habría tiempo suficiente para que el presupuesto por los nuevos cambios y el reembolso de lo que han invertido les llegue.

—Pero igual tendrán que estudiar y aprobar el proyecto de diseño, y eso podría tardar semanas —señaló Tony.

—Si lo entregan antes del viernes les garantizo que tendrán una respuesta el lunes, y ese mismo día se les dará la financiación. Este sábado me reúno con los inversores —prometió Donovan—. ¿Tienen algún diseñador de interiores talentoso en la empresa?

Los ojos de Tony, Ronald, Gerald, Ever y Jonás se posaron sobre Sofía, que había quedado petrificada con la parte baja de la espalda apoyada en la encimera, mientras tomaba un poco de café.

Hasta Camila había dejado lo que hacía para observarla con expectativa.

—¡Por supuesto! Cuenta con eso —apuntó Ronald con seguridad, y dirigió su mirada decidida hacia Donovan, que sonrió complacido.

—Recuerda, tiene que ser un buen proyecto, elaborado con las normativas señaladas en las ordenanzas de urbanismo y construcción para personas con discapacidad.

—Así lo haremos.

Sofía empalideció. Ese tipo de proyecto no sería una labor fácil, se regía por innumerables regulaciones que no podían ser alteradas ni un ápice. Y lo peor, era que la empresa de su cuñado dependía de lo efectiva que resultara esa propuesta.

Capítulo 17

Minutos más tarde, cuando Donovan ya se había marchado con su abogado/administrador y su intimidante guardaespaldas, Sofía hervía de angustia en la cocina. Ayudaba a Camila a lavar los platos mientras mascullaba frases inentendibles. Intentaba descargar las preocupaciones que aquella repentina responsabilidad le ocasionaba.

—Cálmate, Sofía —le aconsejó Camila y se ubicó junto a ella para secar los utensilios—. Una vez hiciste un trabajo similar antes de salir de la universidad. Todo saldrá bien.

La chica resopló al recordar el proyecto que en una oportunidad había realizado como parte de sus prácticas estudiantiles, y que a su criterio, no tenía punto de comparación con el nuevo reto.

—Lo que hice en la universidad fue acondicionar un salón de recreo para ancianos, y tuve un mes de plazo para entregar el proyecto. ¡Ronald pretende que diseñe la decoración de un edificio entero para discapacitados en dos días! —se quejó con los nervios alterados—. Debo diseñar el equipamiento de dos pisos llenos de salones, gimnasios, bibliotecas de braille, áreas de juegos y comedores. ¡Es una locura! Y el éxito de la empresa depende de mí —exclamó con un hilo de voz.

Sofía lanzó dentro del fregador la esponja enjabonada con la que lavaba los platos y suspiró con agobio. Sintió que alguien la tomaba por la cintura y la giraba. Quedó frente a la mirada celeste y calmada de Tony, quien con ternura le acarició el rostro y los cabellos para sosegar su inquietud.

—Lograremos hacerlo en ese tiempo. Eres capaz de eso y más. —Sus palabras reconfortantes cumplieron su misión en ella, apoyadas por sus caricias. Sofía logró aplacarse un poco, pero su corazón aún palpitaba agitado.

—No es solo eso, tengo el compromiso de la elaboración de los productos para el cabello que le ofrecí a las clientas de Camila, y también son para esta semana.

—Olvídate de las cremitas y los potajes —dictaminó Ronald al entrar en la cocina con pasos largos y firmes, acompañado por Gerald, Jonás y Ever.

—¿Olvidarme? —inquirió Sofía molesta por la resolución simplista del

hombre, a quien evidentemente no le interesaba nada más que su trabajo—. Soy una mujer de palabra y primero se la di a esas mujeres.

—El trabajo con Donovan será más rentable.

—Pero me concede poco tiempo —rebató ella—. No sé nada del proyecto, tardaré un día enterándome de todo y buscando presupuestos de muebles y materiales, luego debo realizar dibujos, maquetas, planos y presentaciones, ¡y para eso solo me quedará un día!

—Te ayudaremos —aseguró Tony—. Jonás está en contacto permanente con proveedores y debe encargarse de adquirir los materiales que hacen falta para continuar las mejoras en el edificio, él podrá conseguirte los costos y especificaciones de los muebles que hacen falta para la decoración.

—Cuenta con eso —aseguró el aludido con una sonrisa mientras revisaba las bandejas dispuestas aún sobre la mesa, en la búsqueda de un aperitivo.

—Para la elaboración de los planos y maquetas nos tienes a Gerald y a mí —continuó Tony—. Hemos trabajado por años con eso, podemos hacerlo con rapidez sin descuidar la supervisión de las cuadrillas.

—Soy muy bueno con la madera, *Sofi* —arguyó Gerald, al tiempo que hurgaba dentro del refrigerador en busca de más zumo—. Dime lo que tengo que hacer y esta misma noche te haré un prototipo.

—Y si me lo permites —intervino Ever con su voz tímida, después de detener la labor que realizaba en su computador desde la mesa—, tengo varios programas de diseño en 3D con los que podemos realizar los dibujos y las presentaciones, puedo ayudarte con ese trabajo.

—¿Te das cuenta, mujer? —se quejó Ronald mientras terminaba de guardar dentro de un maletín los informes de gastos que le había mostrado a Donovan en la reunión—. Si es necesario nadie dormirá durante dos días para ayudarte con ese proyecto, para eso somos una familia —destacó sin mirarla a los ojos, tomó el maletín y se dispuso a salir de la cocina—. ¡Y ustedes dejen de comer y muévanse! Dejemos activas las cuadrillas para poder ayudar a Sofía —ordenó antes de salir, seguido por Gerald y Jonás que iban cargados de aperitivos y zumo, y por Ever, quien con rapidez recogió su computador para acompañarlo.

—En un par de horas vendré a buscarte para llevarte a mi departamento —informó Tony. Se acercó a ella y acunó el rostro de la confusa chica entre sus manos—. Date un baño y relájate, en mi casa te mostraré todo lo referente al proyecto para comenzar a diseñar los espacios interiores, ¿estás

de acuerdo?

Sofía asintió y mantuvo su mirada angustiada en él. Su balsa en medio de un mar agitado.

Nunca había realizado un proyecto tan grande y en tan poco tiempo. Los trabajos que desarrolló durante sus estudios, lo hizo contando con varias semanas de holgura. Aquello superaba sus expectativas.

—Todo saldrá bien. Confía en mí, que yo confío en ti —le pidió Tony sin dejar de acariciarle las mejillas con los pulgares—. Esta será tu gran oportunidad, ¿recuerdas que te dije que toda empresa se iniciaba con un cliente? —Ella arqueó las cejas, y recordó lo que había conversado con él la noche anterior, en la bodega de vinos—. Con este trabajo empezarás a activar tu plan de negocios, tu sueño comenzará a hacerse realidad, pondremos todo nuestro empeño para que sea perfecto y se transforme en tu trampolín al éxito.

Sus palabras la llenaron de alivio. Tony había presionado el interruptor necesario para que sus miedos poco a poco pasaran a un segundo plano, siendo sustituidos por la ansiedad de comenzar a trabajar.

—Claro que lo será —afirmó ella. Él le sonrió con aprobación y le obsequió un largo beso.

La abrazó con firmeza antes de marcharse, dejándola en la cocina, con la mirada perdida mientras su cerebro trabajaba a velocidad vertiginosa. Sofía evaluaba cada posibilidad y ordenaba en su mente las tareas que debía realizar.

—Ve a darte un baño —la interrumpió Camila, que aún se hallaba en los alrededores limpiando—. Luego me explicas las recetas de las cremas que se deben realizar para cumplir con los pedidos de las clientas de la peluquería. Invitaré a Sandra y a Shirley para que vengan esta tarde, y entre las tres comenzaremos la preparación de los productos. Luego tú supervisas los resultados. ¿Te parece?

Sofía la miró por un instante y finalmente se lanzó sobre su hermana para envolverle el cuello en un fuerte abrazo. Las emociones se desbordaban en su pecho.

—¿Te he dicho que te quiero, hermanita? —le confesó con emoción.

—Ni se te ocurra llorar, tonta, que me harás llorar a mí también y tengo que irme ya a la peluquería —expresó Camila con los sentimientos a flor de piel. Se liberó del abrazo de Sofía y le sostuvo el rostro entre las manos exigiendo toda su atención—. No estás sola, somos un equipo, tu sueño es el

mío y juntas trabajaremos por él.

—Y por los tuyos también.

Camila comprimió el rostro en una mueca.

—Los míos ya caducaron.

—No —sentenció Sofía—. Ahora están más vivos que nunca. Juntas trabajaremos por ellos, como lo hacen los gansos.

—¿Los qué? —inquirió Camila con desconcierto.

—Como los gansos, que el vuelo de uno da fortaleza al otro. —Al ver que su hermana no comprendía lo que decía y la miraba con una expresión divertida, Sofía decidió dejar de lado el tema—. Olvídalo, voy a bañarme y traigo las recetas... ahhh y haremos de prueba unas que hallé en el diario que me regaló la madre de Tony, probé la de hibisco y ha resultado genial, podría sernos muy beneficiosa —expresó con alegría y le dio un firme beso en la mejilla a Camila para luego apresurarse a salir de la cocina.

Su hermana la miró marcharse con una amplia sonrisa en los labios, sintiendo el corazón henchido de satisfacción. Aunque faltaba mucho para superar los obstáculos, podía asegurar que andaban por un buen camino y eso la tranquilizaba.

Dos días de trabajo duro y poco dormir tuvo que soportar Sofía para lograr cumplir con sus compromisos. En tiempo record desarrolló un anteproyecto para acondicionar los diferentes espacios del edificio donde se instalaría un club náutico y recreativo para jóvenes con diversas discapacidades. El informe contenía dibujos en 3D, planos, valoración económica y estimación de plazos de entrega, entre otros documentos, que servirían como soporte para un primer estudio. Donovan se mostró sorprendido con el trabajo, algo que dejaba muy en alto la imagen empresarial que ella ansiaba comenzar a cimentar.

No podía negar que aquello no hubiera sido posible sin el apoyo constante y la asesoría de Tony, Ronald, Gerald, Jonás y Ever. Cada uno colaboró según sus capacidades en el diseño de la propuesta, e incluso, le garantizaron que la auxiliarían en la puesta en marcha. En caso de que la fundación aprobara la oferta.

La noche del viernes estaba agotada. Ronald la había acompañado esa tarde a la reunión con Donovan y parte de la directiva de la fundación, para presentar el informe. Esperaban recibir una respuesta a principios de la próxima semana, situación que la tenía ansiosa. Para calmar los nervios, Tony la convenció de pasar esa noche con él en su departamento,

prometiéndole relajación, ya que en casa de su hermana se hallaban las chicas que trabajaban con Camila en la peluquería y la ayudaban a preparar los productos para el cuidado del cabello.

Sofía les dio su palabra de que se dedicaría a finalizar con los pedidos el sábado, mientras ellas pasaban todo el día en la peluquería. Los fines de semana les llegaban más clientes.

—Han despertado un gran interés tus cremas. —Tony se sentó frente a ella en el suelo, sobre la alfombra de pelo alto ubicada al pie de la cama. Sofía tenía la espalda recostada en el borde del mueble. La joven se hallaba vestida solo con sus bragas y una ancha camisa de franela de él que le llegaba a los muslos y dejaba al descubierto uno de sus hombros. El hombre tenía puesto únicamente un pantalón deportivo holgado.

Tony le entregó una taza grande llena de caliente mocachino, cubierto con crema.

—¡Oh! Esto huele delicioso —expresó ella con satisfacción al recibir la bebida—. Y sabe genial —agregó con una sonrisa al probar la crema. Tony le sonrió complacido mientras le daba un trago a su café—. Yo creo que el triunfo de los productos por ahora está en el precio —adicionó Sofía—, son bastante económicos en relación a los que hay en el mercado, y eso ha animado a los clientes de Camila a comprarlos. Pero en unas semanas, cuando comiencen a ver los resultados, estoy segura de que los pedidos aumentarán.

Tony tomó un pie de la chica y lo ubicó sobre su muslo, para acariciarlo.

—Estás muy segura de que les gustará.

—Yo debo ser la primera en creerlo para que eso suceda —reveló con convicción—. He probado todos esos productos y sé que son efectivos. —Tomó un par de sorbos de su mocachino antes de continuar—. Además, si no me aceptan el trabajo de diseño, las cremas para el cabello tendrán que ayudarme con mi proyecto empresarial.

—El trabajo de diseño se hará.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Primero porque el proyecto es demasiado bueno para que lo rechacen. Es más económico que el otro, y su nivel de calidad es mayor. Y segundo, porque Donovan prefiere confiar ese trabajo a nosotros. Él conoce la eficacia de lo que hacemos, nuestra responsabilidad y transparencia. Hará hasta lo imposible porque las damas lo aprueben. Digamos que somos sus contratistas favoritos —alegó con una sonrisa chispeante.

—Me hubiera gustado que todo fuera más sencillo —masculló la mujer con la mirada fija en el mocachino. Se sentía realmente agotada.

—¿Y perderte la diversión?

—¡¿Qué diversión?! —preguntó ella ceñuda.

—El esfuerzo, bella. Al final, cuando logras tus metas, es divertido mirar atrás y ver todo el camino de baches y piedras que has podido superar gracias a tu voluntad. Así los frutos se disfrutaban más, porque son tuyos, tienen impreso tu sudor y tu sangre —indicó y posó en ella una de esas miradas que a la chica le cortaban el aliento.

Sofía se dejó de remilgos y dejó a un lado la taza para gatear hacia él, como una gatita traviesa. Postura que encendió una llama en las pupilas celestes del hombre. Ella le quitó el café de las manos y lo abandonó en un costado, para luego ir en busca de sus provocativos labios.

Tony la recibió ansioso, le acunó el rostro entre las manos y se ocupó en profundizar el beso, tomando de ella todo lo que podía. Las lenguas de ambos chocaron con ansiedad dentro de sus bocas, exigentes e instigadoras.

Él estiró una mano para tocar al estómago de la chica y la deslizó por sus costillas hasta alcanzar la curva de su pecho. Sofía se acercó más a él, ansiaba su contacto. Tony cubrió el seno con su palma, sintió la punta erecta del pezón a través de la tela de la camisa. Lo apretó con suavidad, y arrancó un gemido en la mujer.

Con el anhelo haciendo erupción en su organismo, Tony le sacó con prontitud la camisa por la cabeza. La tomó por la cintura y la ubicó sobre su regazo. Ella abrió las piernas para quedar sentada encima de él, a horcajadas, y dejar junto a su rostro sus pechos desnudos.

Con hambre Tony los saboreó y masajéó hasta sentirse satisfecho. Sofía se arqueaba y sollozaba por el placer. Frotaba su sexo contra el miembro tenso y encendido del hombre, que se hallaba anhelante por ella.

Los brazos masculinos la rodearon y la aferraron mucho más. Tony hundió el rostro entre sus pechos mientras sus manos bajaban por la espalda en dirección a las nalgas de la joven, y se sumergían dentro de las bragas e intentaban alcanzar su centro palpitante. Sus dedos inquietos acariciaron el clítoris y la hicieron enloquecer, la penetraron una y otra vez, provocando gritos de frenesí en Sofía, que se aferraba con firmeza a los cabellos rizados del hombre, para poder soportar el oleaje de placer que él le hacía experimentar.

Aquello fue el inicio de una noche intensa. Donde los cuerpos se unieron

no solo sobre la alfombra, sino también en la cama, encima de la encimera mientras preparaban aperitivos y dentro de la ducha durante un baño reparador. Una noche que fue el mejor regalo otorgado después de una ardua jornada de trabajo y que ninguno de los corazones involucrados deseaba que terminara.

Capítulo 18

Al día siguiente, al llegar a la casa, Camila le rindió a Sofía un reporte de lo que había hecho y faltaba por hacer en referencia a los productos para el cuidado del cabello. Así ella, después de cambiarse de ropa, se ponía manos a la obra para preparar el resto de las cremas, los champuses y acondicionadores solicitados por los clientes.

Jonás le había conseguido unos envases de plástico transparente con forma cilíndrica, y tapa tipo *disc-top*, donde sus artículos podían ser presentados de manera elegante. Y Ever trabajó con ella en el diseño de una etiqueta cuyo logo se trataba de la silueta de un rostro femenino, con una larga cabellera, junto a unas letras estilizadas de estilo árabe que rotulaban el nombre: *Sofia's hair*.

Al salir de la universidad tenía muy claro cuál sería su norte. Un solo proyecto guiaba su vida, pero ahora, y casi por accidente, tenía dos. Se sentía satisfecha porque sabía que su plan inicial no quedaba descartado con ese nuevo emprendimiento, sino que lo apoyaba, para alcanzarlo de forma más segura.

Mientras desinfectaba los utensilios y envases de trabajo recordó la manera en que la «familia» de su cuñado la había ayudado, no solo en el desarrollo del proyecto de diseño de interiores, sino también con la fabricación de los productos para el cuidado del cabello.

La pandilla de hombres bulliciosos, hambrientos e irreverentes que tan poco soportaba, resultaron ser sus mejores aliados.

No había nada mejor que rodearse de personas que pudieran guiarla, que mejoraran su vuelo con el batir de sus alas, como lo hacían los gansos.

—Y son tan chillones como unos gansos —farfulló para sí misma con una sonrisa mientras ponía al fuego una olla con agua, con intención de calentar en baño de maría los aceites y emulsionantes que utilizaría en la elaboración de una de las cremas.

Sin desatender su trabajo encendió el televisor, e intentó escuchar la programación que en ese momento trasmitían. De nuevo televisaban el *talk show* de consejos y cotilleos que había visto el día en que hizo el amor por primera vez con Tony.

—No son nada recomendables esos programas —musitó, al recordar la locura que se había desatado en ella por culpa de las recomendaciones dadas en esa trasmisión.

Tuvo la intención de apagar el aparato, pero le fue imposible alejarse de la labor que llevaba a cabo. Era hora de agregar el agua floral a la mezcla de aceites que había calentado, si se enfriaba podía no ser tan efectiva.

Respiró aliviada al notar que en esa ocasión entrevistaban a un hombre que hablaba sobre los beneficios de tomar agua con limón en ayunas cada mañana, y no de sexo. Ese tema le parecía inofensivo.

«El limón es una de las frutas más beneficiosas de la naturaleza, utilizada por casi todas las culturas del planeta», comentó el sujeto. Un tipo bajo y de movimientos amanerados vestido de traje, con una barba tipo candado de pelo negro rodeando sus labios delgados. *«Contiene potasio que ayuda a nutrir los nervios y las células del cerebro, y calcio que ayuda a tener unos huesos y dientes saludables. Ha sido usado para tratar muchas enfermedades, quemar grasas corporales y aliviar problemas digestivos; incluso elimina el hipo»*, enumeró con rapidez.

«San Limón», bromeó la moderadora, quien de nuevo parecía el muñeco de un ventrílocuo por la cantidad exagerada de maquillaje que llevaba en el rostro, y por el poco movimiento corporal que le era permitido a causa de su ceñido vestido.

«Servido con agua tibia es más efectivo. La vitamina C que posee tiene efectos antiinflamatorios y se utiliza como apoyo complementario para el asma y otros síntomas respiratorios».

—Y elimina la caspa, combate la caída del cabello y regula la circulación de la sangre en el cuero cabelludo —comentó Sofia orgullosa por sus conocimientos—. Le concede brillo al cabello, blanquea la piel y es bueno contra el acné —agregó, al tiempo que enchufaba una batidora eléctrica—. Deberían entrevistarme en ese programa, le daría consejos hasta a la moderadora para que se viera más natural —alegó con fastidio, aunque después de pronunciar esas palabras se imaginó sentada junto a la rígida presentadora hablando de alguno de sus proyectos empresariales.

Su ensoñación se vio interrumpida cuando escuchó que su teléfono móvil repicaba sobre la encimera. En medio de un suspiro tomó el aparato, sin dejar de revolver con la batidora la mezcla. Necesitaba lograr una emulsión cremosa.

Se apoyó el teléfono en el hombro presionándolo con la oreja, para

responder la llamada sin desatender la preparación.

—¡Vanessa! —saludó con emoción a su amiga al ver su número marcado en la pantalla. La joven al otro lado de la línea emitió un grito de alegría como respuesta—. ¡Qué milagro!

—¡Ingrata! ¡Te llamo porque me cansé de esperar tu llamada!

Sofía sonrió con amplitud.

—Parecemos dos novios adolescentes después de una pelea. Uno esperando la llamada del otro. —La estruendosa risa de Vanessa retumbó a través de la línea.

—¿Qué demonios estás haciendo aún en Miami?

Sofía detuvo la batidora al lograr la consistencia deseada, y mientras hablaba con su amiga agregó el resto de los aceites y conservantes que debía añadir a la mezcla.

—Buscando los medios para montar mi empresa de diseño de interiores, ¿lo recuerdas?

—¿Sigues con esa idea? —inquirió Vanessa desconcertada.

—¡Claro! —expuso Sofía indignada, y acercó el rollito del papel para medir el pH de la crema—. Sabes que esa fue la meta que me planteé en la universidad.

Su amiga guardó silencio por un instante. Sofía no se percató de ello por estar atendiendo la medición del pH. Al confirmar que se encontraba en el nivel recomendado se ocupó en envasar la crema.

—La última vez que hablamos me comentaste lo difícil que era todo por allá. Pensé que regresarías a Jacksonville, aunque me alegra que sigas empeñada en lograrlo. Tienes que contarme como van las cosas.

—Ufff, bastante atareadas, pero creo que marchan bien.

—¿Y ya conseguiste el dinero para instalar la oficina?

—Estoy en ello, he iniciado dos trabajos independientes con los que aspiro reunir lo suficiente.

—¡¿Dos trabajos?! Me sorprendes, amiga. Creo que enloqueciste. — Sofía sonrió con poca alegría.

—Aún no, pero estoy a un paso. —Después de decir aquello el recuerdo de Tony Rodríguez le invadió la mente, pero enseguida lo relegó a un lado para poder terminar su labor y continuar con la conversación—. Quien tiene mucho que contar eres tú. Dime, ¿cómo es la vida de un gerente? —indagó utilizando un tono de voz jocoso.

—¡Es una locura! Papá tenía cinco años esperando a que terminara los

estudios para que ocupara mi puesto en la empresa familiar, y desde que lo hizo no ha parado de lanzarme responsabilidades —acusó ella con cierto reproche.

—¿No te alegra haber alcanzado ese logro?

—¡Bah! Me da igual. Sabes que eso no era una sorpresa para nadie. Pero no hablemos de asuntos poco importantes, tenemos que reunirnos a conversar —alegó la joven cambiando de tema radicalmente. Sofía, aunque se extrañó, le siguió la corriente. Vanessa era así, descomplicada y práctica—. Quiero saber todo sobre esos trabajos, y además... —La chica bajó la voz para hablar de manera confidencial con su amiga, como si tuviera oídos a su alrededor que pudieran escucharla—, tengo unos chismes muy interesantes que contarte.

Sofía sonrió, ya le parecía extraño que Vanessa no le hablara de novedades. A su amiga le fascinaban los cotilleos.

—¿Son buenos?

—Im-pre-sio-nan-tes. Te garantizo como mínimo, un estado de *shock*.

—¿Me dejarás con la intriga hasta que nos veamos? —consultó mientras buscaba la etiqueta que correspondía al producto que había elaborado y anotaba en ella la fecha de elaboración.

—Ni sueñes con que te contaré el secreto por teléfono. Necesito ver como se transforman las facciones de tu rostro cuando te enteres de todo.

—¡Oh! ¡Eres malvada!

—Lo sé —expuso la joven y acompañó sus palabras con una risa divertida—. La próxima semana, después de acción de gracias, tengo unos días libres. ¿Podemos reunirnos? Iré a cualquier sitio de Miami para verte.

—¿Tan bueno es el chisme?

—Ni te imaginas, Sofía Martínez, ni te imaginas.

Sofía se mordió el labio inferior para sosegar la ansiedad. Vanessa no le revelaría ni siquiera un pequeño adelanto por más que ella le rogara.

—Entonces me tocará esperar unos largos y extenuantes días para saberlo. De verdad que eres malvada.

—¡Te lo dije, tonta! —bromeó la chica—. Te llamo a mediados de semana y nos ponemos de acuerdo. Saluda a tu madre de mi parte si llegas a hablar con ella, y a Camila y a Tammi, y... ¿cómo se llamaba el cerdo con quien vive *Cami*?

Sofía sonrió. En una oportunidad le había comentado a sus amigas que Ronald parecía un cerdo por la forma en que comía y chillaba a todas horas.

Siempre tuvo cierta fricción con su cuñado, aunque comenzaba a notar que se había equivocado con él.

—Se llama Ronald, y no le digas más cerdo —sentenció con firmeza.

—Bien, bien, Ronald. Lo saludas de mi parte.

—Lo haré.

Se despidieron con entusiasmo. Sofía se sintió más animada después de aquella agradable y repentina conversación. Necesitaba de sus amigas para descargar tensiones.

Continuó con el lavado de los utensilios utilizados, que luego volvería a esterilizar para la elaboración de otro producto para el cabello.

En la televisión, el experto hablaba sobre recetas de jugos preparados a base de limón ideales para eliminar toxinas, y el aporte de este evitando el cáncer, pero ella ya no le prestaba atención. Mucho menos a los movimientos rígidos de la moderadora.

—Si al menos esa mujer siguiera parte de los consejos que dan en su programa —masculló para sí misma, pensando en las recomendaciones que podría darle para que su apariencia fuera menos acartonada.

Así se pasó el día, trabajando sin parar. Concentrada en esforzarse por alcanzar sus sueños.

Capítulo 19

La mañana y parte de la tarde se fueron con rapidez. Sofía sonrió al ver sobre la encimera la cantidad de productos que había preparado. Estaba cansada pero conforme, no solo había logrado cumplir con los pedidos de los clientes, sino que además, había elaborado algunas muestras adicionales con la intención de que su hermana las ofreciera de manera gratuita en la peluquería, en frascos más pequeños.

Gerald, en una oportunidad le había explicado, que la mejor publicidad era el boca a boca. Mientras más personas conocieran la efectividad del producto que ofrecía, más la comentarían, y por tanto, más se interesarían en obtenerlos. Regalar unas pocas muestras podría serles muy útil.

Después de almorzar un aperitivo se dio un baño profundo, que la ayudó a arrancarse el cansancio. Se aplicó en el cabello la crema hidratante de hibisco que había copiado del diario que la madre de Tony le regaló. Era la segunda vez que se la utilizaba, siempre probaba los productos en ella misma antes de ofrecerlos, y no podía negar que ahora lo sentía más suave y notaba que poseía mayor brillo.

—En una semana podré evaluar mejor los resultados —se dijo a sí misma. Se secó y peinó con rapidez el cabello y salió de nuevo en dirección a la cocina, para guardar los productos antes de que llegara Camila con su revuelo por la preparación de la cena.

Mientras atravesaba la sala, su sobrina Tamara entró al hogar proveniente de la casa de su amiga Wendy.

—Buenas tardes, jovencita —la saludó al ver que la niña cerraba con una patada la puerta y se dirigía con prontitud a su habitación.

—Hola, tía —contestó Tammi sin mirarla, y pasó junto a ella como una exhalación para encerrarse luego en su dormitorio.

Sofía arrugó el ceño y por un momento pensó en seguir con su tarea y no preocuparse por la niña, pero algo la detuvo antes de que traspasara las puertas batientes y la regresó sobre sus pasos hacia el cuarto de la chica.

Tocó la madera con suavidad, recibiendo un *¿Quééé?* Como respuesta.

—¿Puedo pasar? —Un bufido sonoro motivó a Sofía a entrar. Encontró a Tamara en medio de la habitación, de brazos cruzados, había lanzado el

morral sobre la cama—. ¿Todo bien? —indagó parada en el umbral.

—Sí, no es nada —indicó la niña con tono amargo.

Sofía sonrió y pasó cerrando tras de sí.

—¿Problemas con tus amigas, o con Iván? —Tammi se sobresaltó por la pregunta—. Sabes que puedes confiar en mí, no te retaré ni le diré nada a tu madre.

La niña puso los ojos en blanco y resopló con cansancio antes de sentarse en el borde de la cama.

—No tengo nada con Iván. Es un idiota —se quejó. Sofía se detuvo frente a ella y la imitó cruzándose de brazos.

—¿Qué ha hecho?

—Nada.

—Tamara —insistió Sofía. La niña suspiró.

—Me regaló un collar —expuso y sacó de uno de los bolsillos de su pantalón un collar de cadena, que dejó sobre la cama con desinterés. El colgante poseía unas delicadas mariposas de colores cubiertas por diminutos cristales.

—Es hermoso. —Sofía lo tomó para detallar el diseño, pero enseguida dirigió una mirada hacia la chica que aún mantenía una expresión furibunda en el rostro—. ¿Por esto estás furiosa?

—No.

—Tamara, ¿qué sucede?

—¿Crees que Ronald permitirá que me lo ponga? Le dije que no me regalara nada, ahora me pone en un aprieto.

—¿Por qué?

—Si no lo aceptaba, él se ofendería, pero si Ronald lo descubre, se enfadará, me quitará el collar y lo romperá. Luego me castigará.

Sofía la observó con extrañeza y se sentó junto a ella.

—Creo que te equivocas con Ronald.

—¿Por qué lo defiendes? Tú lo odias —aseguró la niña y encaró a su tía.

—No lo odio, solo... no soporto sus manías bruscas. Son dos cosas muy distintas. —Tamara bufó y volvió a cruzarse de brazos. Fijó su mirada irritada en el suelo—. Tiene mal genio y es bruto para expresarse, pero tampoco es un patán. De seguro te preguntará por el collar, se preocupará aún más por ti y se mostrará sobreprotector, pero dudo que se ponga violento.

—Lo hará, siempre lo hacen —argumentó la chica con desaliento.

—¿Siempre lo hacen?

—Traté de devolvérselo, pero Iván me dijo que sería una ingrata si no lo aceptaba. No quiero que piense que soy una tonta y pierda su amistad. ¡Me gusta!

—Yo creo que si hablas con Ronald...

—¡No puedo hacerlo! —alegó la niña con desesperación.

—Tammi, estás siendo exagerada.

—¿Exagerada? No fue eso lo que le sucedió a mamá.

Aquellas palabras confundieron a Sofía. Sin embargo, pronto logró comprender lo que ocurría: la chica comparaba a Ronald con Dylan, su padre.

—Oh no, cariño. Ronald es un idiota, pero nunca haría nada para lastimarte. Lo sabes.

—No quiero enfadarlo. Me gusta estar aquí, con él, y me gusta como trata a mamá. Pero sé que lo echaré a perder —pronunció la niña con desesperanza. En sus ojos se reflejó una mezcla de angustia y rabia.

—He visto a Ronald comportarse como un padre celoso contigo, pero estoy segura que no será capaz de alzar una mano en tu contra, antes se la cortaría —lo defendió mientras acariciaba el cabello de la niña—. Él lo único que quiere es cuidarte, te adora, tanto como a tu madre, y sabe que estás en una edad vulnerable en la que puedes caer en un error sin darte cuenta.

Tamara fijó su mirada afligida en el suelo. Sofía la calmó frotándole la espalda con una mano.

—Cariño, confía en él. Cuéntale lo del collar sin miedos, lo peor que sucederá es que comience a llevarte y a buscarte todos los días a la escuela, para asegurarse de que estarás bien.

—¿No romperá el collar? —preguntó la niña con angustia.

—No lo creo.

—Quiero conservarlo.

—Dile eso. Puedes hacerlo esta noche delante de tu madre. Camila te apoyará.

La frente de Tamara se arrugó revelando la ansiedad que la embargaba. Sofía volvió a acariciarle los cabellos, hasta lograr que relajara las facciones.

—Ronald no es como Dylan. Estoy completamente segura de eso.

Después de un instante de tenso silencio, la chica alzó la mirada entristecida hacia Sofía.

—Me ha estado llamando.

—¿Quién?

—Papá. Me ha llamado dos veces hoy, a mi teléfono móvil.

Con el desasosiego anudado en su garganta, Sofía se levantó de la cama y se paró firme frente a su sobrina.

—¿Para qué?

—Dice que quiere verme —confesó la niña con un hilo de voz.

—Tamara, ¿le has contado eso a tu madre? —La joven negó con la cabeza y volvió a bajar la mirada—. Tienes que decírselo.

—Ahora no.

—¿Por qué?

Tammi se levantó con movimientos nerviosos y comenzó a explicar sus razones.

—Por lo del collar. Mamá se enfadará y descargará su furia con las dos cosas. No me dejará hablar con Iván, y Ronald no querrá vernos más. Yo no quiero que él nos deje.

Sofía se apresuró a detener a la niña tomándola por los hombros. Comprendía su temor de perder la estabilidad que había alcanzado con Ronald, pero conocía la actitud violenta de Dylan Treviño. Aunque ese hombre tenía el derecho de visitar a su hija, no podía acercarse a Tamara sin notificárselo primero a Camila. Su hermana contaba con la custodia legal de la chica. De darse un encuentro, debía ser planificado con antelación por ambas partes.

—Son temas diferentes.

—¡Pero surgieron al mismo tiempo!

—Tamara. —Sofía frotó los hombros de su sobrina y la obligó a prestarle toda su atención—. ¿Sabes que tu papá es un poco... inestable? —La niña no respondió, solo la miró con el temor marcado en las pupilas—. La última vez que estuvo en Miami ocurrió una situación bastante desagradable, si pretende volver, Camila y Ronald deben saberlo.

Tammi bajó la mirada, pero Sofía le tomó el rostro entre las manos y lo alzó.

—Cariño, no tengas miedo. Tu madre es muy comprensiva y no mezclará un asunto con el otro, mucho menos lo hará Ronald. Ambos te adoran, solo quieren lo mejor para ti.

La niña aún no se mostraba convencida. Así que Sofía, al intuir la gravedad de la situación, decidió hacer algo más efectivo.

—Si no se lo dices tú, lo haré yo. —Tammi arqueó las cejas, pero su temor aumentó al escuchar que abrían la puerta de la entrada y la voz de su madre retumbaba en la sala, llamándola—. Lo haré —remarcó Sofía y se

irguió para demostrar lo dispuesta que estaba. Tamara se sobresaltó.

—Se lo diré esta noche —se apresuró a responder con voz temblorosa. Sofía se cruzó de brazos.

—Esperaré a mañana. Si no lo haces, Tammi, lo haré yo.

Al ver que su sobrina asentía, ella decidió no atormentarla más. Le regresó el collar que la niña apretó contra su pecho, y le acarició la mejilla antes de salir de la habitación para saludar a su hermana y enseñarle lo que había hecho durante el día. Le daba tiempo a Tamara para que se repusiera y se decidiera a conversar con su madre.

Dylan Treviño era un sujeto irritable y violento. La última vez que había exigido «visitar a su hija», generó un conflicto de grandes proporciones que poco le faltó para terminar en tragedia. No aceptó de buen agrado el hecho de que Camila se mudara a otra ciudad y con otro hombre. Quiso llevarse a Tammi a la fuerza, solo por lastimarla a su exesposa, pero el muro de contención con el que se topó al enfrentarse a Ronald y a su familia, le impidió llevar a cabo su intención.

No obstante, aquello dejó grandes heridas en todos, sobre todo, en la niña, quién después de ese conflicto se mostró más retraída y temerosa. Tuvo que ser cambiada de escuela, e incluso, ser llevada a consultas con un especialista para que la ayudara a superar sus miedos. Ronald y Camila habían trabajado mucho para infundirle de nuevo confianza, y justo ahora, cuando Tamara se mostraba más abierta y animada, el hombre aparecía de nuevo.

El resto de los días de esa semana fueron cada vez más duros para Sofía. La situación generada luego de la confesión de Tamara a su madre desató una serie de conflictos en casa. Camila vivía en una constante angustia, sabía que Dylan Treviño podía aparecer en cualquier momento y generar serios inconvenientes.

Las últimas palabras cruzadas con él antes de su desaparición, ocho meses atrás, fueron todas amenazas: «te quitaré a la niña», «te haré pagar tus infidelidades», «no permitiré que sigas burlándote de mí», eran parte del repertorio. Ella conocía muy bien de lo que era capaz, había sentido en su cuerpo la fuerza y crueldad de sus castigos, e incluso, perdió a un hijo de él a causa de sus constantes golpizas, suceso que al hombre jamás le produjo arrepentimiento o pesar.

Cuando decidió reiniciar su vida junto a Ronald, los problemas aumentaron. Dylan consideró esa acción una traición más a pesar de que

estaban legalmente divorciados, y que superaba a los anteriores engaños que solo existían en su cabeza trastornada.

Se enfrentó en varias oportunidades con Ronald, en violentas peleas, pretendiendo separarlos.

Lo que Dylan nunca imaginó era que su rival sabía manejar muy bien ese tipo de situaciones. Ronald había sido entrenado en las calles de Miami para oponerse a sujetos como él. Su lucha por la sobrevivencia lo enseñó a soportar con temple los golpes y regresarlos con renovada fuerza. Gracias a eso Dylan había desistido de su acoso a Camila. Nadie quería que él volviera por más.

Era de esperarse que aquello cambiara la vida de todos durante esos días. La reacción de la niña fue sumergirse en su burbuja particular. Su padre jamás se había atrevido a golpearla, pero frente a ella le infringió a su madre innumerables abusos psicológicos y físicos. Los gritos se producían a diario, así como las discusiones, ofensas e insultos. Dylan desacreditaba constantemente a Camila, tanto por su comportamiento como por la forma en que educaba a su hija, tildando a Tamara de «retardada», por su timidez, sus largos silencios y sus temblores cada vez que él se le acercaba.

Todas esas actitudes la niña las fue acumulando en su corazón, y con el tiempo se transformaron en pesadas piedras que le producían pesares. La repentina aparición de su padre alteró por completo su existencia, justo en el momento en el que comenzaba a tomar sentido.

Ronald tenía algo descuidado el trabajo por atender a sus chicas, acompañaba a diario a Tammi a la escuela y a Camila al trabajo. Se mantenía alerta, dispuesto a correr a donde fuera necesario para enfrentar cualquier situación. Delegó funciones en Tony, más aún cuando Donovan le anunció que la propuesta de Sofía había sido aprobada. Aquello implicaría realizar algunos ajustes en la construcción y dedicar una de las cuadrillas para el trabajo de interiores, duplicando las obligaciones del resto de los trabajadores.

Sofía no solo se vio atareada con las labores en el edificio donde se instalaría el club náutico y recreativo para jóvenes discapacitados, ocupándose de supervisar la puesta en marcha del proyecto, sino que además tuvo que encargarse de la promoción y preparación de los productos para el cuidado del cabello, porque Camila casi no tenía cabeza para eso, pero los pedidos igual seguían llegando.

Se pasaba las mañanas entre albañiles, pintores y carpinteros; en las

tardes visitaba con Jonás a comerciantes, tapiceros y costureras, para elegir telas y muebles y encargarse de arreglos especiales; se reunía además con Ever para evaluar el diseño de la papelería, y con Gerald para indagar los avances en las mejoras de la iluminación, instalación de alarmas y carteles de señalización y seguridad.

Con Tony se topaba a cada segundo, hecho que no le molestaba, su presencia la tranquilizaba y le infundía fortaleza. Él escuchaba con atención sus inquietudes y la ayudaba a solucionarlas, le servía de apoyo cuando lo necesitaba y la llenaba de besos y abrazos cada vez que sentía que en cualquier momento todo se derrumbaría. Sin su compañía ni hubiera sido capaz de enfrentar su primer trabajo como diseñadora de interiores independiente, mucho menos, en aquel momento incómodo de su vida.

Durante las noches oía con paciencia los lamentos de su hermana mientras ambas se dedicaban a preparar los productos para el cabello. Su angustia por la posible reaparición de Dylan la tenían al borde de un colapso, así como sus quejas por el poco dinero que entraba a casa.

—Cuando a Ronald le reembolsen el dinero que invirtió en el edificio y yo comience a cobrar por el trabajo de diseño, las cosas cambiarán —trataba de calmar Sofía a Camila.

—Lo tuyo debe invertirse en tu plan de negocios, y parte del dinero de Ronald debe ser dedicado a su otro proyecto —explicó la mujer—. Poco a poco ha ido remodelando un edificio comercial que compró hace más de dos años en el centro de Miami. Está ansioso por terminarlo para arrendarlo, dice que ese inmueble le aportará mucho dinero porque se encuentra en una zona bastante concurrida.

—Esa es una gran noticia, Camila —la felicitó Sofía. Sabía que eso podría solventarles varias de las complicaciones económicas que tenían.

—Sí, lo es, pero aún falta tiempo para que se dé, y mientras tanto aumentan los gastos y yo soy incapaz de ayudar de alguna manera.

—Claro que lo haces, eres quien ha popularizado los productos para el cabello. Cada día nos llegan nuevos pedidos.

—¡Pero no es suficiente! —se quejó Camila—. Ronald hace tanto por mí y yo no puedo hacer nada por él, solo aumentar sus problemas. —Dejó a un lado la crema de aceite de almendras que preparaba para acercarse al refrigerador en busca de una botella de zumo. Quería algo que la refrescara y al mismo tiempo, la ayudara a pasar el trago amargo—. Dylan llamó esta tarde a Tamara —comentó sin darle la cara a Sofía, quien tuvo que detener su

tarea para dedicarle toda su atención—. Dice que vendrá el próximo fin de semana.

Sofía miró fijamente a su hermana. Notó las bolsas oscuras que comenzaban a marcarse bajo sus ojos.

—No puedo impedirlo, Dylan tiene derecho de ver a su hija, pero Tamara no quiere estar sola con él, ni rodeada de asistentes sociales que supervisen la visita —comentó acongojada—. Yo no puedo ir, Dylan tiene una orden judicial que le prohíbe acercarse a mí, y si ve a Ronald enloquecería de furia. —Camila cerró la boca por un instante, para suspirar con agobio—. No sé qué hacer —gimió al borde del llanto.

—Yo iré con ella —expuso Sofía en un arranque de valentía, pero enseguida se llenó de temores.

Camila la observó con renovadas esperanzas.

—¿Hablas en serio?

—Sí —repitió Sofía—. Iré con ella, no la dejaré sola —garantizó, y enderezó los hombros para sentirse más segura. Nunca había tenido problemas con Dylan, más allá de algún debate verbal o cruce de miradas asesinas, pero no podía negar que le tenía miedo. En muchas ocasiones ella recibió a su hermana cuando esta llegaba a la casa de sus padres con Tamara en brazos, y el rostro magullado; y pasó varias noches en vela en un frío cuarto de hospital en la ocasión en que Camila fue ingresada tras haber sufrido un aborto, a causa de una golpiza salvaje propinada por el hombre.

Ella sabía de lo que Dylan Treviño era capaz de hacer, pero, aunque estaba aterrada, protegería a la niña con su propio cuerpo si así fuera necesario.

Camila la abrazó sin dejar de agradecerle. Aquello le quitaba un gran peso de encima.

Capítulo 20

Los días siguieron sucediéndose de manera casi rutinaria. Sin darse cuenta una semana pasó desde el día en el que ella había conversado con Tamara. A esas alturas Sofía comenzaba a experimentar agotamiento. El trabajo en el edificio era extenuante y al llegar a casa no podía descansar.

A pesar de los problemas, su hermana hacía un gran esfuerzo por dar a conocer los productos para el cabello. Cada día llegaba con más pedidos, procurándole a Sofía labores adicionales.

El día de acción de gracias lo pasaron en una tensa calma. Organizaron una cena sencilla donde las conversaciones se basaron en el trabajo. Nadie quería entrar en terrenos más personales para no sacar a colación el tema de Dylan, y agitar la angustia de Camila.

Llegado el viernes, Sofía lanzó una exclamación de alivio al recibir la llamada de su amiga Vanessa. La chica había reservado una mesa en un restaurante de la ciudad. La salida le serviría para olvidarse por unas horas de tantas responsabilidades y problemas. Se sacudiría el polvo y el aserrín que acumulaba en sus visitas al edificio donde trabajaba, y se apartaría de los intensos aromas frutales con los que realizaba los productos para el cabello. Anhelaba un respiro que le recargara las energías.

Se enfundó un ceñido vestido azul índigo sin mangas y de falda corta, cubierto por una pequeña chaquetilla que apenas le tapaba los omoplatos, cerrada al frente por un solo botón. Se calzó unas sandalias a juego de tacón alto, y terminó su atuendo con unos pendientes triangulares cubiertos de cristales *Swarovski* y una cartera plateada tipo sobre.

Se dejó la larga cabellera suelta, peinada de lado, que brillaba con intensidad gracias al tratamiento de hibisco que llevaba días probando, y se maquilló ocupándose en resaltar solo sus almendrados y expresivos ojos.

Se sentía regia y hermosa. En ese momento se dio cuenta de cuánto le hacía falta atender un poco su aspecto personal.

—¿Cómo pretendes dar una buena imagen en tu trabajo si no comienzas por ti misma? —se reprochó frente al espejo mientras se agregaba perfume tras las orejas y sonreía satisfecha.

Al salir de la habitación de Tamara, que solía usar para vestirse, se topó

con Camila que venía de la cocina en dirección a su dormitorio. Su hermana cargaba una cesta de ropa recién lavada y vestía un pantalón deportivo y una camiseta algo vieja y manchada, que le había pertenecido a Ronald.

El cabello lo tenía apesado en un extraño moño hecho con horquillas y las ojeras le habían crecido.

Sofía no pudo evitar sentir un nudo en el estómago ante la imagen sombría, agotada y triste de su hermana.

—Qué hermosa. ¿Vas a salir con Tony? —preguntó Camila forzando una sonrisa.

—No. Vanessa está en Miami y me invitó a cenar.

—Vaya, que bien, así te relajas un poco. —La mujer pasó junto a su hermana para perderse tras la puerta de su dormitorio. Sofía quiso detenerla y decirle algo que le levantara el ánimo, pero enseguida escuchó la bocina de un auto que llamaba con insistencia.

Salió apresurada y encontró a su amiga saludándola desde el interior de un lujoso Audi.

—¿Y eso? —preguntó Sofía en referencia al vehículo. Entró en él, sintiendo como la oscura tapicería de cuero crujía bajo ella. El olor a ambientador le embotó los pulmones.

—Es de la empresa. ¿Te gusta?

—¡Por supuesto! —aseguró y repasó con la mirada el elegante salpicadero, lleno de indicadores electrónicos y luces. No pudo evitar que una punzada de envidia le atormentara la existencia.

—Papá lo alquiló para unos clientes que vinieron de Japón. Están construyendo un centro comercial en Jamestown, pero quisieron pasar unos días en Miami antes de marcharse. Se fueron ayer, y el auto lo entregamos la próxima semana. ¡Así que es mío!

—¿Tu papá te cedió el mando de esta nave? —inquirió divertida y simulando desconcierto.

Vanessa, una chica alta y de cuerpo esbelto, cabellos rojizos de bote y rostro perfilado, alzó el mentón y la observó con exagerado orgullo.

—Soy la mujer más confiable del planeta. —Sofía estalló en una carcajada sonora mientras su amiga se ponía en marcha en dirección al norte de Miami, en busca del famoso Circulo Young de Hollywood. Una zona alegre, repleta de restaurantes, discotecas, clubes de música jazz en vivo, cafés al aire libre e infinidad de tiendas.

Por el camino las mujeres alabaron sus atuendos. Vanessa no dejaba de

elogiar la imagen de su amiga, más estilizada y cuidada, y preguntaba mucho por el nuevo producto para el cabello que utilizaba. Sofía no paraba de felicitarla por los logros obtenidos, por esa renovada apariencia de mujer de negocios y por su precioso vestido de tela vaporosa que le quedaba ajustado al cuerpo, estampado con diversas formas artísticas en tonos del violeta al lila.

Se pusieron al día con respecto a sus vidas y proyectos. Vanessa mostró un gran interés por lo que Sofía le contaba sobre su plan de negocios para instalar una oficina de diseño de interiores, así como por el trabajo que realizaba en colaboración con la contratista de su cuñado, y por la venta de los productos para el cabello.

—¡No paras, mujer! —exclamó algo pasmada.

—¿Parar? No puedo, tengo que hacer dinero, no solo para hacer realidad mi sueño, sino para ayudar a Camila con los gastos de la casa. La situación se ha puesto crítica estos días.

—¿Y por qué no le pides ayuda a tus padres? Sé que a ellos no les va mal con sus negocios en Jacksonville.

—No pude aceptar que me prestaran una cantidad tal alta de dinero.

—¿Te la ofrecieron?

—¡Claro! Y yo me negué.

—¿Por qué, tonta?

—Papá y mamá han tenido que dejar de lado muchas cosas desde que se casaron. Tuvieron que olvidarse de sus sueños para luchar por un futuro para Camila y para mí. Es injusto que les quite el dinero que se han ganado con esfuerzo para asegurarse un retiro tranquilo.

Vanessa se mantuvo en silencio por un instante mientras entraba a la calle Sheridan.

—Vaya, me sorprendes amiga. Has cambiado mucho desde la universidad. Recuerdo que la Sofía de antes no desechaba oportunidades.

—No las desecho, pero tampoco estoy dispuesta a complicarle la vida a los míos para surgir. Yo, Sofía Martínez, soy capaz solventar cada uno de mis problemas —dictaminó con determinación.

—Guau, eres mi heroína.

—¿De qué hablas? —preguntó divertida.

—Eres muy adulta, Sofía. Me das miedo. ¿Qué pasó con la joven alocada e inquieta que se graduó conmigo en la universidad hace menos de un año? —Sofía estalló en risas y Vanessa la imitó—. Hablo en serio,

siempre oí tus planes de independencia como si fuera un arrebato momentáneo por la cercanía de la graduación, y para disimular el hecho de no tener ofertas laborales. —Sofía desvió la mirada hacia la vía, y no pudo evitar suspirar—. Pero ahora que veo lo encaminada que estas en hacer realidad esas ideas locas, no puedo dejar de sentir envidia.

—¿Envidia? —preguntó Sofía impactada, y afincó su atención en su amiga. Vanessa era una joven afortunada, que desde la cuna lo había tenido todo en la vida. Formaba parte de una de las familias más pudientes de Jacksonville y dueña de una de las empresas de construcción más estables de la zona. Entonces, ¿cómo era posible que tuviera envidia de ella? ¿De alguien que debía esforzarse día a día para cubrir sus necesidades básicas?

—Sí, envidia. Yo lo único que tengo que hacer es estirar una mano para obtener lo que quiero, no se me niega nada. Sin embargo, no me siento satisfecha.

Sofía arqueó las cejas. Nunca había imaginado que su amiga sintiera algo semejante. A ella le hubiera gustado contar con una fracción de su suerte, aunque debía confesar que disfrutaba muchísimo de sus logros después de trabajar con ahínco por ellos.

—¿Y por qué no buscas tu propio camino?

—¡Estás loca! —expresó Vanessa al entrar en el interior de un estacionamiento—. No podría soportar una entrevista de trabajo. Cuando papá se reúne conmigo para darme instrucciones siento terror, me enfermo cada vez que me enfrento a una hoja en blanco y soy incapaz de hacer algo sin el apoyo de un grupo de diseñadores. Te confieso que me fascina dirigir, dar consejos y opiniones, relacionarme con clientes y defender una propuesta, pero nunca he tenido gran talento para la creación de ideas, tú lo sabes. En la universidad, de no haber sido por Kimberly y por ti, jamás hubiera culminado los estudios.

Sofía analizó aquellas palabras mientras la chica aparcaba el Audi. Era cierto que a Vanessa le costaba iniciar un proyecto, pero cuando alguien daba el primer paso ella se desenvolvía a la perfección. Aportaba ideas de mejoras o evaluaba con ojo crítico lo que se proponía. Además, su amiga era muy desenvuelta y tenía un talento natural para influir en otros y persuadirlos. En realidad, resultaba la mejor apuesta para el cargo que ocupaba. Dirigir y motivar a un grupo de diseñadores creativos era su especialidad.

Entraron al restaurante hablando sin parar de Kimberly, la última integrante del trío, quien en ese momento se hallaba en Europa realizando

cursos sobre diseño de interiores y sostenibilidad. Estudios que le enseñaban técnicas y métodos para desarrollar proyectos con productos y servicios beneficiosos para el medio ambiente, como el uso de electrodomésticos de bajo consumo eléctrico, chimeneas que no requerían salidas de humos ni combustibles fósiles, y muebles y arreglos elegantes elaborados con materiales reciclados o fibras naturales.

Pasaron un buen rato conversando sobre ese tema y recordando algunas anécdotas de la universidad mientras ocupaban un reservado en uno de los restaurantes más solicitados de la zona, y pedían una comida consistente en ensaladas y *Filet Mignon*.

—Cuando regrese Kimberly deberíamos reunirnos nuevamente — propuso Sofía, y comenzó a probar su cena.

—¡Por supuesto! Y planificaremos una de esas salidas alocadas que hacíamos en la universidad, con mucha música, risas y bebidas.

—¡Oh, no! En esas ocasiones terminábamos metidas en problemas o llenas de alcohol hasta las orejas, creo que ya superé esa etapa —bromeó Sofía, lo que trajo a colación recuerdos pasados que produjeron infinidad de risas en ambas.

—Y ya que hablamos de Kimberly, tengo un chisme muy bueno para contarte —alegó Vanessa mostrando emoción.

—¡Las chicas superpoderosas! —Sofía se sobresaltó al escuchar aquella voz. Enseguida alzó la mirada topándose con los alegres ojos café de Kevin Balton, su alto, atractivo y rubio exnovio.

—¿Kevin? —exclamó Vanessa al ver al hombre, quien con paso seguro se introducía en el reservado sonriendo con amplitud. La había saludado utilizando el calificativo que solían aplicarles en la universidad al trío de amigas.

—Que placer encontrarlas. Al escuchar las risas me vi obligado a acercarme. Ese dulce sonido me era muy familiar —expresó mientras se aproximaba a ellas y las saludaba con besos en las mejillas.

Sofía no pudo evitar que las emociones aletearan en su estómago. Como siempre, Kevin estaba magnífico, ataviado con mucho garbo y pulcritud, y con una transparente sonrisa marcada en los labios. Él dirigió hacia ella una mirada expresiva, y la repasó de pies a cabeza con interés.

—El tiempo es tu mejor aliado, Sofía. Como al buen vino, te vuelve más exquisita. —La aludida arqueó las cejas ante semejante piropo. Un oleaje de emociones le hizo erupción en su interior y le cortó las palabras.

—Que oportuno, Balton —se quejó Vanessa y retomó su cena. Comprimía el rostro en una mueca de decepción.

Kevin no esperó invitación para sentarse en la mesa con ellas. Les explicó que había ido a Miami para reunirse en ese restaurante con unos empresarios, ya que su padre y él tenía planeado invertir en algunos proyectos urbanísticos que se llevarían a cabo en esa ciudad. Mientras conversaba con sus futuros socios, oyó las melodiosas risas que le trajeron a la memoria cientos de recuerdos del pasado. No pudo evitar acercarse después de despedirse de los hombres.

Las acompañó tomando una copa de vino, al tiempo que conversaban sobre sus actividades actuales. Kevin no dejaba de observar con ardiente atención a Sofía, quien a cada segundo se sentía más sofocada por la presencia masculina.

La relación que había tenido con él fue intensa en todos los sentidos. Por eso le resultó inevitable sentirse perturbada al verlo de nuevo.

—Estoy plenamente seguro de que cumplirás tus sueños —apuntó Kevin después de que la chica le relatara una síntesis de sus proyectos—. Eres capaz de sacrificar cualquier cosa por hacerlos realidad.

Ella se inquietó. Había terminado la cena y solo tenía una copa de vino para distraerse y ocultar su ansiedad. Kevin comprendía que la ruptura de la relación que mantuvieron había sido más por evitar que él obstaculizara sus planes que por una decepción amorosa.

—Hay que esforzarse para alcanzar un objetivo —justificó ella sin mirarlo a los ojos.

—Pero esa estrategia de comercializar productos para el cabello es excelente —aseguró Vanessa—. Tienes muchos conocimientos en esa materia y por años has probado sus efectos, sabes que vendes artículos de calidad. Estoy segura de que eso te generará grandes dividendos que podrás utilizar para llevar a cabo tu plan de negocios.

—No te niego que ha dado buenos resultados, pero necesitaría triplicar los pedidos para que las ganancias puedan cubrir, además de los gastos de la casa, mi proyecto —explicó Sofía con calma—. Camila hace un gran trabajo por darlos a conocer en la peluquería, pero no creo que eso sirva para aumentar las ventas hasta ese punto. Lo que debo hacer es conseguir más contratos de diseño como el que ahora estoy haciendo. Si todo marcha bien con el club náutico y recreativo, quizá tenga más ofertas que me ayuden a conseguir dinero sin tener que recurrir a un préstamo —explicó con

desilusión. Kevin se acercó a ella y de manera imprevista le acarició un mechón de la larga cabellera.

—Tal vez pueda ayudarte.

Sofía lo observó con asombro. Más aún, al notar la mirada cálida y profunda que él le dirigió. La misma que solía dedicarle cuando le expresaba sus constantes necesidades carnales.

Kevin era un hombre fogoso y complaciente, eso era lo que a ella más le había atraído de su persona, pero no comprendía por qué en esa ocasión sus provocaciones le resultaban incómodas.

—Siempre tan caritativo, Balton —comentó Vanessa con un marcado tono de reproche, y afincó una mirada sanguinaria en el hombre.

Sofía la miró impactada, parecía que su amiga le recriminaba algo, pero sus ganas de enterarse de ese asunto se diluyeron cuando Vanessa se disculpó y se levantó de la mesa para salir a la terraza. Su teléfono móvil no dejaba de sonar.

—Conozco a mujeres en esta ciudad con las que he hecho gran amistad —comentó Kevin al quedar solos—. Muchas de ellas viven de su imagen y suelen moverse en selectos grupos sociales. Si me facilitas algunas muestras de tus productos podría hacérselos llegar.

—¿Harías eso por mí? —consultó ella con interés. Su exnovio era un hombre que trataba con gente de altos estratos sociales, si sus productos para el cabello lograban colarse en los gustos exclusivos de esas personas, el éxito sería inminente.

—Por supuesto, cariño. Por ti bajaría hasta la luna. —Su directa insinuación le afectó la cordura a la joven, pero rápidamente se controló, al recordar la gran oportunidad que se le presentaba.

—Prepararé algunas muestras. Cuando las tenga lista te llamaré.

—Y cenamos juntos —completó él, con una sonrisa impregnada de satisfacción.

Sofía estuvo a punto de negarse a la propuesta, pero la aparición repentina de Vanessa la interrumpió.

—Amiga, tengo problemas en casa —indicó y se sentó en la mesa con evidente enfado—. Mi mamá ha estado algo quebrantada por un virus y papá tuvo que regresar esta tarde a Jacksonville por negocios, tengo que ir a acompañarla.

La familia de Vanessa contaba con un departamento en Miami Beach, donde en más de una ocasión ella se había quedado cuando escapaban de

Jacksonville para pasar un fin de semana de locura en esa ciudad.

Vanessa tomó su bolso para buscar la tarjeta de crédito y pagar la cena, pero Kevin se lo prohibió, insistiendo en cancelar él la cuenta como gesto de amistad.

—Y para que te ocupes de tu asunto familiar sin más inconvenientes, yo llevaré a Sofía a su casa.

Vanessa lo observó con desconfianza y achinó los ojos hacia él.

—Pórtate bien, Kevin Balton. —Su advertencia desconcertó a Sofía, pero su amiga estaba tan preocupada por el asunto de su madre que enseguida se levantó de la mesa y se despidió de ambos, asegurándole a Sofía que la llamaría apenas tuviera oportunidad.

Kevin pagó la cena y se dirigió con Sofía al estacionamiento, donde se hallaba su BMW convertible. Dentro del auto, la mujer se sintió de nuevo contrariada al verse arropada por el lujo y la ostentación en la que su antiguo novio vivía. Aquello ya no le parecía tan emocionante como en el pasado, sino que la llenaba de inquietud.

—Me ha encantado encontrarme contigo esta noche —arguyó el hombre mientras transitaban por las amplias calles de la ciudad—. Espero no sea la última vez que nos veamos. Pienso pasar unos meses en Miami, antes de regresar a New York, mientras se concretan los acuerdos de los proyectos en los que invertiré.

—Claro que nos volveremos a ver. Quedamos en que nos reuniríamos para hacerte entrega de las muestras.

—Por supuesto, pero ese sería un encuentro de trabajo y contigo no quiero mezclar el trabajo con el placer.

La referencia al «placer» produjo en la chica una turbación mayor. Kevin no paraba de hacer insinuaciones desde que se habían encontrado en el restaurante. Dejaba en claro sus intenciones. Pero ella no estaba segura de querer seguirle la corriente. Algo la detenía y la alejaba de ese hombre, quizá unos ojos azules, tan vivos y ardientes, que se negaban a salir de su mente.

—¿Placer?

Kevin sonrió con amplitud.

—La amistad es considerada uno de los mejores placeres, ¿no crees?

Ella no quiso ahondar en el asunto, para no darle más alas a las claras pretensiones del hombre. No era una tonta, pero tampoco una idiota incapaz de mantener a raya a su exnovio y establecer con él una relación de amistad comedida. Sobre todo, si este se había ofrecido a ayudarla con uno de sus

emprendimientos.

Capítulo 21

Llegaron a la casa de Camila en medio de una noche tranquila y acogedora. Él salió del vehículo para acompañarla hasta la verja, donde ella lo encaró sin saber cómo despedirse. Nunca había utilizado palabras para decirle «adiós». En el pasado, sus besos apasionados hablaban por sí solos. Sin embargo, ese día no utilizaría esa estrategia.

—Hoy ha sido una noche fabulosa —le confió Kevin, antes de acercarse a ella y tomar con delicadeza su barbilla—. Eres la mujer más hermosa y valiente que he conocido —susurró y bajó el rostro en busca de su boca.

Sofía estuvo a punto de retroceder, pero Kevin fue rápido y logró posar un beso suave y superficial sobre los labios de ella. Un tierno roce que no despertó la menor inquietud en la chica.

Al percibir que la intensidad de lo que había sentido por él se había extinguido, comprendió que aquel beso fue necesario para pasar esa página.

Con ello se aseguraba que Kevin ya no significaba algo especial en su vida. Era simplemente un buen amigo, con quien había compartido mucha intimidad en el pasado, pero quien nunca llegó a tocarle el corazón.

En el instante en que separaban sus labios, el potente brillo de una luz les cegó el rostro. Sofía se apartó enseguida de Kevin y miró en dirección al auto que se había estacionado frente a la casa.

Al apagarse las luces de los faros, otra luz más cegadora le traspasó el alma: la de los ojos decepcionados de Tony. Su mirada furiosa y herida se clavó en ella, produciéndole un dolor tan grande que por un instante perdió la respiración.

—Buenas noches —la voz ruda de Ronald la despertó de su letargo. Al girarse hacia su cuñado notó como este observaba con desconfianza a Kevin mientras se acercaba a ellos.

—Buenas noches —respondió su exnovio, y enderezó los hombros antes de guardar las manos dentro de los bolsillos de su elegante pantalón.

—No sabía que traerías amigos a casa, cuñada. —Ronald expresó el calificativo con tanto reproche que estremeció a Sofía, al tiempo que pasaba junto a ella para entrar a la vivienda bufando como un toro enfurecido.

Kevin le sonrió con dulzura y se despidió acariciándole un brazo. Subió

a su auto y se marchó. Ella quedó sola en la acera.

Giró el rostro hacia el auto de Tony y lo vio sentado en el asiento del conductor. Él mantenía una postura rígida, con una mano aferrada al volante, y el codo de su brazo libre apoyado en la ventanilla mientras se frotaba la mandíbula.

Suspiró antes de encaminarse hacia él, intimidada por su mirada acusadora, y se detuvo a su lado.

—Hola —lo saludó con inseguridad. Tony bajó la mano con la que se frotaba la cara e intentó relajar las duras facciones de su rostro.

—Hola.

—Yo... —comenzó ella, pero se detuvo al darse cuenta que no sabía por qué debía justificarse.

—No tienes que decir nada, preciosa —comentó él. Se esforzaba por mostrar una sonrisa traviesa—. Lo nuestro es pura diversión, ¿lo recuerdas?

Aquello rompió algo en el interior de Sofía.

—Tony...

—No lo eches a perder, Sofía —la interrumpió, y le dedicó en esa oportunidad una mirada desolada—. Me gustaría quedarme con el recuerdo de lo que pudo ser.

Ella abrió la boca para rebatir esas palabras, pero nuevamente había quedado con la mente en blanco. La humedad que le cubría las pupilas parecía empañarle también la inteligencia.

Ronald apareció casi enseguida y le entregó a Tony una carpeta llena de documentos.

—Estas son las facturas que tengo, Jonás te entregará las demás. Con eso completamos el informe de gastos para Donovan.

Tony asintió y encendió el motor después de recibir la carpeta.

—Adiós. —Se despidió de Sofía con esa fría palabra y puso el auto en marcha.

Ella se quedó allí, inmóvil, miraba como él desaparecía en el horizonte, asfixiada por el profundo vacío que sentía en el estómago.

—¿Te quedarás allí toda la noche? —la reprendió Ronald, pero al girar el rostro hacia él, lo vio entrando a la casa con pasos rápidos y el rostro ceñudo.

Superada por una sensación de impotencia se dirigió a la vivienda. Halló a su hermana que salía de la cocina con un vaso de agua en la mano. Su semblante reflejaba desaprobación.

—Espero hayas pasado una buena noche —le dijo antes de introducirse en la habitación donde la esperaba su marido.

Nunca en su vida Sofía se había sentido tan sola y triste. Después de haber tenido una existencia mimada el tiempo en que vivió con sus padres y exitosa socialmente mientras estudió en la universidad, ahora se veía tan desalentada y vacía que le dolía.

Se derrumbó en el sofá con agotamiento. Aquella noche había comenzado tan bien que debió sospechar que algo fatal ocurriría al final, así no hubiera terminado tan sorprendida. Solo la actitud que asumiría en los próximos días podría cambiar esa realidad.

El fin de semana fue un caos total. Sofía no tuvo tiempo de asimilar su pena por lo ocurrido el viernes, ya que la visita de Dylan Treviño acaparaba por completo la atención de todos. Tony no volvió a aparecer por la casa, solo lo hacía Gerald, que procuraba colaborar para mantener la calma en su hermano.

Camila estaba sumida en una angustia que contagiaba a quien se le acercaba, y Ronald no podía estar más irritable. Discutían por cualquier detalle, exasperando aún más los nervios quebrantados de Sofía.

El límite de su paciencia se perdió cuando su madre llamó desde Jacksonville para conocer noticias y comentar anécdotas. Camila aprovechó la ocasión para llorar al teléfono y descargar sus miedos, alterando a la pobre mujer. Era imposible detenerla. Cuando le correspondió hablar a Sofía, quien se puso al teléfono fue su padre. Este le aseguró con enfado que viajaría a Miami para hacerse cargo del asunto, y sacar a patadas de una vez por todas a Dylan Treviño de sus vidas. Hicieron falta varios minutos de conversación para persuadirlo de que, a pesar de los temores de su hermana, la situación estaba controlada. Ronald y su familia se mantenían alertas y contaban con el apoyo de la policía local que había sido notificada por sugerencia del juez que llevaba el caso de la custodia.

Para Sofía fue un esfuerzo casi titánico convencer a sus padres de que se mantuvieran en casa. Su mamá era muy emotiva y su padre explosivo, la presencia de ambos podrían complicar las cosas.

Al lograr su cometido y terminar la llamada clavó una mirada severa en Camila, que parecía a punto de derrumbarse por los nervios.

—Camila Martínez, siempre has sido una mujer serena y de mente fría, no puedo creer que hayas sido capaz de angustiar a nuestros padres de esa manera.

—¿Angustiarlos? ¿Acaso no te das cuenta lo que sucede? —La mujer bufó con indignación y se dirigió a la cocina. Sofía la siguió muy de cerca—. Opinas así porque tú no sufriste en carne propia la crueldad de Dylan. Yo sé muy bien de lo que es capaz, estuve tres meses hospitalizada gracias a su última golpiza, ¡y hasta perdí un hijo! ¿No lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo —aseguró Sofía mientras veía a su hermana pasar un paño por los platos que había secado minutos antes—. Yo estuve a tu lado todo ese tiempo y sé lo mucho que sufriste, pero no puedes dejarte dominar por el miedo ahora. Dylan jamás ha intentado algo contra Tamara y ella no estará sola. Lo sabes.

—Hablas de forma egoísta —acusó Camila con rencor y lanzó sobre la encimera el paño para caminar por la estancia de un lado a otro, con nerviosismo—. Dylan quiere quitarme a Tamara y no puedo estar cerca de ella para impedirlo, Ronald tampoco...

—¡Pero yo sí! —la interrumpió— ¿Crees que permitiré que él se la lleve? Primero tendrá que matarme.

Camila la observó con los ojos muy abiertos. Las palabras de su hermana la horrorizaron.

—Quiero estar presente. Si él fuera capaz de hacerle algo a mi hija, o a ti... —Las palabras parecieron ahogarse en la garganta de Camila, pero trago grueso para recuperar la voz y terminar su intervención—. Prefiero que descargue de nuevo sus rabietas conmigo antes de que las toque a alguna de ustedes. —La mujer se tapó el rostro con ambas manos para llorar con desolación. Sofía se acercó y la abrazó con fuerza. El corazón lo tenía aprisionado en el pecho.

—Tranquila, confía en mí, mantendré la situación controlada. No ocurrirá nada. —Apartó un poco a su hermana aferrándola por los hombros, para obligarla a que la mirara a los ojos—. Pero Camila, esa actitud tuya está afectando a Tamara. Tu hija está encerrada en su habitación, temblando de miedo, y se sobresalta cada vez que escucha un grito de Ronald. Si ustedes no mantienen el control ella tampoco lo logrará, y si Dylan se percata de su estado, tendrá motivos para querer quitártela.

El rostro de la mujer por un momento pasó de la agonía al más puro terror, pero casi enseguida se relajó por completo. La determinación poco a poco se fue apoderando de su semblante.

—Tienes razón. No puedo seguir actuando de esa manera —expuso con firmeza, y se limpió las lágrimas que le marcaban el rostro—. Tamara cuenta

conmigo, debo trasmitirle confianza.

Sofía asintió en silencio. El cambio brusco en la actitud de su hermana por un momento la abrumó.

—Confío en ti, Sofía. Sé que cuidarás de mi hija y todo saldrá bien.

Sin decir más, Camila salió de la cocina con el carácter cambiado y los hombros rectos. Aquello preocupó a Sofía, pero se obligó a calmarse y concentrarse en lo que debía hacer. Nadie había puesto en sus manos su mayor tesoro y eso la angustiaba.

Respiró hondo y alzó el mentón, dispuesta a cumplir con éxito su misión. No se arriesgaría por cualquier persona, lo hacía por su familia, por su sangre, y ante eso no podía titubear.

Después de la última agresión de Dylan hacia Camila, meses después de que ella iniciara una nueva vida junto a Ronald, el Tribunal dictó una orden de restricción que aplicaba el no contacto entre los padres, pero que no incluía a la niña. Dylan podía encontrarse con su hija a través de visitas supervisadas, cumpliendo con un calendario que costó sudor y lágrimas para todos establecer en esa época, ya que los miedos y odios no los dejaban llegar a un acuerdo. No obstante, Dylan no llegó a cumplir con esas visitas, debido a un viaje repentino a California, donde vivía su primera esposa.

Ahora regresaba exigiendo sus derechos.

Camila acudió al Tribunal en busca de asesoría, y allí establecieron un encuentro aconsejándole que escogiera a una tercera persona que se encargara de velar por la niña durante la reunión. Esa opción sería presentada al padre para que este aprobara o no su participación. En caso de no existir un acuerdo, el Tribunal asignaría a alguno de sus funcionarios. Sin embargo, y por alguna causa desconocida, Dylan no puso reparos en que fuera Sofía quien acompañara a Tamara en esa visita. La aceptó enseguida, exigiendo solo que el encuentro no fuera en uno de los centros sociales destinados para tal fin, sino en un parque público.

Camila no dudó en apoyar esa condición, eso le permitiría contar además con la presencia de la policía local. Con Dylan no podía dejar de tomar previsiones.

La rapidez con la que se establecieron los acuerdos permitió al Tribunal firmar con prontitud una orden de visita supervisada. Por eso, la mañana del domingo, Sofía se encaminaba con una silenciosa Tamara por la ancha caminería de un parque público, hacia el encuentro con el hombre.

Camila y Ronald la habían agobiado con tantas advertencias antes de

salir de casa que le era imposible tranquilizarse. Avanzaba con inquietud, como si al final se hallara el lugar donde sería lapidada y no su antiguo cuñado.

—No te preocupes, corazón, solo será una hora —le comentó a Tamara con intención de aplacar los nervios de la niña, sin notar que a la chica no le perturbaba el hecho de encontrarse con su padre, sino todas las consecuencias que aquello ocasionaba: los miedos de su madre, la furia de Ronald, las discusiones entre ellos, y la posible desestabilización del hogar que había logrado encontrar después de la dramática destrucción del anterior.

Hallaron a Dylan sentado en un banco al borde del camino, bajo la sombra de un árbol. Esperaba impaciente con una gran caja chata en las manos, envuelta en un papel brillante y dorado. Tamara se acercó y saludó a su padre con un tenso abrazo. Sofía esperó tras ella, cruzada de brazos.

—Pero mírate, dulzura, si estás hecha toda una mujer —señaló el hombre con orgullo y con una amplia sonrisa en su cara ancha de facciones cuadradas.

Dylan Treviño era tan rubio que sus cabellos se tornaban blancos con el brillo del sol; hasta las pobladas cejas, las pestañas y el pelo de la barba eran claros. Sin embargo, sus ojos eran oscuros como la noche y observaban con desconfianza. Su cuerpo grande y robusto intimidaba; y sus manos, de dedos largos y velludos, eran capaces de abarcar sin problemas el cuello de Sofía, y cerradas en puños se transformaban en una terrible amenaza.

El pensamiento estremeció a Sofía y la llenó de más temores.

—Hola, Sofía. Tiempo sin verte —la saludó el hombre con frialdad, manteniendo hacia ella una mirada llena de desprecios.

Sofía se irguió y alzó el mentón. No estaba dispuesta a mostrarle al sujeto lo aterrada que estaba.

—Hola, Dylan.

—¿No piensas sentarte? Hay suficiente espacio, ¿o piensas pasar una hora de pie? —Sofía respiró hondo para no perder la cordura y tomó asiento junto a Tamara, que abría con indiferencia el regalo que su padre le había llevado.

—¡Tía, mira! —Las preocupaciones de la niña se esfumaron por completo al observar el contenido de la caja: una colección de discos compactos, cuadernos, afiches, *stickers* y franelas alusivas a su banda de música favorita, One Direction.

Sofía sonrió al ver la felicidad marcada en el rostro de su sobrina,

después de haber pasado días ahogada en la tristeza por la proximidad de aquel encuentro.

Tamara no dejaba de agradecer a su padre mientras revisaba con atención cada objeto. Camila también solía obsequiarle cosas referentes a esa banda, pero no en tanta cantidad.

—¿Qué opinas, Sofía? ¿Acerté con el regalo?

—Veo que sabes cómo impactar a una mujer —arguyó ella, solo para molestarlo. Sin lograr el efecto deseado.

—Eso es muy fácil, solo hay que estar atento a los detalles, y cuando se trata de mi hija soy como un águila. —La aseveración del hombre la fastidió. ¿Acaso no estuvo desaparecido por meses en otro estado sin preocuparse por saber cómo la llevaba su hija?

Se tragó un bufido para no alterar el momento. Hasta ahora lo estaban pasando en calma. Desvió la mirada para otear el parque mientras padre e hija conversaban entre ellos sobre los integrantes de la banda británica, fue así como sus ojos se toparon con unos azules que la observaban con atención desde la distancia.

Su corazón se propulsó a mil por horas al divisar a Tony parado junto a un carrito de helados, a varios metros de distancia. Intentaba pasar desapercibido mientras las vigilaba. Aquello la conmovió y asustó al mismo tiempo. Si estaba allí cuidando de ella, era posible hallar su perdón, pero si Dylan se percataba de su presencia, ardería en cólera.

—En unos meses tengo planificado viajar a Inglaterra, me gustaría que vinieras conmigo, así puedes adquirir objetos exclusivos de esos chicos —comentó el hombre a su hija.

—¿De verdad? —indagó Tamara emocionada.

—Sí, haré lo posible porque vayas conmigo —le comunicó—. Quizás podamos conocer en persona a los miembros de la banda. No debería ser tan difícil.

—¡Eso sería genial!

—No la ilusiones —rebató Sofía con enfado.

—¿Por qué? ¿Acaso son imposibles los sueños? —alegó Dylan.

—Algunos casi lo son.

—¡Oh vamos, Sofía! El simple hecho de intentarlo es un sueño en sí.

—Es cierto, pero sabes que es más difícil que te la lleves de viaje a que conozca a esos cantantes. —Por un instante, Dylan perdió la desafiante alegría del rostro. Era consciente de que Camila no le cedería con facilidad a

su hija para llevársela de viaje por algunas semanas, mucho menos a otro continente. Sin embargo, con intentarlo y hacer de aquella querrela un infierno para su exmujer, se sentiría complacido.

—Tía no seas aguafiestas.

—¡Tamara! —la reprendió Sofía, procurando controlar su furia, sobre todo, al ver que Dylan sonreía con satisfacción.

—Tranquila, dulzura, ese será un tema que tocaremos en otro momento —le dijo a la niña.

Con rencor Sofía le torció los ojos, y volvió a desviar la mirada para no incordiarle con su odiosa cara. Él siguió conversando con la niña, ignorándola por completo, y ella no dejaba de estar pendiente de Tony, que se movía con discreción por el parque con su atención puesta en ella. Un intenso oleaje de ternura le barrió del pecho las energías negativas, y no pudo evitar sonreír como una colegiala que era seguida sin descanso por los tímidos ojos del chico más atractivo de la clase.

—¿También te gustan esos chicos? —Se giró asustada hacia Dylan al escuchar la pregunta que este le dirigía. La vergüenza le tiñó las mejillas. El hombre había notado su sonrisa tonta y pensó que se debía a lo que ellos hablaban.

—¿A quién no? —mintió ella para no levantar sospechas.

—¿No estás un poco grande para esas tonterías?

—Son niños muy atractivos.

—Claro que lo son —remarcó Tamara. Dylan fulminó a su hija con la mirada, gesto que enfadó a Sofía.

—Habla igual que tú, eres una mala influencia —le reprochó el hombre. Sofía achinó los ojos hacia él.

—¿Solo porque es capaz de ver belleza en un hombre?

—Ella es una niña —sentenció con irritación—. No tiene edad para sentir interés por nadie.

—Qué opinión tan arcaica y equivocada —se burló Sofía.

Tamara percibió la actitud iracunda que su padre le dirigía a su tía y eso le esfumó la buena disposición que tenía por aquella visita.

—No me importa lo que pienses, ella no tiene edad para mirar a un hombre de esa manera.

—Dentro de poco cumplirá once años, está muy cerca de la adolescencia. ¿Sabes lo que pasa en esa etapa de la vida?

Sofía estaba tan enfadada que no medía sus palabras, ni se percataba lo

que estas generaban en la mente perturbada y violenta del sujeto sentado cerca de ella.

—¿Qué harás cuando los chicos comiencen a interesarse por tu hija? — lo fustigó—. Es una Martínez, tenemos un imán especial para los hombres.

El rostro de Dylan adquirió una coloración alarmante y su mirada un brillo amenazador. Sin embargo, el hombre se esforzó por mantener la calma e ignorar el comentario de la mujer para continuar la conversación con su hija, quién ahora se mostraba incómoda y ansiosa por marcharse a casa.

Sofía se reprendió internamente por su torpeza. Siempre le pasaba lo mismo, su boca hablaba de más cuando estaba enojada o nerviosa. Solo esperaba que aquello no trajera consecuencias devastadoras.

Capítulo 22

Para su tranquilidad, el resto de la velada siguió sin novedad. No volvió a inmiscuirse en la conversación para no cometer más errores y contó impaciente los minutos esperando que pronto ese encuentro terminara. Tony en todo momento se mantuvo alerta. Por eso Sofía logró no perder la cabeza y cumplir hasta el final con su misión. La presencia de Tony la calmaba y la llenaba de la fortaleza necesaria para enfrentar los inconvenientes.

Después de aquel día, a pesar de la tranquilidad que volvió a reinar en el hogar, la vida no fue la misma para Sofía. Era evidente que todos la trataban con una mal disimulada frialdad, como si le recriminaran algo, y estaba segura que no se debía al error ocurrido con Dylan.

Cuando el sujeto desapareció, quedó como telón de fondo su traición hacia uno de los miembros de la familia.

En el trabajo todos eran distantes con ella y si tenían que consultarle algo lo hacían con diplomacia. La confianza parecía haberse perdido. El golpe más fuerte le llegó el día en que se acercó a Tony y quiso agradecerle por haber velado por ellas en el encuentro con el ex de su hermana.

—Lo hice por Tamara, a quien quiero como a una hermana. Y por Ronald y Camila, para que de esa manera estuvieran más calmados. —No la nombró a ella. Tal vez lo hizo solo por molestarla, y si fue así, lo había logrado, porque Sofía se pasó los días sumida en una incómoda aflicción, que comenzaba a notarse en cada cosa que hacía.

En una ocasión se llenó de valor y decidió detener a Tony cuando este bajaba por las escaleras del edificio del club náutico hacia la planta baja. Ella se apresuró a alcanzarlo en el rellano, llamando su atención.

—¡Tony, espera!

Él se giró hacia la mujer en medio de un suspiro de agotamiento.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué me tratas así? —le preguntó con los ojos húmedos.

—Tengo mucho trabajo, estoy cansado y ansioso por irme a casa. Es todo —alegó y le dio la espalda para continuar su camino. La angustia se le acumuló a Sofía en el pecho.

—Tony —Él se detuvo pero no la encaró—. No sentí nada con su beso,

Kevin no significa nada para mí.

El hombre se viró y la observó con frialdad.

—¿Qué puedo hacer con eso? Ese es tu problema, no el mío. —El dolor invadió el alma de Sofía, asfixiándola. Retrocedió un paso impactada por esas palabras, que le resultaron más duras que su indiferencia.

Sin decir nada más, él se marchó, y la dejó allí, desolada.

Llegado el viernes, Sofía comenzaba a mostrar resignación. Se aferró a sus trabajos para no manifestar su pena.

Preparó una caja de muestras gratuitas de sus productos que le entregaría a Kevin esa misma noche. Pasó a la cocina ignorando la cháchara incansable de Ronald, quien se había reunido allí con el resto de los chicos, con intención de terminar de acomodar el paquete.

Se esforzó por aparentar desinterés mientras terminaba de guardar los frascos dentro de la caja. Tony se hallaba detrás de ella, sentado en la mesa evaluando el último plano hecho al puerto del club, que había sido modificado por una nueva exigencia de Donovan.

En las horas que llevaban reunidos en el lugar, él no le había dirigido ni una sola mirada y eso la tenía perturbada.

Al escuchar el timbre le notificó a Camila que siguiera en lo suyo, porque ella atendería la visita. Tomó la caja con las muestras y se enrumbo hacia la entrada. Abrió la puerta, topándose con Kevin, que había pasado al porche de la casa.

Como era habitual en él, estaba vestido de manera impecable, con un traje gris diseñado a la medida de su perfecta anatomía. Sus relucientes dientes blancos brillaban gracias a la luz de los focos, y su sedoso y bien cortado cabello rubio estaba peinado hacia atrás con pulcritud. Sin que un solo pelo se atreviera a romper con la armonía del conjunto.

—Pero si estás... impactante —acertó él con una sonrisa encantadora. Sofía bufó, poco le importaba su apariencia. Ese día se había enfundado unos *leggings* estampados de Camila que le remarcaban las caderas, y una vieja camiseta blanca sin mangas que resaltaba sus atributos. Los largos cabellos los tenía atados en un moño alto mal hecho, rodeados por un pañuelo floreado enlazado en forma de diadema.

En el rostro no tenía ni una pizca de maquillaje, pero sí unas pequeñas ojeras, producto de la falta de sueño y por la tristeza.

—No te atrevas a burlarte, hoy no ha sido uno de mis mejores días —advirtió ella con sequedad y le hizo entrega de la caja.

Él la recibió algo sorprendido, no esperaba un recibimiento tan frío como ese.

—¿Qué te pasa, amor? Pareces agotada.

—Lo estoy —expuso la joven y suspiró para aligerar un poco su mala onda. Al fin y al cabo, Kevin le haría un gran favor, no merecía un trato tan implacable—. Disculpa, pero he tenido mucho trabajo estos días.

—¿Por qué no te relajas? Recuerda que me prometiste una cena.

—No te prometí nada —aseguró cruzándose de brazos—. Además, ahora no puedo. Tengo que hacer varios productos que Camila ofreció para mañana a sus clientes.

El hombre arrugó el ceño.

—¿Hablaste con Vanessa, por eso actúas así? —Ella se extrañó por la pregunta, pero estaba tan cansada y decepcionada que no le prestó más atención de la debida.

—No la veo desde la noche en nos encontraste en el restaurante.

Kevin sonrió con alivio.

—Bien, me alegro. —Él se acercó a ella, le tomó la barbilla y bajó la cabeza en busca de sus labios, pero Sofía se alejó—. ¿Qué pasa? —La chica retrocedió un paso y quitó con delicadeza la mano del hombre de su cara.

Notó que Kevin miraba con incomodidad algo tras ella, al girarse, se encontró a Tony parado muy cerca, con el cuerpo rígido y con una mirada exasperada dirigida hacia el visitante.

—¿Todo bien, preciosa? —indagó sin apartar su atención del sujeto.

—Sí... él... —Sofía se frotó el cuello con nerviosismo. Kevin se irguió con desafío.

—Me voy, me esperan para cenar. Luego te llamo, Sofía —le informó y se esforzó por despedirse con una sonrisa seductora, aunque no podía ocultar lo irritado que se sentía por la repentina interrupción.

La confusión sembró a Sofía en el lugar. Fue Tony quien se acercó a la puerta para cerrarla, después de ver que Kevin cruzaba la verja en dirección a la calle.

Con lentitud se giró hacia ella y la repasó de pies a cabeza con la furia anclada en las pupilas.

—Quizás tú no sientas nada por él, pero es evidente que ese tipo está interesado en ti.

La paciencia de Sofía se desbordó con ese reproche. Después de su rechazo y de ser ignorada por él, tanto en el trabajo como en la casa, le

resultaba insoportable que pretendiera reclamarle por el posible interés que otro hombre pudiera sentir por ella. Alzó los hombros con indiferencia antes de hablarle.

—A mí eso me tiene sin cuidado. —Se giró sobre sus talones, para regresar a la cocina y recoger los materiales que había utilizado en la preparación de las muestras, pero Tony la retuvo por un brazo y la obligó a encararlo.

—Conmigo sucede lo contrario —informó y la tomó por la mandíbula para alzarle el rostro y dejarlo a escasos centímetros del suyo—. A mí sí me importa lo que ese imbécil pueda sentir por ti —bramó, antes de besarla con arrebató.

A Sofía el mundo se le derrumbó a los pies. El reclamo que le hacía la boca de Tony la abstraía de la realidad. No supo de sí hasta sentir los fuertes brazos de él alrededor de su cuerpo, aferrándola con firmeza.

Al terminar el beso Tony se mantuvo por un instante pegado a ella, procuraba recuperar la respiración.

—Sí me interesa lo que él sienta por ti —repitió en susurros. Luego la soltó y se apartó para volver a la cocina.

Sofía se mantuvo allí por un tiempo indefinido. Perturbada. Temblaba por la intensidad del beso y por la colisión de emociones que se produjo en su vientre. Cerró los ojos y se relamió los labios, degustando el sabor que aún poseían.

Sí tenía esperanzas de un perdón, pero no lo exigiría ahora, debía esperar a que se aplacara la furia de Tony.

No entró en la cocina. Prefirió encerrarse en la habitación con Tamara hasta que los hombres se marcharan, luego ordenaría sus artículos de trabajo. La felicidad le brotaba por los poros, ansiosa porque llegara la mañana para comenzar a buscar una nueva oportunidad.

Sin embargo, al día siguiente todo su optimismo se fue al garete.

Fue al edificio donde se instalaría el club náutico y recreativo, dispuesta a evaluar el acabado y funcionamiento de los elevadores que la semana anterior habían mejorado. Ampliaron las puertas de las cabinas e instalaron barandales y dos tableros de controles, uno alto y otro más bajo, para el uso de personas en sillas de ruedas.

Faltaba poco para el receso navideño y Ronald quería adelantar la mayor cantidad de trabajo posible para no tener mucho que finalizar en Enero. El edificio debía estar en funcionamiento para los primeros días de febrero, de

esa manera cumplirían con las fechas de entrega, por eso trabajaban incluso los sábados.

Pero cuando Sofía llegó lo que menos hacían los hombres era trabajar. Ivanova, la chica que Jonás aún pretendía, había decidido ir de visita con sus dos amigas: la desteñida que tenía aspiraciones de rubia, y la negra alta. Las mujeres acaparaban la atención de todos los hombres, desde el obrero hasta el abogado/administrador de Donovan, que ese día había asistido para buscar el informe de gastos.

Las ropas ajustadas y modernas de las chicas eran más llamativas que los cientos de carteles y señalizaciones puestos por toda la edificación, y eso a Sofía la ofuscaba, más aún al ver que Tony era uno de los abejorros que revoloteaba alrededor de esa miel.

Solo un par de miradas se cruzaron entre ellos, tan insignificantes que a Sofía le dolieron, y un escueto saludo que se vio interrumpido por el acoso descarado de la rubia de bote, quien no perdía ocasión para asirse al brazo del hombre. Gusto que él no le negó, y parecía disfrutar.

Con esfuerzo, Sofía intentó olvidarse de ese asunto y centrar su atención en el trabajo que iba a hacer, pero el ardor que sentía en el vientre causado por los celos la distraía, y la volvía irritable.

Al terminar se marchó del lugar sin despedirse. Le importaba muy poco lo que pensarán u opinarán de ella. No le debía nada a nadie, solo a su cliente, y con él había cumplido garantizándole un buen trabajo.

Llegó a su casa hecha un manojo de nervios. Furiosa con todo el mundo, sobre todo, con Tony. Mascullaba palabras inentendibles mientras intentaba concentrarse en la preparación de sus productos para el cabello. Camila la observó con curiosidad, a una distancia prudencial. Comprendía que su hermana no había tenido un buen día.

—Soy toda oídos —se atrevió a decir, al tiempo que se ubicaba junto a Sofía para ayudarla cortando el mango que utilizaría en la crema.

Las quejas de la chica se silenciaron. A Camila no le gustó la profunda tristeza que apareció en el rostro de su hermana.

—Me siento tan derrotada —masculló con pesar.

—¿De qué hablas? ¿Derrotada en qué sentido? Ronald me ha contado que el trabajo que estás haciendo en el club es genial, has sorprendido gratamente a Donovan y a las mujeres de la fundación. Tanto, que quieren contratarte para otros trabajos. —Sofía negó con la cabeza y sus ojos se humedecieron—. Y aunque no hemos logrado grandes ventas con los

productos para el cabello, los clientes están muy satisfechos y poco a poco se están haciendo famosos en el barrio. Ya verás que en algunos meses los pedidos aumentarán de manera considerable. Pronto seremos ricas y famosas —bromeó, intentando arrancarle una sonrisa a la chica.

Sofía dejó de mala gana los utensilios que lavaba dentro del fregador y se secó las manos con un paño.

—¿Ricas y famosas? Por supuesto, venderemos tantas cremas y champús que tendremos largas listas de espera pegadas al refrigerador —ironizó con amargura—. Pero, ¿con quién celebraré ese triunfo? Tú tienes a tu hija y a tu marido para hacer una fiesta, ¿y yo?

Camila se mostró enfada y dejó el mango sobre la encimera para apoyar una de sus manos cerradas en un puño sobre su cadera.

—Tú tienes una hermana, una sobrina y un cuñado que se pondrán muy felices por tus logros, sin hablar de unos padres a quienes no le cabe el orgullo que sienten por su hija más brillante, unas amigas que gritan gozosas cada vez que haces una hazaña, y sobre todo, a un hombre que cree ciegamente en ti y que sabe que llegarás lejos.

—¿Un hombre? —Sofía bufó, sabía que no estaba sola en esa carrera por su destino, pero el hecho de no tenerlo a «él», la hacía sentirse desolada.

—Sí, un hombre. No puedo creer que no te des cuenta de lo que tienes.

—¡No tengo nada! Tony me odia. Hoy me ignoró por completo y se dejó seducir por esa desabrida estúpida amiga de Ivanova.

—¿La amiga de Ivanova? ¿La chica del cabello mal pintado de rubio? —consultó confundida.

—Sí, hoy fue al edificio y se pasó la mañana del brazo de Tony. Coqueteaba descaradamente con él.

—¡Por Dios, Sofía! Esa mujer coquetea con cualquiera, incluso con el propio Jonás y delante de Ivanova. —Camila reinició su trabajo con movimientos bruscos, furiosa por la actitud infantil de su hermana—. Es una de esas mujeres que no tiene vergüenza de nada y que se altera cuando ve a una buena rival en las cercanías. ¿Crees que ella no se ha fijado en el interés que tiene Tony por ti? —le preguntó, deteniendo de nuevo su labor—. ¿Crees que no se sintió amenazada aquel día en la peluquería cuando le quitaste el trofeo de las manos logrando que él te invitara a cenar?

Sofía no podía hacer otra cosa que mirar a su hermana con desconcierto.

—La propia Ivanova me contó que ella había intentado con todas sus fuerzas convencerlo de que te dejara plantada y que se fuera con ella, hasta se

le ofreció con desfachatez. ¿Y qué hizo Tony? ¿Cayó en sus redes? —Sofía puso los ojos en blanco y desvió su atención a los utensilios enjabonados que esperaban por ella dentro del fregador—. Tony es un caballero, pero también un hombre. A todos les gusta ver a mujeres luchando por ellos. Aunque te puedo asegurar que él está muy claro en lo que quiere y es leal a sus preferencias.

Por un momento reinó el silencio en la cocina. Camila cortaba con el ceño fruncido el mango mientras Sofía aún mantenía su atención sobre los abandonados utensilios. Recordó lo que en una oportunidad Tony le había dicho: «Soy un hombre con muchas opciones, pero dedicado a mi mayor posibilidad».

¿Acaso la veía a ella como su mayor posibilidad?

El recuerdo de la forma en que él le sonreía a la peliteñida cuando esta le coqueteaba en el trabajo, logró tambalear su confianza.

—Me ignoró toda la mañana, Camila —masculló con pesar.

—Está dolido, Sofía. No solo lo traicionaste, heriste su hombría al hacerlo frente a la casa, delante de su familia. Dejabas en claro que él no te importaba.

—Así no sucedieron las cosas.

Camila terminó de cortar el mango y acomodó los trozos dentro de un bol, para luego acercarse al fregador a lavarse las manos y terminar de enjuagar los utensilios.

—Ese asunto lo tiene desequilibrado. Te dije que Tony no es un hombre de juegos. Ronald está furioso porque se comporta de forma inestable. El día de la visita de Dylan discutieron mucho cuando se enteró que irías sola con Tamara, y aunque la policía estaba alerta, decidió ir a cuidarlas a pesar de que Ronald se negó. ¡Se hubiera desatado una tragedia si Dylan lo reconocía! Pero él no entendía razones, dijo que por nada del mundo te dejaría sola con ese hombre.

Sofía apoyó la parte baja de la espalda en la encimera y se llevó una mano al pecho.

—Entonces, sí fue por mí —susurró para sí misma, con la mirada conmovida fija en el suelo.

—¿Y ayer cuando vino Kevin? No puedo creer que no te dieras cuenta de su estado —reprochó Camila, había terminado de lavar los utensilios y ahora los secaba con un paño, preparándolos para la esterilización—. No te quitaba la mirada de encima mientras te encontrabas en la cocina, Ronald

estaba furioso porque no prestaba atención a lo que conversaban, pero a él le daba igual. Lo único que atendía era cada movimiento que dabas. Y cuando saliste a recibir a Kevin estuvo a punto de enloquecer. Su orgullo era lo único que lo mantenía clavado en la silla. Fue Gerald quien lo motivó a que saliera, lo fastidiaba con el hecho de que no se oía nada y le preguntaba a cada rato qué estarían haciendo. Él sabía que si Tony no iba, moriría frente a ellos en medio de un ataque de nervios. Luego regresó tan encendido que le fue imposible concentrarse en el trabajo, ni siquiera respondió a las preguntas que alguno le hacía.

Camila detuvo su cháchara para observarla furiosa.

—¿Qué fue lo que sucedió entre ustedes anoche?

«El beso», recordó Sofía con satisfacción. Aquel intenso beso que casi la había dejado sin aliento.

—Nada —expuso ella y se ocupó en montar una gran olla con agua al fuego, que herviría para esterilizar los utensilios. Camila la observó con los ojos entornados por unos minutos, luego agregó:

—¿Qué pasó con la Sofía Martínez capaz de pelear hasta con las uñas por lo que quiere? ¿Seguirás pensando que Tony es una simple *diversión*? —ironizó—. ¿Dejarás que la desteñida esa te lo quite de las manos?

Sofía miró a su hermana con arrebató.

—Él me dijo que tenía muchas responsabilidades, que no podía dedicarle tiempo a una relación estable.

—Eso mismo me decía Ronald cuando iba a visitarme a Jacksonville. — Camila se dirigió al refrigerador y sacó una botella de zumo, dispuesta a servirse un poco. Necesitaba algo que le refrescara el ánimo—. Los Rodríguez saben perfectamente qué quieren en la vida y son capaces de sacrificar lo que sea por tenerlo. Si yo no me hubiera decidido a establecerme con Ronald, él seguiría detrás de mí enamorándose día y noche, me buscaría hasta en los rincones más apartados del planeta, solo por estar conmigo, pero no forzaría la situación. Tienen la paciencia de un santo en ese sentido, cuando saben que algo es para ellos lo esperan sin presiones, hasta alcanzarlo —reveló mientras buscaba en la alacena un vaso de cristal—. Tony jamás te obligará a estar con él. ¿Quieres *diversión*? Él te la dará, y si eres lo que quiere, trabajará sin descanso para enamorarte, sin empujarte a nada, hasta que dejes de lado tus propios prejuicios y lo aceptes.

Camila se sirvió la bebida y se marchó a la sala después de guardar la botella en el refrigerador. Sofía se mantuvo en la misma posición, pensando

en todo lo que su hermana le había confesado. Aquello cambiaba por completo sus perspectivas.

¿Qué pasaría si se entregaba a él sin importar lo que esa relación pudiera significar para su proyecto de vida?

No deseaba que nada la desviara de su camino hacia sus sueños, pero lo cierto era que la tristeza por la lejanía de Tony la tenía sumida en una profunda angustia, que le quitaba todo ánimo por el trabajo. Resultaba casi imposible concentrarse en algo y alcanzar la calidad en sus tareas, sino contaba con la seguridad y el cariño que solo él le aportaba.

Sin embargo, fue poco lo que pudo reflexionar sobre ello. Un violento golpeteo en la puerta de entrada y el sonido de un vaso que se hacía pedazos en la sala la aterró.

Corrió angustiada en busca de su hermana, que ahora necesitaba de ella.

Capítulo 23

Dylan Treviño rompió la puerta a patadas y entró en la casa como una bestia salvaje. La invadió como un depredador que irrumpe en la guarida de su presa, buscando con ansiedad el botín.

—¡Maldita perra! ¡Me llevo a mi hija! —rugió el hombre y caminó con largas zancadas hacia Camila, que lo miraba horrorizada mientras hablaba con premura con alguien por teléfono. Seguramente alertaba a Ronald de la indeseada visita.

Dylan llegó hasta ella y de un manotazo le arrancó el aparato, para lanzarlo con ira hacia un costado. A pesar de los temblores y de sus lágrimas, Camila se irguió para enfrentarlo, sin retroceder un solo paso.

—¡Me llevo a Tamara! Tu hermana y tú la están pervirtiendo.

Sofía había quedado inmóvil después de atravesar las puertas batientes, asustada por el violento allanamiento del sujeto. Dylan se detuvo a poca distancia de Camila, casi la arropaba con su cuerpo robusto. Sus grandes manazas parecía garras apostadas a ambos lados de su cuerpo, a la espera de un movimiento en falso para destrozarse a su víctima.

—Acabas de violar una orden de restricción, esto te saldrá caro —amenazó Camila. Se esforzó por eliminar el temblor de su voz.

—Tú eres quien pagará caro tus errores. No convertirás a mi hija en una perra, como lo son tu hermana y tú. —Dylan señaló a Sofía sin mirarla, haciéndola estremecer de pies a cabeza.

—Papá, ¿qué pasa? —La voz tímida de Tamara llamó enseguida la atención del hombre. La niña había salido de su habitación y se detuvo bajo el umbral para mirar a su padre con desconcierto.

—¡Te vienes conmigo!

—¡No! —Camila intentó detener a Dylan, pero este se la quitó de encima con facilidad empujándola hacia una esquina. Sofía reaccionó al oír el grito de Tamara, que llamaba a su madre con angustia, mientras su padre se aproximaba a ella, dispuesto a llevársela a la fuerza.

Corrió y se interpuso entre el sujeto y la chica.

—No dejaré que te la lleves —lo desafió. Dylan agudizó su ira hacia la mujer.

—¿Así que ustedes, las Martínez, tienen un imán especial para los hombres? —acusó él. Sacaba a colación lo que ella de forma imprudente le había dicho en el parque el día del encuentro—. ¡Pues mi hija no caerá en el mismo pozo de perdición que ustedes! Ayer vi como la casa se llenaba de hombres durante la noche y cómo otros aparecían buscándote. Si tú quieres prostituirte hazlo, pero no delante de mi hija.

Sofía abrió la boca con alarma ante aquella cruel inculpación, pero antes de que pudiera aclarar cualquier asunto, Dylan la empujó con brusquedad para quitarla de en medio. Camila se lanzó hacia él para evitar que tocara a Tamara, quien corrió horrorizada a encerrarse en la habitación. El hombre forcejeó un instante con su exesposa y finalmente le propinó una fuerte bofetada que la lanzó al suelo.

Fue en busca de la niña, pero esta se había encerrado bajo llave. Se dispuso a tirar la puerta a patadas. No obstante, el estruendoso sonido de algo rompiéndose lo detuvo y lo obligó a mirar tras su espalda.

Sofía había golpeado contra la pared la botella de vidrio donde guardaba la crema de hibisco que tenía sobre una mesa auxiliar, cerca de su sofá.

Empuñó el filoso trozo que quedó en su mano en dirección al hombre.

—Vete o te arrepentirás —amenazó con voz temblorosa—. ¡Vete! —gritó en medio de un colapso nervioso.

Dylan evaluó sus posibilidades: Tamara se había encerrado en su habitación, tendría que hacer muchos aspavientos para sacarla, y Camila lo encaraba con valentía parada cerca de él, motivada por la improvisada arma que había conseguido su hermana. Antes de intentar sacar a su hija del dormitorio tendría que enfrentarse a ese par de leonas. Quizás le fuera fácil vencerlas, pero eso le daría tiempo a Ronald de llegar a casa y contra él no sería tan sencillo resolver sus asuntos.

—Me llevaré a la niña tarde o temprano. No permitiré que la dañes con tu comportamiento indecente —le indicó a su exesposa antes de marcharse de la casa.

Al desaparecer el hombre, Camila corrió a la habitación y golpeó con insistencia la puerta. En medio de un llanto desesperado le pedía a Tamara que abriera. Cuando la niña obedeció, la mujer entró con rapidez y se encerró de nuevo con su hija.

Sofía oteó la sala aún con el trozo de vidrio empuñado en la mano. Buscaba a su enemigo entre las sombras. Pero al ver la gran mancha de crema que había quedado en el piso y en la pared producto del rompimiento de la

botella, se horrorizó.

—¡Oh, no! ¡Camila me matará! —exclamó en estado de shock y tomó una de las frazadas que estaban sobre el sofá para limpiar.

Se arrodilló en el suelo, pretendiendo recoger con manos temblorosas la crema desparramada, al tiempo que mascullaba maldiciones, quejas y amenazas en la misma proporción. Un minuto después escuchó voces conocidas en la sala, pero no se giró hacia ellas, continuó su trabajo como si estuviera abstraída de la realidad.

No se detuvo hasta que unas cálidas y suaves manos le tomaron las muñecas. Sabía que era él, por eso no temió ni luchó. Estaba a salvo.

—Suelta el vidrio, Sofía —pronunció Tony con una voz dulce pero firme a la vez. Ella no se había percatado que seguía sosteniendo el trozo de la botella apretado entre los dedos. Las partes filosas le alcanzaron la piel y le produjeron varios cortes.

Enseguida soltó la improvisada arma. Su mano estaba cubierta de sangre y con gruesas gotas cayendo sobre la frazada.

—Todo acabó, él ya se fue. Deja que cuide de ti —le rogó el hombre en susurros.

Sofía giró el rostro y miró sus profundos ojos claros. La paz que le transmitieron no solo la regresó a la realidad, sino que le propulsó el llanto que tenía atorado en el pecho. Lloró desolada contra su pecho, mientras él la levantaba del suelo y la llevaba acurrucada entre sus brazos hacia la cocina, para curarle las heridas.

En el camino vio a Gerald, Jonás y Ever que observaban enfurecidos los destrozos, y divisó la puerta de la habitación de Tamara abierta. Con seguridad Ronald estaría adentro con su hermana y su sobrina. Eso la calmó aún más, y le permitió entregarse entera a esos fuertes brazos que la acunaron con protección.

Por el resto del día y del siguiente, un aura de angustia cubrió las vidas de todos. Sofía se sentía culpable por haber sido quien había propiciado la ira de Dylan, y aunque su hermana en miles de ocasiones le aseguró que el sujeto estaba tan desequilibrado que habría hallado con facilidad alguna excusa para molestarla, no pudo tranquilizarse. Nada era capaz de quitarle del alma aquella pena.

Durante la semana probó concentrarse en el trabajo de diseño del club náutico y recreativo, para superar la situación, a pesar de las incomodidades que le producía una mano vendada. Allí la relación con los trabajadores había

mejorado. Ahora todos la trataban con más cordialidad, sobre todo, Tony, que estaba constantemente pendiente de sus necesidades, aunque procuraba no intimar mucho con ella.

Dylan no había vuelto a dar señales de vida. La policía lo buscaba, aunque creían que había salido de la ciudad. En casa todos hacían un esfuerzo por llevar una vida normal, pero el temor de la posible ruptura de la paz los tenía en zozobra.

Llegado el viernes, un aire de esperanza surcó sus existencias. Vanessa llamó a Sofía toda exaltada para comentarle que sus productos para el cabello estaban produciendo un *boom* en las altas esferas sociales donde ella se movía. Algunas amigas que tenía en Miami le pasaron vía *whatsapp* la información.

Kevin había cumplido la promesa de distribuir las muestras entre sus allegados. Muchos las probaron y al percibir los excelentes resultados, se pusieron en contacto con el hombre para pedir el producto.

Vanessa se comunicó con Kevin para confirmar la historia, enterándose que él preparada un amplio listado de pedidos que pronto le llevaría. Ella no podía permitir que otro le diera la gran noticia a Sofía. Ese privilegio le correspondía.

—No juegues conmigo, Vanessa. ¿Hablas en serio?

—Amiga, jamás te mentaría en una cosa como esa. Sé que necesitas que ese emprendimiento sea exitoso.

La alegría inundó el alma de Sofía. No pudo evitar dar saltos por la sala aprovechando que estaba sola, porque Camila se hallaba en la cocina preparando la cena en compañía de Gerald, y Tammi hacía la tarea en su habitación.

—¡Tengo que llamar a Kevin! —exclamó con tanta felicidad que no escuchó el profundo suspiro que emitió su amiga.

—Tenemos que hablar, Sofía. Hay cosas que tienes que saber antes de que sigas relacionándote con Kevin. Es importante que nos reunamos.

Sofía arrugó el ceño, pero la emoción que sentía por el éxito que lograban sus productos le impedía sentir alguna inquietud.

—Claro. Pudiéramos encontrarnos este fin de semana, ir a la playa o a un bar.

—Suena genial. Ahhh y ya llegó Kimberly, así que tendremos doble celebración.

Conversaron un poco más mientras se ponían de acuerdo para la salida

entre amigas. Al terminar la llamada, Sofía corrió a la cocina para contarle a su hermana las novedades.

Camila se sintió entusiasmada, aquello podía representar una oportunidad que cambiaría sus vidas para bien.

—Deberían pensar en registrar la empresa y ponerse al día con los impuestos —propuso Gerald—. Este es solo el comienzo.

Las palabras del hombre las sobreexcitaron aún más, las mujeres comenzaron a planificar lo que harían para que el esfuerzo rindiera muchos frutos. Para Sofía, aquel logro era una señal, la posibilidad de que su lucha fuera recompensada, dando inicio a una nueva etapa en su existencia.

No deseaba comenzar ese ciclo con mal pie o renqueando. Debía acoplar todos los aspectos de su vida para que marcharan al mismo ritmo, y así el éxito fuera rotundo.

Con rapidez se cambió de ropa, enfundándose una coqueta falda corta con mucho vuelo en color negro y una blusa bordada de pedrería, de escote cuadrado y mangas cortas. Se calzó unas sandalias negras y se acomodó el cabello apartando algunos mechones de su rostro con ayuda de un broche. Se maquilló con ligereza y salió de la casa sin atender las quejas y advertencias de Gerald, que había sido asignado en esa oportunidad para cuidar de ellas mientras el resto de los chicos atendía el trabajo. Pasó por un restaurante italiano cercano y compró comida para llevar.

Llegó a la casa de Tony tan emocionada que no consideró la posibilidad de que él no estuviera. Al ver el hogar cerrado y en penumbras se desanimó, pero al escuchar que la puerta de la casa de Trina se abría, una luz de esperanza le calentó de nuevo el corazón.

—Hola Daisy —saludó con una amplia sonrisa a la hermana de Tony, quien salía de la casa rodando un carrito de compras tras ella.

—¿Sofía? ¿Qué haces por aquí? —consultó la mujer con curiosidad.

—Vine a ver a Tony.

Daisy arrugó el ceño y miró la bolsa de comida que la chica llevaba en la mano.

—Siempre pasa primero por casa de Ronald antes de venir. ¿Por qué no lo esperaste allá?

Sofía suspiró con agotamiento, era cierto que Tony pasaba todos los días por la casa de su primo, e incluso, se quedaba a comer allá. Eso la irritó. Quería tener una cena con él a solas, pero no sabía cómo hacérselo saber sin dañar la sorpresa.

—Es que... quiero sorprenderlo.

Daisy abrió el cercado y salió a la acera para reunirse con la chica. La observó de pies a cabeza por unos segundos, luego la miró con cierto rastro de reproche. Sofía recordó que esa familia se contaba absolutamente todo, la mujer debía tener conocimiento sobre los conflictos que días atrás habían surgido entre Tony y ella.

—Sí que será algo inesperado para él encontrarte aquí.

—Deseo reivindicarme por un error que cometí —alegó Sofía apenada. Sabía que eso convencería a la mujer de que la ayudara. Los Rodríguez eran capaces de empeñar hasta la vida por los suyos.

—Eso está bien, para Tony será un gran gesto. Sobre todo, viniendo de tu parte —expresó con cierto tono de recriminación.

En ese punto de la conversación, Sofía comprendió no solo que Daisy estaba enterada del incidente, sino que además, y como sucedía con el resto de la familia, estaba furiosa por el daño ocasionado a su hermano.

—Estoy muy arrepentida por lo sucedido, no solo quiero pedirle disculpas a Tony, deseo demostrarle lo que siento por él. ¿Me ayudarías? —rogó con sinceridad. Daisy la observó con detalle por un instante, luego, antes de retomar su camino, le dijo:

—Lo siento, tendrás que esperar a que llegue. La casa de él está cerrada. Lo único que Tony deja abierto es la ventana.

Sofía miró hacia la primera planta, donde se hallaba el departamento de Tony. La escalera llegaba a la puerta de entrada, y junto a esta, a una corta distancia, un amplio ventanal se extendía. Pero para llegar a él debía caminar a través de un saliente en el techo de la planta baja, un espacio estrecho ubicado a más de dos metros del suelo.

Tragó grueso y comenzó a pensar en otra solución. Aquella era muy arriesgada. Se giró hacia Daisy para consultarle alguna idea, pero la mujer ya se había alejado arrastrando su carrito de compras.

No se consideraba una persona que bajara las armas ante la primera dificultad. Desde pequeña había sido terca e insistente. Su padre le ponía tareas cada vez que ella deseaba algo, con grados de dificultad según su edad. Eso le enseñó a trabajar duro por lo que quería, y siempre le resultó.

Respiró hondo y abrió el cercado para subir las escaleras. Arriba se quitó los zapatos y saltó la baranda quedando de pie sobre el saliente del techo, un espacio unos centímetros más pequeño que el tamaño de su pie. Miró hacia la calle con nerviosismo, aferrada a la baranda. La vía estaba desolada, pero ella

sabía que no sería por mucho tiempo, esa ruta era concurrida.

Debía apresurarse para que ningún vecino la viera irrumpiendo por la ventana como una delincuente. Si la policía se hacía presente y la obligaban a bajar de allí, la vergüenza le quedaría tallada en la memoria.

Con una mano sostuvo la bolsa de comida y los zapatos, y con la otra intentó sostenerse de la pared para caminar los dos metros y medio que la separaban de su meta. Esa estrategia era una tontería, si perdía el equilibrio nada la salvaría de caer de espaldas al suelo del pequeño jardín de Trina. No solo tendría muchas posibilidades de morir o de quedar parapléjica, sino que además, traumatizaría la vida de una familia entera.

Procuró alejar de su mente todos esos pensamientos devastadores mientras avanzaba con paso inseguro. La brisa le levantaba la falda, dejándole al descubierto la ropa interior. El rostro le ardía por la vergüenza, más aún al escuchar las voces y pasos de personas que se acercaban.

Intentó apresurarse, pero el miedo le aumentaba a medida que se acercaba. Por un instante quedó paralizada, arrepentida por aquella acción inconsciente. El paso de un auto la empujó a continuar. No debía permitir que la vieran en ese lugar.

Pronto llegó a la ventana, que como lo había previsto Daisy, no tenía seguro, así que no le fue difícil abrirla y lanzar al interior de la casa en penumbras sus zapatos y la comida.

Se sostuvo con firmeza del alfeizar y se impulsó al interior, justo cuando risas sonoras retumbaron desde la calle. ¿La habrían visto saltar por la ventana con la ropa interior a la vista?

Se quedó por un rato tumbada, tanto para evitar el temor como para soportar el intenso dolor en el hombro derecho. Por la premura, había caído en mala posición al suelo. No solo se lastimó el hombro, sino también el costado, la cadera, una rodilla y la mano herida que aún tenía vendada.

—Eso te pasa por idiota —se reprendió a sí misma y después de unos minutos se levantó y tomó la comida del suelo y sus zapatos—. Pero ya estoy aquí —expresó dando una ojeada a la casa en penumbras—. Es hora de trabajar.

Se puso en marcha en dirección a la cocina, ignorando las puntadas de dolor que sentía en el hombro y dispuesta a que nada le impidiera corregir sus errores. Solo esperaba que Tony no fuera tan brusco con ella, la entendiera y le concediera la oportunidad que le pediría.

Capítulo 24

Tres horas después, Sofía estaba sentada con desánimo en la mesa, a punto de perder la paciencia. Tony no aparecía, los raviolis que había comprado estaban fríos y el hombro le dolía a horrores. La vela que había puesto en el centro de la mesa (la segunda de la noche), apostada dentro un improvisado candelabro hecho con un vaso de vidrio, en unos minutos se acabaría.

Más derrotada no podía sentirse. La emoción que había experimentado al conocer la noticia de que sus productos para el cabello eran muy solicitados, se extinguió con aquel fracaso.

Respiró hondo pensando cómo demonios saldría de esa casa. No estaba de ánimo para arriesgarse otra vez a escapar como una ladrona por la ventana. Su última opción sería esperar a Tony y sufrir la humillación de ser encontrada allí, después de que él hubiera pasado la noche quién sabía dónde y en qué compañía.

—Cómo pude haber sido tan tonta —se reprochó con lágrimas en los ojos. Estaba a punto de levantarse de la mesa para evaluar sus posibilidades cuando oyó que un auto se estacionaba frente a la casa. Era el de él, podía reconocer el sonido del motor.

Quedó paralizada por un instante mientras escuchaba que alguien salía del vehículo después de apagarlo. Miró a su alrededor, la casa seguía en penumbras, solo iluminada por la tenue luz de la vela, pero la comida no estaba apta para la sorpresa, debía calentarla. Sin embargo, ya no tenía tiempo de meterla en el microondas, Tony subía las escaleras.

Su corazón palpitó a prisa. Cuando la puerta se abrió, un sobresalto la obligó a ponerse de pie.

Al verla, él quedó inmóvil bajo el umbral. Su semblante era una mezcla de emociones. Sofía no podía descifrar si estaba feliz, molesto o desconcertado.

—Hola —lo saludó con timidez y entrelazó las manos frente a su vientre.

—¿Desde cuándo estás aquí? —La pregunta del hombre sonó ansiosa.

—¿Tres horas? —dudó ella, le pareció que aquel tiempo había sido una

eternidad.

Tony, sin embargo, se relajó al escucharla. Respiró hondo y se pasó una mano por los cabellos encrespados. Ahora parecía inseguro, pero más aliviado.

—Entonces, era aquí donde estabas. —Sofía arrugó el ceño. Aquello no fue una pregunta, sino una aclaración, que vino acompañada de una risa forzada emitida después de un gran intervalo de incertidumbre—. Sí, era aquí donde estabas —repitió él con la vista clavada en el suelo, parecía que trataba de convencerse de algo.

—Quería darte una sorpresa. —Su intervención sacó a Tony de sus pensamientos, para mirarla con intensidad. No obstante, segundos después mostró el desconcierto que debió experimentar al descubrirla dentro de su hogar.

—¿Cómo entraste? —Sofía comprimió el rostro en una mueca y por instinto se frotó el hombro adolorido.

—Por la ventana —reconoció sin mirarlo. Tony arqueó las cejas y salió hacia la escalera con intención de percibir la forma en que ella había accedido al departamento.

Sofía se inquietó y se apartó un paso de la mesa con intención de ir hacia él, pero al notar que el hombre regresaba, y con cara de malos amigos, se detuvo.

—¡Estás loca! —reprochó Tony con enfado. Cerró la puerta de la casa y avanzó hacia la mujer—. ¡Te hubieras matado! ¿Por qué hiciste semejante idiotez?

Sofía se sintió insignificante, tanto por la forma en que él la abordaba como por las palabras que utilizaba.

—Quise... darte una sorpresa.

Tony apretó la mandíbula y aún más el ceño.

—¿Por qué no hablaste con mi madre, o con mi hermana? Ellas tienen una llave de emergencia.

Sofía no pudo hacer otra cosa que tragarse las explicaciones. Se dio cuenta que Daisy le había hecho una mala jugada. O tal vez, quiso probarla para saber que tan arrepentida podía estar.

En silencio maldijo a los Rodríguez y sus costumbres sobreprotectoras.

—Discúlpame, solo quería darte una sorpresa —expresó con firmeza a pesar de la amargura que le invadía el pecho y del malestar por las heridas infringidas al saltar por la ventana.

Alzó el mentón y encaró a Tony con la mayor dignidad posible. Él tuvo que relajar las facciones.

—¿Por qué te frotas tanto el hombro?

—Me... golpeé.

En medio de un suspiro el hombre se cruzó de brazos, y la miró como un padre resignado que sabe que nunca logrará meter algo de juicio en la cabeza dura de su hijo.

—¿Cómo te lastimaste?

Ella puso los ojos en blanco, cansada de tantas preguntas. Se giró para buscar sus cosas y marcharse. La odisea había fracasado con rotundo éxito.

Tony la tomó por la cintura y la giró hacia él.

—Dime cómo te lastimaste —repitió con su rostro muy cerca del de ella. El enfado de Sofía se evaporó enseguida. Ese par de ojos azules, tan cálidos como las llamas producidas por el gas natural, le hacían bullir las emociones.

—Caí de forma poco elegante —alegó, e intentó no parecer una niña malcriada. Tony sonrió divertido.

—Definitivamente estás loca. —Ella lo observó con los ojos muy abiertos—. Maldita sea, estuviste aquí toda la noche, mientras yo te esperaba en casa de Ronald pensando que te habías ido con... —Prefirió callar para no dañar el momento, y la observó con tanto placer que la mujer sintió que las pulsaciones le aumentaban—. Debiste avisarme, no vuelvas a hacer una locura como esa. Júramelo.

Sofía asintió, muda por su cambio de actitud. Ahora Tony se mostraba complacido. Cuando él posó una mano sobre su mejilla para acariciarla, ella no pudo evitar temblar de emoción.

—Déjame revisarte ese hombro. —Antes de que ella pudiera negarse a que la tocara, temiendo no poder soportar el dolor, Tony le movía el brazo de un lado a otro. Para su sorpresa, con los movimientos no sufrió tanto, pero sí cuando él comenzó a palpar el área lastimada—. No hay huesos rotos, eso es bueno, solo hematomas. Te dolerá por varios días.

La mujer resopló ante el amargo diagnóstico.

—Que bien. Un hombro lesionado y una mano vendada, qué gran hazaña —se reprochó a sí misma, sabiendo que aquello sería un problema y más aún, si aumentaban significativamente los pedidos de los productos para el cabello.

Tony rió y le dirigió una mirada dulce.

—¿Por qué saltaste por la ventana?

—Ya te dije, quise darte una sorpresa —justificó con cierta timidez—, que fuera... romántica.

—¿Romántica? —bufó el hombre.

—Sí, muy al estilo de... Romeo y Julieta. —Sofía no podía mirarlo a los ojos, las mejillas le ardían por la vergüenza. Más aún por la estruendosa risa que Tony emitió al escucharla.

Después de todo lo que ella había hecho y sufrido, ¿él tenía el descaro de burlarse?

—Por Dios, Sofía. Romeo solo le recitó poemas a Julieta desde la ventana, no invadió propiedad privada mientras ella no estaba. —La mujer lo observó con indignación.

—Eres antiromántico —rugió con enfado.

—¿Yo? —expuso Tony con forzada inocencia, procuraba controlar la risa.

—Sí —alegó ella con mayor enfado—. Yo arriesgo mi vida para darte una sorpresa y tú te burlas y me llamas *invasora de la propiedad privada*. —Sofía quiso alejarse de él para marcharse, pero Tony la retuvo por la cintura. La mujer respiraba ira, sin embargo, la mirada tierna y necesitada del hombre de nuevo hizo estragos en sus emociones, y modificó por completo su estado de ánimo—. Solo quería sorprenderte —repassó ella con evidente cansancio. Tony le acunó el rostro entre las manos y con la punta de la nariz le acarició la piel de la cara.

—Y lo lograste, preciosa, pero tienes que entender que esto tienes consecuencias. ¿Estás dispuesta a enfrentarlas?

Sofía se estremeció, no solo por las palabras de él, sino también por sus tiernas caricias. Cerró los ojos complacida y estiró las manos para acariciarle el pecho.

—Lo haré, tengo miedo de fallar pero quiero intentarlo.

Tony le alzó el rostro para obligarla a abrir los ojos y encararlo.

—¿Lo nuestro seguirá siendo una simple diversión?

—Creo que nunca lo fue.

Él la miró con detenimiento, parecía leer en sus pupilas. Sonrió satisfecho al terminar la evaluación. Bajó la cabeza en busca de los labios femeninos, y al hallarlos, los saboreó con frenesí y los abrió con la lengua dispuesto a apoderarse de la dulce boca.

La pasión que lo abordó estuvo a punto de enloquecerlo. Envolvió con los brazos el cuerpo de Sofía, para aferrarlo a sí, pero con ese gesto lastimó

por accidente su hombro lesionado.

El chillido de la mujer lo obligó a detenerse. Tuvo que respirar hondo para controlar sus impulsos y retomar el control de su organismo. Necesitaba tener la mente despejada.

—Lo siento, yo... —Sofía quiso disculparse, pero Tony le selló los labios posando un dedo sobre ellos.

—Ven —la invitó y le tomó la mano para llevarla hacia la cama. La dejó parada junto a esta mientras él abría la gaveta de la mesita de noche y hurgaba dentro.

—¿Qué haces?

Tony regresó a su lado con un pote de ungüento en las manos.

—No voy a dejar que mi chica sufra por una dolencia.

Ella lo observó con atención mientras él le desabotonaba la blusa. Sus miradas se fundieron durante el proceso, rompiendo el contacto solo un instante cuando el último botón cedió y Tony pudo abrir la prenda y dejar al descubierto el torso de la chica, cubierto por un ligero sujetador de encaje.

Sus ojos, ahora oscuros como el cobalto, se fijaron en los deliciosos senos que en otras ocasiones había probado, pero que ahora se le presentaban como un exquisito manjar, de puntas erguidas y sonrosadas, visibles a través de la delgada tela.

Lanzó la blusa al suelo y se ubicó junto a la mujer del lado del hombro lastimado. Con una mano apartó el largo cabello, y en medio de una caricia bajó la tira del sujetador.

Sin rapidez abrió el envase, dejando escapar el aroma mentolado que poseía la crema. Agregó una buena cantidad en su mano y comenzó a masajear el área lastimada con una suavidad que estremecía.

Sofía cerró los ojos y se dejó inundar de placer. La fricción firme y delicada no solo le rebajaba el dolor, sino que además, le producía una profunda sensación de bienestar. Era fascinante sentir el leve ardor del mentol sobre su piel, activado por el cálido contacto de la mano de Tony.

—¿Te he dicho que me encantan tus gemidos? —La pregunta del hombre sobre su oreja la obligó a abrir los ojos de golpe, y la erizó por completo. No se había percatado de que el delicioso masaje la había hecho gemir—. Creo que terminé —concluyó.

Sofía, al ver que Tony se alejaba para guardar la crema, se apresuró a impedirlo.

—También me lastimé el costado. —Él la observó con atención y con

una ligera sonrisa en el rostro—. Y la mano... la cadera, y... la rodilla — enumeró sin mirarlo a los ojos. Procuraba disimular la inquietud que siempre la embargaba cada vez que debía mentir o exagerar alguna información.

Tony se aproximó a ella, y se ubicó en su línea de visión, aún con la crema en las manos.

—Me ocuparé de todas tus heridas. —sentenció, al tiempo que bajaba con una caricia la tira del sujetador de su hombro sano, para quitarle por completo el corpiño.

Con ella desnuda de la cintura para arriba, comenzó el tratamiento que poco a poco fue bajando por el resto de su cuerpo. Eliminaba más prendas a su paso arrancando en ella más gemidos de placer.

Al terminar, la dejó acostada mientras él se lavaba las manos para quitarse los restos del mentol, y se acercó a la mujer disfrutando enfebrecido del espectáculo que le daba, al estar totalmente desnuda sobre su cama.

—Mira —le dijo con una sonrisa pícaro, y le mostró un frasco pequeño que poseía un aceite de color ámbar—. Lo compré para ti, pero no habíamos tenido tiempo de usarlo.

Sofía sonrió, sabía que se trataba de un aceite aromático para masajes. Aquella reconciliación iba a estar mejor de lo que ella esperaba.

Tony se desnudó, permitiendo que la chica se deleitara con la imagen de su cuerpo. Le encantaba la mirada hambrienta que ella le dirigía. La quería allí, por siempre, sobre sus sábanas, y ansiosa por él.

Cuando estuvo listo, se subió sobre el colchón y se sentó encima de ella a horcajadas. Destapó el aceite, y colocó una buena cantidad en su palma. Dejó el frasco sobre una mesa auxiliar y se frotó ambas manos produciendo con la fricción un calor que lo ayudaría a hacer más efectivo el masaje.

—Cierra los ojos, preciosa. Esta noche como castigo, tendrás que complacer cada uno de mis caprichos.

Sofía lo obedeció, con el corazón palpitándole en el pecho por la alegría. Dispuesta a entregarse entera esa noche, sin temores ni inseguridades. Al sentir sobre su piel las cálidas manos, el organismo le vibró y la sacudió por completo. Desechó los restos de los miedos que la agobiaban.

Aquella noche fue tan extensa, que les permitió dedicar mucho tiempo al masaje terapéutico y seductor, así como a hacer el amor sin prisa, sobre las sábanas, degustándose entre sí como si ese instante hubiera sido la primera vez.

Entre descansos tuvieron la oportunidad de comer los raviolis

recalentados, antes de volver a amarse con intensidad en el suelo junto a las sobras, y dentro de la ducha, hasta que cayeron rendidos vencidos por el agotamiento.

A Sofía, después de haber creído que su hazaña romántica terminaría en un fracaso de altas proporciones, la suerte le cambió por completo. Su esfuerzo fue recompensado con creces, tanto así, que el rostro de felicidad y armonía que reflejaba al día siguiente en el trabajo era tan contagioso, que todo el que se le acercaba sonreía por instinto.

Hasta el propio Ronald mostraba otro semblante, a pesar de que la inquietud del hombre no cesaría hasta no tener noticias concretas del paradero de Dylan Treviño. Su cuñado se esforzaba por aparentar calma mientras le daba a Donovan un paseo por el edificio del club, acompañado por Tony, para mostrarle los avances del trabajo.

Mientras ellos hacían esa labor, Sofía se reunió con Jonás y uno de los capataces de las cuadrillas en el interior de los baños públicos, ubicados en la planta baja. Supervisaban la instalación de las barras de sostén de acero inoxidable apostada alrededor de los servicios sanitarios. Evaluaba que estas cumplieran con las medidas señaladas en las ordenanzas sobre la arquitectura de los espacios públicos y privados para uso de personas discapacitadas.

Cuando faltaba poco para terminar el trabajo, a la mujer le anunciaron una visita inesperada.

Salió acompañada de Jonás al exterior, mientras le indicaba a este lo que faltaba por inspeccionar en la primera planta.

Afuera la esperaba su amiga Kimberly. Una chica bajita y rubia, de rostro redondo y simpático, remarcado por unas gruesas gafas y un cabello lleno de bucles. Vestía una larga falda hindú y una blusa blanca sin mangas, de cuello bordado. Su sonrisa tímida le iluminó el rostro.

—¡Kimberly! ¡Qué sorpresa! —exclamó Sofía y la recibió con un fuerte abrazo. Enseguida ella se apartó Jonás ocupó su lugar, y envolvió a la desconcertada joven entre sus brazos, con sus inquietas manos recorriéndole la espalda, en dirección a las nalgas.

Con rapidez, Sofía lo apartó para evitar que estas llegaran a su destino.

—¿Por qué no vas a realizar la supervisión mientras yo atiendo a mi amiga?

—Solo quería ser cortés —indicó él con una sonrisa traviesa. Kimberly lo observaba sorprendida, con el rostro enrojecido por la vergüenza.

Sofía lo espoleó para que las dejara solas y se disculpó con su amiga por

la repentina intromisión.

—No es mala persona, solo... se enamora con facilidad —argumentó. Logró que Kimberly sonriera divertida.

—Debe ser un peligro vivir con él.

—No vivo con él... bueno, más o menos —alegó ella con mofa—. Pero es completamente diferente cuando sabe reconocer su lugar.

Las dos mujeres se acercaron a una pequeña plaza circular ubicada en uno de los jardines, donde podían hallar bancos de cemento para sentarse.

—Vanessa me dijo que habías llegado al país y quedamos en encontrarnos mañana para ir las tres juntas a cenar.

—Sí, ella me avisó de la salida, pero quise viajar antes a Miami para hablar contigo en privado —comentó Kimberly con la cabeza gacha.

Sofía la notó extraña, como si algo la angustiara.

—¿Está todo bien?

En medio de un suspiro la joven alzó el rostro y se ajustó las gafas al puente de la nariz antes de hablar.

—Kevin y yo somos novios desde hace un mes. —La noticia dejó a Sofía helada—. Ustedes habían terminado y tú dejaste en claro que no querías nada con él, que ni siquiera estabas segura de haberlo amado y debías ocuparte en hacer tu sueño realidad.

La chica miró con inquietud a Sofía, a quien aún le era imposible reaccionar.

—Nunca quise entrometerme entre ustedes, pero después de que lo dejaste, él me buscó y... —Kimberly cerró la boca al notar que diría un disparate si le explicaba a su amiga, con detalle, lo que había sucedido tiempo después del acto graduación.

Sofía se llenó los pulmones de aire y arqueó las cejas sorprendida por el giro que habían tomado los hechos.

—No cometiste ningún error —le aseguró a Kimberly con calma—. Creo que el único desleal aquí ha sido Kevin.

La rubia desvió su mirada afligida hacia el centro de la plazoleta, donde se encontraba una fuente adornada con tres delfines de cemento color celeste.

—Siempre supiste que él me gustaba, ¿cierto? A pesar de saber que ustedes estaban juntos —alegó Kimberly con pesar—. Eso también me hace desleal.

—Claro que no. Kevin es un hombre muy atractivo y carismático, era consciente de que muchas chicas en la universidad estaban locas por él. Tú al

menos, nunca irrespetaste nuestra amistad, y eso supe valorarlo.

Kimberly estuvo en silencio por un instante, se frotaba las manos entre sí sobre su regazo.

—Vanessa me contó sobre ese nuevo emprendimiento tuyo y la forma en que él te ayuda.

—*Kim*, si hubiera sabido...

—No te excuses, no cometiste ningún error. —Ambas sonrieron, pero la alegría no les llegó a los ojos, ni les duró mucho—. Eres una mujer talentosa y trabajas sin descanso, mereces cada éxito. El hecho de que él te haya ayudado no es lo que me molesta, sino que se aprovechara de la ocasión para intentar recuperarte, a pesar de asegurarme que quería algo estable conmigo.

Sofía se sintió inquieta.

—¿Por qué dices que él quería aprovechar la ocasión para recuperarme?

—Porque Kevin no puede tener la boca cerrada, lo conoces —reveló la rubia con desconsuelo—. Le contó sus intenciones a su amigo Lester, y este no se aguantó y se lo confesó a Marian, su novia. El día en que llegué Marian me llamó para contarme las nuevas noticias.

Sofía puso los ojos en blanco. Recordó al singular grupo de amistades que tenía en la universidad. Eran como los Rodríguez en relación a no guardarse secretos entre ellos, pero con la diferencia de que no existía ningún tipo de lealtad. Si lo hacían, era para obtener algún beneficio personal. Marian no era muy cercana a Kimberly, si se atrevió a llamarla para contarle lo que ocurría, era porque le convenía de alguna manera.

Apretó la mandíbula con disgusto, pero prefirió apartar de su cabeza esos pensamientos. En cierto sentido se alegraba de haberse alejado de ese círculo social, haciendo su vida con otros proyectos en mente.

—Kevin no me interesa, te lo puedo jurar, pero sí la lista de pedidos que tiene en su poder. —Sofía alzó el mentón y observó a su amiga con firmeza—. Lo único que me une a él, por ahora, es ese listado. Después de que lo tenga en mis manos te prometo que lo evitaré como la peste.

—No vine por eso, Kevin no vale la pena. Solo quiero asegurarme de que nuestra amistad no se haya fracturado por esta situación. Eso es lo único que me importa.

Sofía amplió la sonrisa y abrazó a su amiga con fuerza.

—Entonces no perdamos el tiempo hablando de tonterías. Nuestra amistad es tan fuerte como un diamante, se necesita de un trabajo con mucha precisión para quebrantarla, y estoy segura que eso nunca sucederá.

Kimberly respiró aliviada, feliz porque aquella conversación tomara un buen rumbo. Hablaron por algunos minutos sobre sus propios planes, antes de que fueran interrumpidas por uno de los empleados, que había corrido para informarle a Sofía que Ronald y Donovan la requerían. Se despidieron entre besos, prometiendo que seguirían con las anécdotas en el encuentro con Vanessa.

Aquel sábado finalizaron la supervisión sin contratiempos, rodeados por las constantes felicitaciones del cliente que estaba más que satisfecho por el trabajo que se realizaba, y feliz porque había muchas posibilidades de que se culminara antes del tiempo previsto, sin ocasionar más gastos adicionales.

Donovan le comunicó a Sofía su interés por reunirse con ella los primeros días del próximo año, para encargarle otros proyectos, hecho que la tenía caminando en una nube de felicidad. Alegría que casi fue empañada por la repentina llamada de Kevin mientras regresaba a casa acompañada de Tony.

El hombre la citó en un bar/restaurante de la ciudad para hacerle entrega de la lista de pedidos. Aunque ella pudo captar en la conversación una segunda intención, decidió no hacer comentarios. Sin embargo, la actitud que asumió Tony al enterarse del encuentro le fastidió la fiesta.

Después de estacionar frente a la casa bajaron del coche en un tenso silencio. Al pasar al interior de la vivienda él siguió, como un toro enfurecido, en dirección a la cocina, y la dejó a ella en la sala.

Esa reacción le recordó a Sofía por qué evitaba las relaciones estables. Las exigencias eran necesarias para mantener la armonía, pero le bloqueaban un posible avance profesional.

Respiró hondo y en vez de seguirlo se encaminó a su sofá. Se dejó caer sobre el mueble con desánimo.

Debió olvidarse de descansar un poco antes de prepararse para ese encuentro, ahora tenía que rebanarse el cerebro pensando en la manera en que resolvería aquella situación.

No quería que Tony se enfadara, pero tampoco estaba dispuesta a perder la oportunidad de su vida. Si él no hacía un esfuerzo por comprenderla, entonces, esa relación no podía tener algún futuro.

Capítulo 25

Sofía intentó olvidar la actitud tosca de Tony mientras se preparaba para la cita con Kevin. Él, que había alegado que al dejarla en la casa de Camila debía irse enseguida a la suya para continuar con los toques finales del proyecto que presentaría en el concurso de arquitectura de Miami-Dade, terminó quedándose con la excusa de conversar con Ronald sobre asuntos de trabajo. Durante su estadía él no abandonaba su ceño fruncido, ni las respuestas esquivas cada vez que su primo le hablaba sobre algún tema.

Ronald y Camila pronto notaron que algo ocurría, de nuevo, entre ellos. Cuando Sofía apareció en la estancia vestida con un ceñido y corto vestido de raso estilo japonés en color negro, y con el cabello recogido en un moño descuidado que dejaba en su rostro algunos mechones abandonados, él lanzó sobre la mesa el lápiz con el que trazaba cubos en una servilleta y se levantó enfurecido para marcharse.

—Nos vemos mañana —dijo en dirección a nadie en concreto y pasó junto a Sofía sin despedirse de ella. Golpeó las puertas batientes al salir, logrando que estas se abrieran de par en par y se sacudieran tras su paso.

Ella miró desconcertada a su hermana. Camila le hizo señas con una mano para que se apresurara a detenerlo.

Sofía corrió hasta alcanzarlo en el porche. Se aferró a su brazo y lo giró para encararlo dispuesta a exigirle una respuesta por su inusual comportamiento.

—¿Por qué reaccionas así?

—¿Y me lo preguntas? —Tony intentó continuar su camino, pero Sofía se lo impidió.

—¿No confías en mí? —Él respiró hondo y se esforzó por calmarse a pesar de que le era imposible relajar las facciones endurecidas del rostro.

—Ese tipo busca algo contigo. ¿Lo sabes? —alegó con rabia.

—Ya te he dicho que yo no quiero nada con él.

—¿Y eso lo detendrá?

—No me importa lo que él quiera. Sabes que si no fuera por la lista de pedidos no me reuniría con Kevin.

—Para eso no tienes que citarte con ese imbécil en un restaurante y

vestirte de esa manera —rugió el hombre y trató de marcharse, pero ella volvió a impedirselo.

—Esta es mi manera de vestirme. Lamento que no te guste.

—Me gusta, y mucho —apuntó con enfado—. Lo que detesto es que conviertas en una ocasión especial el maldito juego de ese sujeto.

—¡Eso no es cierto!

—Sofía, ¿qué piensas que hará Kevin cuando estés en el restaurante? ¿Simplemente te entregará el listado, te invitará a comer alguna exquisitez y te hablará de la relación que mantiene con tu amiga?

—Me indigna que dudes de mí —aseveró ella ofuscada. Tony intentó bajar la intensidad de su furia, posó las manos alrededor del cuello de la chica y le dedicó una mirada intensa.

—Sofía, sujetos como Kevin no se detienen ante nada. Saben que tienen las herramientas necesarias para conquistar a una mujer. Tú misma me contaste que fue capaz de eclipsarte el día en que se encontró contigo cuando cenabas con Vanessa, y no dudará en poner de nuevo su maquinaria en acción. No siente respeto ni lealtad por nadie, creo que eso ya lo has notado. Esa es la razón de mi irritación. —Detuvo un instante su explicación mientras detallaba el rostro de la mujer y acariciaba con los pulgares sus mejillas—. No puedo soportar la idea de que otro hombre pretenda a la mujer que amo.

Ella se sobresaltó por esas últimas palabras. Un oleaje de emociones le recorrió las venas.

—¿Qué dijiste? —preguntó desconcertada. Tony respiró hondo y se apartó un poco de ella. Dejó de sostenerle el cuello para tomar sus manos y acariciarlas con dulzura.

—Te amo, Sofía. Estoy loco por ti. Eres la única que no lo ha notado.

—¡No!... yo... eh... —La inseguridad se apoderó de la mujer. Debía reconocer que sí se había percatado del interés de él, pero escucharlo con tanta franqueza de sus labios la hizo titubear. Ella también sentía lo mismo, solo que aún no era capaz de liberarse de sus miedos y expresarlo. Siempre temió que una relación estable obstaculizaría sus planes. Por eso había huido de ellas toda su vida. Ahora le costaba acostumbrarse a su nueva situación.

Bajó los hombros con actitud derrotada y miró a Tony con tristeza.

—A esto me refería cuando te dije que no deseaba algo serio.

—¿De qué hablas? —inquirió él desorientado—. ¿No te agrada que te ame?

—¡No! Digo, ¡sí! Es que...

—Sofía —la detuvo Tony, experimentando una asfixiante sensación de amargura en el pecho—. Mejor dejémoslo así, ¿te parece?

Él no quería obligarla a nada, ni asustarla. Se había percatado de su reticencia y esperaba que con paciencia la chica cambiara su visión de la vida y le concediera una oportunidad, pero al parecer, había fracasado.

Soltó las manos de la joven con la intención de marcharse, pero una vez más Sofía se atravesó en su camino, y en esta ocasión, con mayor firmeza.

—Escúchame Tony Rodríguez, en este instante de mi vida no soy nadie. No tengo un trabajo estable, solo buenas ofertas, ni siquiera he podido terminar de montar mi propia empresa —argumentó con un rastro de dolor en la voz—. Me queda mucho trabajo por delante para concretar mis proyectos y un sinfín de trámites que culminar. El listado que ahora tiene Kevin en sus manos me dará un gran impulso. Si el emprendimiento de los productos para el cabello triunfa, obtendré el dinero necesario para instalar mi oficina de diseño, sin tener que recurrir a un préstamo de banco. Además, ayudaría enormemente a mi hermana no solo con los gastos de la casa, sino a tener más confianza en ella misma y a recuperar sus sueños perdidos —alegó con desesperación y respiró agitada tratando de recuperar el oxígeno y la voluntad para continuar con su explicación.

—Quizá Kevin me citó esta noche para jugar conmigo —confesó—, pero yo necesito reunirme con él y quitarle ese listado. No pienso venderme para obtenerlo, yo también tengo mis herramientas y no dudaré en ponerlas en práctica para alcanzar lo que quiero.

Tony la observó con atención. Notó el incandescente brillo de la determinación reflejado en las pupilas oscuras de la chica.

—Te amo —reveló la joven con la mirada fija en él—, pero no quiero que esta relación se convierta en un muro que limite mis acciones —expresó con más calma—. Una vez me dijiste que tú eras un hombre con muchas opciones, aunque te dedicabas sin descanso a tu mayor posibilidad, pues, descubrí que yo soy igual —enfaticó—. Si antes te fallé, era porque no estaba clara de lo que quería, ahora sí lo estoy, necesité de esa caída para comprenderlo. Y cuando a mí, a Sofía Martínez, algo se le mete entre ceja y ceja, no le doy descanso a mi alma hasta alcanzarlo, y al tenerlo... —se detuvo un instante para recuperar el aliento, los ojos los tenía húmedos por la emoción— ...soy capaz de luchar contra viento y marea para mantenerlo, así tenga que poner en riesgo mi propia vida —formuló, haciendo referencia a la locura cometida el día anterior cuando se aventuró a caminar por el saliente

del piso de la primera planta del departamento del hombre, para entrar por la ventana.

Tony quedó inmóvil por un instante. Observaba con orgullo a Sofía, hasta que se atrevió a poner sus condiciones.

—Estaré en mi casa por si me necesitas, puedes llamarme a la hora que sea. Y si me entero que ese imbécil te puso un solo dedo encima, te juro que le arrancaré los brazos sin remordimientos. ¿Me entiendes?

Ella se mostró contrariada, absorbida por la furia que desprendían los ojos azules de Tony. Pero enseguida se recuperó.

—Lo entiendo.

—Haz lo que consideres necesario para obtener la maldita lista, pero no me traiciones, Sofía, no seré capaz de soportar otro golpe de ese tipo. Te seré leal hasta el final de mis días, y espero de ti el mismo esfuerzo.

—No dudes de ello —agregó la joven con firmeza, aunque la voz le temblaba por la colisión de emociones que se suscitaba en su pecho—, y no creas que pongo mis planes por encima de lo que siento por ti. Requiero que ambas cosas marchen al mismo ritmo para poder sentirme bien, sin una estabilidad profesional estaría incompleta, y así no funciono a la perfección —alegó, antes de tomar las manos del hombre y aferrarlas a su pecho—. Además, me urge cerrar este capítulo con Kevin, sin tener que huir de nuevo. No puedo dejar que se salga con la suya y pretenda seguir jugando conmigo o con mis amigas. De alguna manera hay que detener a tipos como ese.

Con una mano Tony se aferró a su nuca para devorar su boca con un beso profundo, que le quedara marcado en la memoria.

—Ese temperamento tuyo no solo es mi dolor de cabeza, sino la cualidad que más adoro en ti —señaló y la miró a los ojos con adoración—. Gracias a Dios eres única.

Ella sonrió y se abrazó a él con anhelo.

—¿Confiarás en mí? —preguntó con el rostro afincado en el pecho del hombre.

—Claro que lo haré. —Tony le posó un casto beso en la frente—. Pero prométeme que me llamarás si me necesitas.

—Te llamaré, te lo prometo.

Él la besó de nuevo con urgencia antes de despedirse y marcharse resignado a su departamento. Sofía entró a la casa aún inquieta por la forma en que el hombre se había ido, pero tenía que dejarlo asimilar los hechos. Si querían iniciar una relación estable, ambos debían doblegar una parte de sí

para amoldarse al otro.

Construir una vida en pareja requería del sacrificio de los dos involucrados. Ella estaba dispuesta a ceder un poco de su independencia, que hasta ese instante había sido intocable, y estaba segura que Tony haría lo mismo con su personalidad posesiva. Los dos eran consientes que el cambio sería difícil de afrontar, pero la terquedad y persistencia de ambos superaba a sus miedos. Ninguno estaba dispuesto a dejarse arrebatarse una posible felicidad.

Al terminar de arreglarse, Sofía tomó un taxi en dirección a la calle Biscayne, a un bar/restaurante de ambiente latino donde la había citado Kevin.

No era habitual que su exnovio rondara esa zona populosa de la ciudad, él solía buscar áreas más lujosas y exclusivas para una salida. Eso le confirmaba su poca honestidad. Si en esa ocasión lo hacía así, era porque quería ocultarse de su círculo social. De esa manera se aseguraba de que sus amistades habituales no descubrieran sus dobles juegos.

Llegó al lugar y enseguida entró al establecimiento. Se dirigió al área del bar, donde sabía que el hombre se encontraba.

Como siempre, Kevin se mostraba radiante. Vestido con un traje negro sin corbata y con un vaso lleno de costoso whisky en la mano. Se levantó al divisarla, para recibirla con un provocativo beso en la comisura de los labios.

—Querida, pareces una geisha. —Sofía odiaba que la llamaran «querida», aquel calificativo le sonaba a burla o hipocresía.

—Gracias, ¿trajiste el listado?

—¿Por qué no nos tomamos una copa antes? —propuso él, ofrecimiento que ella debía aceptar. Aunque estuviera ansiosa, no podía ser descortés.

—Claro.

—Pasemos a una mesa y pidamos además algo para comer. —La mujer respiró hondo e intentó disimular su inquietud, no quería darle largas al asunto, pero tampoco le parecía prudente sacudírselo de encima tan rápido. Menos aún, después del esfuerzo que él había hecho promoviendo sus productos para el cabello entre sus exclusivas amistades.

Con sabiduría logró manejar la situación. Procuró pasar un rato agradable con un antiguo amigo eludiendo sus provocaciones.

Fue difícil mantener una conversación con Kevin en un terreno seguro. Charlaron sobre sus respectivas familias y de sus proyectos laborales, hasta recordaron una que otra anécdota pasada, que no estuviera impregnada de

romanticismo o pasión desenfrenada.

En todo momento él intentaba llevarla hacia temas más íntimos. Quería indagar sobre su vida personal, e incluso, pretendía averiguar sobre el hombre de los ojos azules que los había interrumpido el día en que él fue a buscar las muestras para el cabello. Sofía no quiso darle detalles, pero sí le hizo saber, a su manera, que ese hombre era importante en su vida.

La joven estaba enfurecida, ya que lo único que el hombre no se había atrevido a mencionar en toda la velada, fue la relación amorosa que mantenía con su amiga Kimberly.

—Me alegra que todo marche bien para ti —comentó Kevin al culminar la comida.

—¿Lo dices en serio o es solo un cumplido más?

—¿Por qué hoy estás tan a la defensiva?

—Tengo que defenderme.

—¿De quién?

—De ti —aseguró ella y afincó la mirada en su ex.

—Hablas como si yo fuera tu enemigo, recuerda que estamos aquí porque te he ayudado.

—No es lo único por lo que estamos aquí, Kevin. Te conozco muy bien.

Él sonrió con satisfacción.

—¿Sabías que tu inteligencia es lo que más he amado de ti?

—¿Mi inteligencia?

—Sí, contigo nunca se pierde el tiempo. Sabes a dónde hay que ir y qué hacer.

Sofía puso los ojos en blanco y suspiró con agobio.

—Bueno, si estamos claros en eso, por qué mejor no me das el listado de pedidos para que pueda regresar a casa. Me esperan —alegó, y dejó sobre la mesa la copa de vino que había estado bebiendo.

—¿Te esperan?

—Sí.

—¿El hombre de los ojos azules?

—El hombre de los ojos azules —confirmó ella. Kevin amplió la sonrisa.

—¿Es celoso? —Sofía lo observó con desconcierto—. ¿Teme a la competencia?

—No tiene competencia. —Kevin emitió una pequeña risa burlona.

—Entonces, no se incomodará si pasas una noche diferente.

—¿De qué estás hablando? —La joven comenzó a indignarse.

—Estos días has tenido mucho trabajo y estoy seguro que el ritmo aumentará —aseveró y tomó la chaqueta de su traje colgada en el respaldo de su asiento, para sacar un sobre guardado en el bolsillo interno que extendió hacia Sofía—. Necesitas relajarte.

Ella tomó el sobre y se esforzó por disimular su entusiasmo. Lo abrió con calma y sacó el documento para darle una ojeada. Se trataba de una hoja escrita a bolígrafo por ambos lados, llena de nombres, direcciones, números de teléfono y cantidades. A varias de las personas allí anotadas Sofía las conocía y sabía en qué ambientes se movían. Si esos clientes quedaban satisfechos, ayudarían a que los productos llegaran a otros en un espiral difícil de detener.

—La monotonía es mala para los negocios. —La intervención de Kevin la obligó a separar la vista del documento.

—¿Estás proponiéndome que sea tu amante? —lanzó ella ofendida. Se había cansado del juego de estira y afloja con él. Kevin se mostró satisfecho.

—Vamos, Sofía, no te hagas la inocente. —La mujer arrugó el ceño.

—Que hermosa manera tienes de enamorarme.

—¿Amor? Nada de eso. Para ti y para mí ese es un asunto complicado al que debemos huirle.

—¿De qué hablas?

—Somos emprendedores, Sofía. Sin libertad no podemos volar. Por eso no insistí cuando terminamos la relación, sabía que pronto llegaría el día en que volverías, para seguir disfrutando. Pero esta vez, sin compromisos.

Ella lo observó con atención.

—Ese tipo de lazos sentimentales no permiten que avancemos en la vida —continuó él y alzó su copa de vino—. Pero somos humanos y hay necesidades que debemos cubrir.

Sofía controló la repulsión que sintió al escuchar esas palabras, le parecía tener frente a ella a un Kevin Balton desconocido. O tal vez, a la Sofía Martínez del pasado.

—No sabía que eras tan codicioso.

—Siempre lo he sido, querida, pero tú estabas tan enfrascada en tu propia codicia que no eras capaz de ver la de los demás.

—¿Mi propia codicia?

—Tú hambre de éxito es incluso peor que la mía. Yo al menos, quiero triunfar dentro de una gran corporación, pero tú aspiras a ser la dueña y

fundadora de una.

—Estás equivocado —alegó aún más indignada.

—¿Equivocado? ¿Y por qué no fuiste capaz de trabajar en una empresa, y llegar al punto de rebajarte vendiendo cremitas para ganar dinero y fundar tu propia compañía?

El rostro de la mujer enrojeció de ira.

—Primero que nada, no son *cremitas* lo que vendo —discutió—, son exclusivos productos para el cabello con una eficacia comprobada desde hace años, elaborados con ingredientes de primera calidad y libres de químicos que dañan el cuero cabelludo. —Kevin bufó, gesto que la enfureció aún más—. Y segundo, no conseguí un trabajo en una empresa porque tengo alma de líder, soy demasiado independiente, innovadora, apasionada y espontánea, eso no le gusta a muchos jefes. Sin embargo —se adelantó a agregar al ver que él pretendía decir algo—, he logrado conseguir el equipo perfecto que se amolda a mi ritmo de trabajo. Ellos me han permitido desarrollarme sin ponerme ningún tipo de impedimentos.

—¿Hablas de la cuadrilla de albañiles que maneja tu cuñado? Ya me enteré que haces un trabajo para ellos.

—No seas idiota, Kevin. Desprestigiar a los demás no es bueno para ti —reclamó la joven encolerizada y buscó su cartera dispuesta a marcharse.

—¿Qué haces?

—Me voy.

—Aún no, Sofía, no seas infantil.

Ella se levantó de la mesa, pero antes de irse clavó su mirada furibunda en el hombre. Tuvo la intención de descargar toda su rabia en él. No obstante, la repentina aparición de una rubia alta, de cuerpo esbelto y cabellera corta, le aglutinó las palabras en la garganta.

—Buenas noches —saludó la recién llegada con sonrisa radiante, y paseó su atención entre Sofía y Kevin.

—¿Marian? —Fue el saludo de Kevin, quien había perdido por completo la sonrisa y observaba a la novia de su amigo Lester con desconcierto.

—Hola, vine a Miami para reunirme con unos clientes en este restaurante y los encontré.

Sofía bufó ante la torpe excusa, podía deducir que la mujer estaba ahí por Kevin. Vigilaba a su presa como una loba en celo. Marian ignoró su reacción y sin ser invitada se sentó en la mesa.

—Hola, Sofía, ¿cómo has estado? Tenía mucho tiempo sin verte —

saludó la mujer con forzada cortesía, antes de cruzar miradas significativas con Kevin, que no parecía muy alegre con su presencia.

—Hola, Marian. He estado ocupada estos días, con mucho trabajo, por eso no he tenido tiempo de visitar a los amigos —respondió Sofía tratando de sonar simpática.

—Espero no interrumpirlos.

—No, para nada —arguyó Sofía—. Kevin intentaba convencerme de que fuera su amante. —Sus palabras casi atragantaron al hombre, que en ese instante le daba un trago a su copa de vino. Marian quedó petrificada en la silla—. Creo que no está satisfecho con su vida actual, por eso busca nuevas opciones, pero yo no estoy interesada en la propuesta.

Después de decir aquello se levantó de su asiento. Notó que Kevin sonreía con amplitud, como un chiquillo pillado en plena travesura, al tiempo que dejaba la copa en la mesa y tomaba una servilleta para secarse el licor que le corría por la barbilla. Miriam le lanzaba miradas asesinas, estaba tan furiosa que fue incapaz de moverse.

—Me disculpan, pero debo marcharme. Gracias por la ayuda, Kevin, espero algún día poder agradecerte el favor como es debido. Aunque no de la forma en que hoy me lo pediste —expresó antes de darse media vuelta, pero enseguida recordó algo y lo encaró de nuevo—. Ah, y te advierto, no vuelvas a molestar a Kimberly, ni a ninguna de mis amigas. Son personas demasiado estupendas para ti —amenazó, para luego salir del local con la frente en alto y con la lista de pedidos aferrada a su pecho.

Escuchó que Kevin la llamó en una oportunidad, tal vez para excusarse, pero ella no se giró, siguió su camino sin detenerse. Él tampoco insistió, quizá Marian se lo había impedido. A Sofía eso no le importaba. Al llegar a la calle respiró el aire fresco de Miami y se enrumbó en busca de un taxi mientras sacaba su teléfono móvil del bolso.

Esa sería una noche para celebrar.

Capítulo 26

La semana siguiente fue la más agitada para Sofía. En el edificio del club náutico y recreativo finalizaban las labores, dispuestos a darles un par de semanas de descanso a los trabajadores por la época de Navidad. Eso significaba adelantar lo más que se podían las obras, para dejar muy pocos arreglos pendientes para el próximo año.

Sus padres decidieron visitarlas, y les hicieron soportar largas jornadas de charlas, besos y abrazos. Alegría que se mezcló con la ajetreada preparación de los productos para el cabello, para cubrir la exigente demanda que comenzaban a tener. Camila tuvo que abandonar la peluquería y dedicarse de lleno a ese trabajo, ayudada por sus amigas Sandra y Shirley, quienes no dudaron en seguirla en aquel emprendimiento. Con los pedidos regalaban muestras de la crema hidratante de hibisco, que Sofía había tomado del cuaderno obsequiado por la madre de Tony. Todas estaban seguras de que aquel producto sería el más exitoso y lanzaría a la empresa al estrellato, ya que sus resultados eran excelentes.

La casa se volvió un revuelo de personas que entraban y salían a todas horas, quienes trabajaban, visitaban o se llevaban cajas de productos para ser distribuidos en la ciudad. Y aunque el cansancio aumentaba de la misma manera en que lo hacían los pedidos, el ánimo de Sofía no decayó.

Con la colaboración de sus amigas Vanessa y Kimberly, se ocupó de registrar tanto la empresa de diseño como la de productos para el cabello, esta última en sociedad con su hermana Camila. Las chicas conocían a abogados en Miami que pudieron facilitarle ese proceso a Sofía. Donovan pronto le entregaría dos nuevos proyectos de diseño de interiores que debía asumir el próximo año, por eso se apresuraba en legalizar aquellos trámites. Esas gestiones le permitieron mantenerse en constante comunicación con las chicas, relación que necesitaba para continuar con los pies en la tierra, sobre todo, en esos momentos tan convulsivos de su existencia. Contar con un buen amigo resultaba un paliativo efectivo para afrontar cualquier situación, y no solo le servía a ella, sino también a sus compañeras.

Con ello, Vanessa se amoldaba mejor a su nuevo cargo como directora de departamento en la empresa de su padre, la fortaleza que le transmitía esa

interacción la ayudaba a superar sus temores. Y para Kimberly resultaba un aliciente. La decepción amorosa sufrida por el rechazo del amor de su vida, Kevin Balton, había amenazado con sumirla en la depresión. Gracias a la oportuna intervención de sus amigas superaba el desengaño. La poca distancia que las separaba no era obstáculo para mantenerse a diario en contacto.

Y aunque toda esa energía le daba fuerzas a Sofía, el combustible que la hacía funcionar poseía unas pupilas de un azul intenso que cada vez que la miraban la estremecían. Nunca imaginó que pudiera ser posible convivir con dos pasiones al mismo tiempo y lograr compaginarlas logrando que le otorgaran innumerables beneficios. Para ella, el amor y el trabajo eran dos entes que se repelían entre sí, pero aceptó su error y trabajó duro para que ambos aspectos, indispensables en su existencia, se llevaran bien y no chocaran entre sí.

Tony era su combustible, quien la despertaba cada mañana y le inundaba el rostro de besos, la abrazaba con fuerza cada vez que ella creía perder el control, la alentaba a no dejarse doblegar por el cansancio y quien la llevaba en brazos todas las noches a la cama para darle un merecido masaje en los pies, antes de hacerle el amor con dulzura. Su sonrisa chispeante, el picor de su barba en la piel y la sensación de sus suaves y rizados cabellos enredados en sus dedos, la hacían sentir vigorizada.

La felicidad no podía ser más grande para Sofía en esas fechas y rogaba al cielo cada noche para que nada empañara esa dicha.

No obstante, tanta perfección podía ser irreal, siempre sucedía algo que la hacía regresar de nuevo a la cruda realidad y le advertía que no debía dejarse deslumbrar por el brillo que la rodeaba. Que lo más saludable era mantenerse con ojo visor, atento a cada movimiento.

El domingo, Camila y ella lo tomaron para realizar una limpieza general a la casa mientras los chicos compraban *bistec* y cerveza para preparar un asado esa noche, y celebrar los triunfos de toda la familia. Cuando estaban en plena faena, Tamara apareció en medio de un mar de lágrimas alterando la armonía reinante.

La niña había pasado la mañana en casa de su amiga Wendy. Celebraban el cumpleaños de Ibelisse, la madre de la chica. Camila esperaba que Tammi se comunicara con ella para que fueran a buscarla, por eso se sorprendió verla entrar a toda prisa a la casa, poco después del mediodía.

Camila enseguida soltó la escoba que tenía en las manos y abrazó a la

niña e intentó calmarla. Sofía se bajó de la silla donde se había trepado para quitarle el polvo a los cuadros, y se apresuró por llegar a ellas, para averiguar lo sucedido.

—Fue papá... fue papá... quiso llevarme... está peleando —balbuceaba Tamara con angustia.

—¿Tu papá?! ¿Dylan está aquí?! —Camila casi perdió la razón. Soltó a la niña y entró con rapidez en su habitación, en busca de su teléfono móvil para avisar a Ronald. Sofía acarició el rostro de su sobrina y le secó las lágrimas.

—Tammi, tranquila corazón. Estás en casa y nada te sucederá —procuró aplacarla, pero la niña hipaba y temblaba por el miedo—. Dime que pasó, ¿tú padre apareció en la casa de Wendy? —Tamara asintió sin dejar de llorar—. ¿Cómo se enteró que estabas ahí? ¿Te llamó?

—No... no sé cómo lo supo. De repente llegó y quiso llevarme —gimió la chica. Sofía le acariciaba los cabellos para aplacarle los temores.

—¿Y tú escapaste? —Tamara volvió a asentir.

—El papá de Wendy salió y discutió con él. Papá lo agarró por el cuello y lo golpeó en la cara. Muy fuerte —narró con inquietud y reiniciando el llanto. Sofía quiso preguntarle algo más, pero Camila apareció de nuevo en la sala hecha un manojo de nervios.

—Ronald está en camino y avisé a la policía. Todo va a estar bien. Dylan no se atreverá a venir. Sabe que irá preso si lo hace. No es tonto. No, no es verdad, es un imbécil. Sí vendrá, pronto estará aquí. Lo sé —hablaba sin parar, alterada, mientras caminaba de un lado a otro con la mirada perdida en el suelo.

Sofía quiso detenerla y calmarla, pero Tammi se aferró a ella, abrazándola por la cintura.

—¡Quiero que llegue Ronald! ¡Quiero que esté aquí! —lloraba la niña con el rostro hundido en el pecho de su tía.

Sofía oteaba los alrededores con inquietud y el corazón encogido por la pena. Comenzó a sentir más respeto por su cuñado, quien a pesar de sus costumbres toscas e impertinentes, se comportaba como un verdadero hombre con su hermana y con su sobrina.

En ese momento de total angustia, era a él a quienes ellas esperaban. En nadie más depositaban su confianza y eso la conmovió.

Para mantener el control mientras los chicos llegaban, Sofía llevó a Tamara hasta el sofá y la sentó allí mientras detenía la constante caminata de

Camila, pero justo en ese momento se oyó que un auto frenaba con violencia frente a la casa. Su corazón saltó con intensidad en su pecho y se detuvo congelándole la sangre. Deseó con toda su alma que fuera Ronald, pero el sonido del motor no era el mismo.

—Es él, está aquí —masculló Camila al tiempo que retrocedía muerta de miedo, contagiándole a Sofía el temor.

La adrenalina le corría a Sofía con agresividad por las venas, de la misma manera en que lo hacían los pesados pasos que traspasaban el porche.

«Maldita sea, dejamos la puerta abierta», pensó. Al llegar Tammi se encargaron de saber sobre su pena, sin preocuparse por cerrar con doble cerrojo. Eso lo hubiera detenido mientras Ronald llegaba.

Ahora ningún obstáculo le impedía al hombre entrar como una bestia salvaje a la casa. Como efectivamente lo hizo. Con un rostro enrojecido y los ojos inyectados de sangre por la furia, tan amenazantes que Sofía quedó paralizada.

—¡No! —gritó Camila al ver que él se dirigía hacia Tamara.

—¡No me lo impedirás esta vez! —rugió él con enfado. Una de sus grandes manazas estaba manchada de sangre—. ¡Por tu culpa tengo que irme de Miami, pero no te dejaré a mi hija para que la perviertas! —vociferó, antes de golpear con rudeza a Camila en el rostro y apartarla del camino.

Tamara se había metido bajo una mesa para ocultarse. Dylan tuvo que arrodillarse en el suelo para sacarla. Los gritos desgarrados de la niña pidiendo ayuda hicieron reaccionar a Sofía.

Ella corrió y tomó la escoba que había usado su hermana para la limpieza y golpeó con tal fuerza la espalda del hombre que el palo de madera se partió en dos.

Dylan chilló por el ataque y se giró hecho una furia hacia ella. Se levantó del suelo en un solo movimiento y tomó a Sofía por los cabellos, la sacudió con brusquedad.

—¡Estúpida, no vuelvas a hacerlo! ¡¿Me oyes?!

Sofía gritó, sintiendo un intenso dolor. Pensó que el hombre le arrancaría el cuero cabelludo.

Para deshacerse de ella, Dylan la lanzó contra la pared. Sofía se golpeó con fuerza en un costado y estrelló incluso, su cabeza. Quedó medio inconsciente.

Por un instante ella no comprendió lo que ocurría a su alrededor. Oía gritos, golpes y cosas rompiéndose, pero le era imposible asimilar los hechos.

Se tambaleó al intentar ponerse de pie, fue así como vio a Camila con parte de la cara llena de sangre, que tomaba un jarrón de vidrio de una mesa auxiliar para lanzárselo al hombre.

Dylan previno su intención y logró quitarle el objeto de las manos antes de que cumpliera su cometido. Lo arrojó al suelo haciendo que se partiera en pedazos, y luego tomó a la mujer por el cuello para presionarla contra la pared.

Al ver a su hermana siendo ahorcada por aquel sujeto, Sofía se esforzó por impedirlo. Sentía algo caliente recorriéndole el rostro, quizá era sangre, pero no tenía tiempo de indagar sobre ello. Levantó uno de los trozos del jarrón y avanzó hacia él.

Sin embargo, Dylan captó su movimiento por el rabllo del ojo y se giró soltando a Camila, que cayó casi asfixiada al piso.

—¿Otra vez, estúpida?! —En un par de pasos llegó hasta ella y le agarró con fiereza la mano que portaba el vidrio. Sofía se sentía desfallecer, Dylan le apretaba con rabia la muñeca, como si quisiera romperle los huesos.

El grito que ella emitió por el insoportable dolor, fue superado por el sonido de un auto que frenaba frente a la casa de forma brusca.

—¡Maldita sea! —rugió el hombre, al darse cuenta que había perdido mucho tiempo en aquella tonta pelea con las mujeres.

El primero en entrar fue Tony, que al verlo lastimar a Sofía se apresuró a socorrerla y se enredó con el sujeto en una pelea violenta.

Ella fue lanzada al suelo en medio de la disputa. Se ovilló y aferró su mano herida a su pecho, sin dejar de pedir ayuda. Ronald entró casi enseguida, acompañado por los demás chicos, y se ocupó de la situación.

El mareo por el golpe recibido en la cabeza le impedía a Sofía comprender lo que ocurría. Todo a su alrededor se veía borroso, la sangre le bajaba por el cuello y el dolor intenso que sentía en la cabeza y en la muñeca le producía un pitido que no le permitía escuchar con claridad las voces de los demás.

Vio el reflejo de otras personas que entraban a la casa, algunos uniformados. El revuelo era tal que no era posible reconocer nada ni a nadie.

—¡Sofía! ¡Sofía! —una voz familiar la llamó. Giró el rostro y vio la silueta de Tony a su lado, tirado en el suelo y con el brazo estirado hacia ella. Con esfuerzo lo tomó y se dejó arrastrar por él.

La claridad de imágenes le iba y venía. Dio una ojeada a su alrededor, y divisó a Ronald agachado, tratando de sacar a Tamara de su escondite bajo la

mesa.

—¡Ven, hija! ¡Ven conmigo! —le repetía, hasta que la niña se dejó convencer y salió para ocultarse entre los brazos del hombre.

Agotada, quiso abrazarse también a Tony y olvidarse de lo ocurrido, pero al apoyar su mano en el pecho de su novio sintió algo húmedo. Giró la palma hacia ella y descubrió sangre.

—No, no, no —masculló mientras pasaba con nerviosismo la mano por el cuerpo de Tony. Él se la detuvo cuando ella tropezó con el vidrio que tenía clavado en un costado.

—Todo está bien, bella —le susurró con esfuerzo, evidenciando su delicado estado.

Ella lloró con desesperación, cada vez más afectada por las heridas que tenía y por la pena que le producía el estado de él. Nada podía estar bien. Todo se había destruido.

Sus gritos de dolor atrajeron varias manos que intentaron serenarla, pero ella no quería a ninguna, solo las del hombre que ahora yacía en el suelo, sin fuerza.

La angustia le aumentó de manera acelerada sus malestares, hasta cegarla por completo y lograr que cayera inconsciente junto a Tony.

Capítulo 27

—¡La página web ha sido todo un éxito! —Los aplausos retumbaron en el estudio y arrancaron sonrisas tímidas en Sofía. Tantos cumplidos la inquietaban—. Recibe a diario cientos de visitas de personas interesadas en conocer tus secretos para el cuidado capilar, y adquirir tus productos. Sobre todo, esa fascinante crema hidratante de hibisco, que ha sido todo un *boom*.

La moderadora movió el torso y la cabeza para que sus cabellos (ahora lisos, brillantes) se batieran sobre su espalda. Sofía amplió la sonrisa, ese día la mujer no parecía tan acartonada y rígida como el muñeco de un ventrículo. Su apariencia, o al menos la de su cabello, se notaba más natural.

—Sí, ha sido grandioso. Tengo que agradecerle a Ever Guerra que fue el creador de esa maravilla, sin él no lo hubiera logrado nunca —explicó Sofía. Otra serie de aplausos detuvieron sus palabras y la emocionaron aún más—. Y a mi sobrina Tammi, que tiene un gran talento para todo lo informático. Ella me ayudó a incluir secretos de cosmética capilar en el portal, así como sencillas recetas para el cuidado del cabello y peinados fáciles y novedosos. Eso ha aumentado las visitas y las compras *online* de los productos. ¡Mi sobrina es increíble!

La imagen de la niña apareció en pantalla mientras otra serie de aplausos, acompañados de alaridos, se hacían eco. Tammi saludó encogida de hombros a la cámara, con su rostro iluminado por su preciosa sonrisa.

—En un año has facturado miles de dólares vendiendo tus cremas y champús para el cabello. No solo a través de la página web, sino en la tienda que montaste en el centro de Miami —comentó con emoción la moderadora, sentada tensa en su butaca como era habitual en ella, gracias a su ceñido traje—. Y no conforme con eso, posees una oficina de diseño de interiores que ha generado excelentes críticas en la ciudad. ¿Cómo haces para manejar dos empresas al mismo tiempo? Y mejor aún, hacerlas a ambas exitosas, ¡con tan solo veinticuatro años de edad!

Sofía no pudo evitar sonrojarse y morderse los labios al recordar su gran hazaña.

—La edad no es un impedimento. Una vez mi padre me dijo que cada historia de éxito comenzaba con un sueño, así que yo diseñé el mío y al salir

de la universidad puse todo mi empeño en alcanzarlo —confesó mientras en la pantalla hacían un *close up* con los rostros de sus padres, ubicados en la primera fila del estudio. Los aplausos sonaron y Eugenia, la madre de Sofía, saludó a la cámara con alegría, dando saltitos en su asiento.

—¿Esa es la clave: tener un sueño? —insistió la moderadora.

—¡No lo es todo! Se necesita empeño, paciencia y trabajo, mucho trabajo, además de apoyo. Una empresa posee infinidad de tareas que es imposible hacer sin ayuda. Yo en ese sentido fui bendecida, conté con el apoyo de una gran familia, sobre todo de mi hermana, que a pesar de sus problemas personales confió en mí, y no dudó en abandonar su anterior trabajo y arriesgarse en mi aventura.

La cámara ahora hacía un acercamiento al perfil sonrojado de Camila, sentada tras su hija y junto a Ronald, con sus manos aferradas a una de las del hombre. Incómoda por ser el centro de atención.

Aunque ella era una de los artífices en el éxito de esa empresa, no aceptó estar en el podio para ser entrevistada. Después del último incidente ocurrido con su exesposo Dylan Treviño, prefería mantenerse tras bambalinas. Trabajaba como una hormiguita y se esforzaba por mantener la paz y la armonía en su familia, sin tener nada que temer, ya que Dylan ahora permanecía controlado tras las rejas, cumpliendo con un castigo por los errores cometidos.

Sin embargo, el suceso le había arrancado cualquier pretensión de protagonismo. Traumas que solo el tiempo y el amor de los suyos, le ayudarían a superar.

—Tu hermana te auxilió con la empresa de productos para el cabello, pero, ¿y la oficina de diseño de interiores?

—Con ella tuve muchísima más ayuda. Ronald Rodríguez, mi cuñado, fue uno de los culpables de que ese proyecto se diera más rápido de lo esperado. Gracias a él obtuve el proyecto que me permitió despegar. —El hombre hizo una mueca frente a la cámara cuando encerraron su rostro en un *close up*, que además de aplausos agitó las risas de los presentes en el estudio —. Gerald Rodríguez y Jonás Antúnez me asesoraron en todo momento, sin su aporte hubiera estado perdida. Y mis amigas Vanessa Foster y Kimberly Grey también tuvieron su parte, ellas me acompañaron y contribuyeron con ideas y opiniones muy importantes —narró y recordó a sus amigos que, aunque no pudieron asistir al programa, ella sabía que la miraban por televisión, orgullosos de sus logros.

—Pero debo reconocer que sin la fortaleza y las energías que me entregó alguien muy especial, ninguno de mis emprendimientos hubieran visto la luz —concluyó ella con semblante melancólico.

—¿Conocemos a ese alguien? —aguijoneó la conductora.

—No está aquí, aunque siempre lo llevo conmigo, en mi corazón —aseveró, produciendo un gemido en la audiencia.

—¿Hablas del arquitecto Tony Rodríguez? —exclamó la moderadora y miró de manera significativa al público, como si estuviera frente a uno de los cotilleos más calientes de la ciudad. Sofía se sonrojó.

—¿Cómo lo sabes?!

Alaridos y aplausos retumbaron en el estudio.

—Aquí lo sabemos todo, cariño —afirmó la mujer con una sonrisa llena de satisfacción—. Entonces, ¿es cierto? ¿Eres la prometida del arquitecto que ganó el concurso que promovía el condado de Miami-Dade, y ahora construye el nuevo complejo habitacional sustentable, que según los expertos, será uno de los más modernos y atractivos de la ciudad?

—Creo que no ha sido un secreto para nadie que estamos juntos desde hace más de un año. —Su confesión despertó la alegría del público.

—¿Y cómo hacen para verse? Sé que él está comprometido en un cien por ciento con el proyecto, y tú con tus empresas.

—Siempre hallamos un espacio en nuestras agendas para estar juntos —reveló Sofía sonriendo con timidez, al percibir que la cámara hacía un acercamiento de sus ojos húmedos.

No podía evitar emocionarse al hablar de Tony. La relación entre ellos había crecido muchísimo después de los últimos incidentes. Estaban tan unidos que se extrañaban a pesar de estar en constante comunicación durante el día, y en las noches, se amaban sin descanso.

—¿Cuándo será la boda?

—Esperamos que sea el próximo año, en algún receso de nuestros proyectos.

—¿Y eres feliz?

Sofía sonrió con satisfacción.

—Más de lo que pudiera haber imaginado —exclamó.

—¿Qué tan difícil fue alcanzar tus metas?

Sofía suspiró hondo.

—Muy, muy difícil. Si no hubiera creído con firmeza en mi proyecto, ni trabajado sin descanso a pesar de los problemas que se presentaron en el

camino, jamás lo habría logrado.

—¿Fueron muchos los problemas?

—Miles, no solo referentes a las empresas, sino a nivel personal. Es difícil que un aspecto de tu vida no afecte el otro. Si no hubiera mantenido la armonía entre ambos, me habría sido imposible llegar a algún sitio. Es necesario estar pendiente de que cada aspecto de tu vida esté equilibrado. Es más trabajo, pero créeme, el esfuerzo vale la pena.

La conductora se desgastó en felicitaciones hacia Sofía, para luego entrar en la materia que competía al programa, y era en conocer algunos secretos para el cuidado del cabello.

Sofía no podía creer que al final de aquel recorrido terminara sentada en ese banquillo. Por culpa de lo visto en ese *talk show*, un tiempo atrás, ella había terminado en los brazos de Tony.

El *boom* en el que se habían transformado sus productos para el cabello y las grandes ventas que estos generaban, sobre todo vía *online*, la convirtieron en un interés nacional. La buscaban no solo para entrevistarla, sino para invitarla a encuentros de emprendedores, charlas y conferencias. De esa manera podía compartir con otros sus experiencias y consejos.

Al terminar el programa salió del estudio rodeada de su familia, mientras comentaban sus impresiones. En el exterior recibió un mensaje de texto en su teléfono móvil, enseguida lo sacó del bolso para leerlo.

Tony: «Te amo, te veías hermosa por televisión. Estoy seguro que todo Miami se enamoró de ti. Eres grandiosa».

El corazón le estalló a Sofía por la alegría, no pudo esperar para responderle.

Sofía: «Sin ti, no lo hubiera logrado».

Tony: «Mentirosa, tienes demasiado carácter como para dejarte arrebatar un éxito».

Sofía: «¿Y de qué me hubiera servido el éxito sin nadie con quién celebrarlo?»

Insistió ella, henchida de felicidad.

Tony: «Tienes razón, así que apresúrate antes de que se enfríen los raviolis».

Sofía no pudo evitar emitir un grito de alegría. Tony había logrado escapar de sus responsabilidades y la esperaba en casa, con raviolis. Ignoró las miradas curiosas de todos y la risa burlona de Ronald para responder el mensaje.

Sofía: «¿Saltaste por la ventana?»

Inquirió, riendo al recordar la más alocada de sus proezas.

Tony: «No, pero igual me duele todo el cuerpo. El trabajo me tiene agotado, necesito que me consientas».

Sofía: «Ten a la mano el aceite para masajes, que voy en camino. Mañana saldrás de casa revigorizado».

Tony: «Apresúrate, que ya estoy desnudo», concluyó, y le envió una foto donde él aparecía frente al espejo del baño, libre de toda su ropa.

Su cuerpo enorme y viril se apreciaba apetitoso a través de la pantalla del teléfono. Sofía disfrutó de esa imagen un instante. Su sangre bulló con intensidad en sus venas al notar que él estaba preparado recibirla. Su miembro se encontraba tenso hasta el extremo y la cicatriz que le había quedado en el abdomen, producto de la herida que le infringió Dylan, en vez de afearlo lo volvía más interesante.

A Sofía le encantaba besarle y acariciarle el área lastimada, y de allí bajaba sus atenciones hacia la zona más fogosa de su anatomía.

La mujer amplió las órbitas de sus ojos y se mordió los labios con ansiedad antes de guardar el aparato en el bolso.

Se despidió con rapidez de su familia, terminando con su hermana a quien le dio un fuerte abrazo, que casi dejaba a Camila sin aliento.

—Te adoro —le confesó y le dio un beso en la frente.

—Celebraremos esta noche, ¿cierto? —propuso Camila con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Por supuesto! Debemos brindar por el mejor año de nuestras vidas.

—El primero de la serie.

—Exacto, hermana. El primero de muchos —aclaró y ambas se fundieron en un nuevo abrazo, antes de que Sofía saliera en carrera en dirección a su auto.

Todo había comenzado con la motivación de un sueño, pero las piedras en el camino le permitieron conocerlo, mejorarlo y adaptarlo a la realidad, y sobre todas las cosas, a luchar con uñas y dientes por él. Esas dificultades no le hicieron el trabajo fácil, pero sí le aportaron más gusto a los frutos cosechados. Gracias a ello, ahora valoraba lo que tenía y aplaudía su triunfo sin perder la humildad.

Incluso, cuando lo creyó todo perdido y pensó que su vida se había desmoronado a causa del último incidente que debió soportar, su terco empeño la ayudó a mantener la calma y controlar el temblor de sus piernas,

evitando caer despedazada. Su temple, sostenido en las bases de su familia, logró sacarla de la angustia y encaminarla hacia su horizonte.

Mientras muchos se dejaban dominar por la impaciencia en los momentos críticos, a Sofía los conflictos la enseñaron a replantearse, a ser más creativa, entusiasta y combatiente. Los problemas sacaron al ruedo lo mejor de ella, y la inspiraron a defender el amor que la rodeaba, en todas sus facetas.

Con su voluntad de hierro lo pudo todo mientras se repetía una y mil veces: «Yo, Sofía Martínez, soy lo que quiero».

SOBRE EL AUTOR

Jonaira Campagnuolo, nació una tarde de febrero en la ciudad venezolana de Maracay, donde aún vive con su esposo y sus dos hijos. Es amante de los animales, la naturaleza y la literatura. Desde temprana edad escribe cuentos que solo ha compartido con familiares y amigos. En la actualidad se dedica a trabajar como freelance, a administrar su blog de literatura <http://desdemicaldero.blogspot.com> y a escribir a tiempo completo.

Conoce otras obras de romance escritas por la autora, y publicadas en **Amazon:**

<http://www.amazon.com/Jonaira-Campagnuolo/e/B00BFT92OK>